

COLECCIÓN JUBERA

A. DAUDET

Recuerdos

de un

Hombre de letras.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS



MADRID

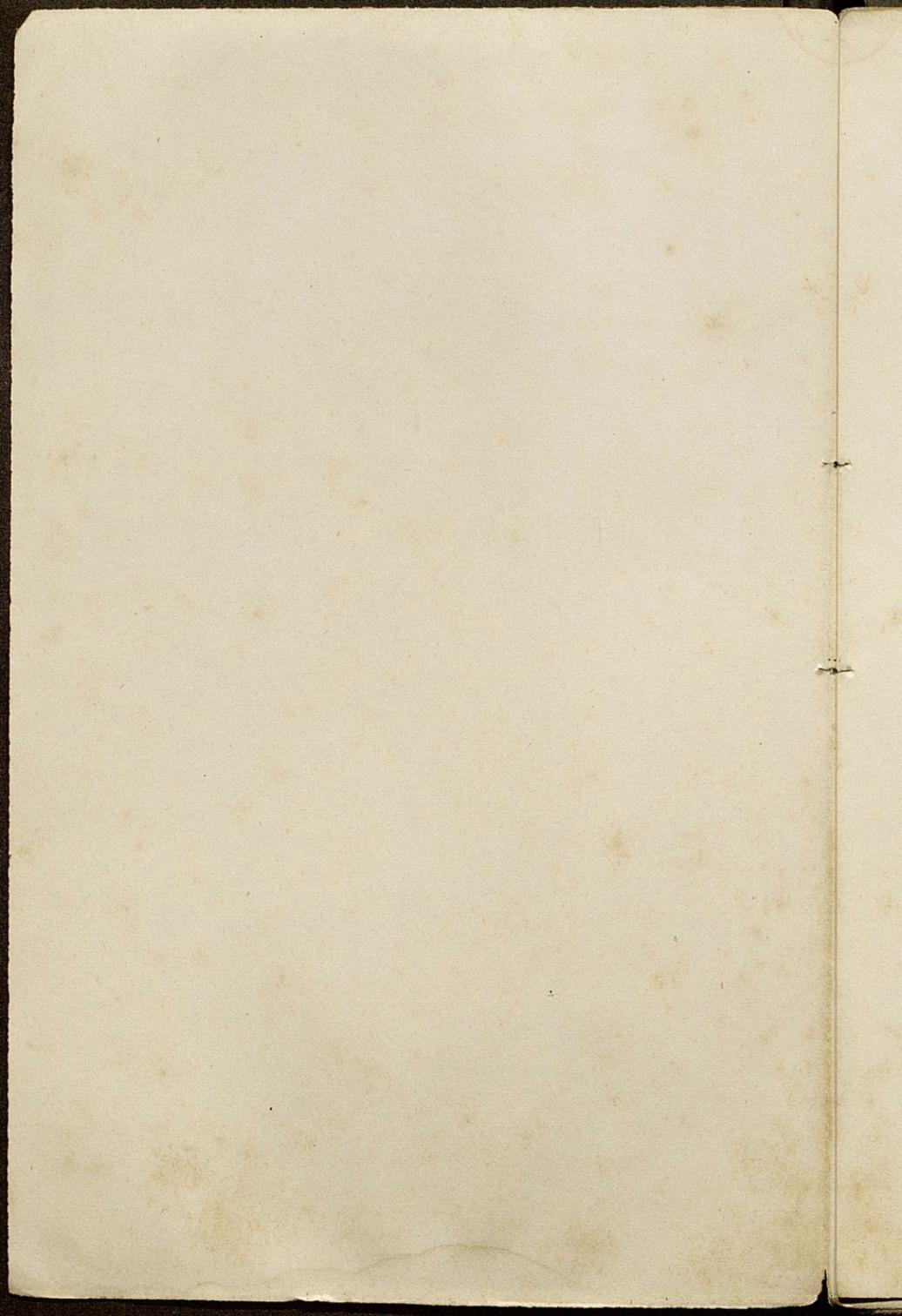
Saenz de Jubera, Hermanos, Editores.

10. Campomanes, 10.

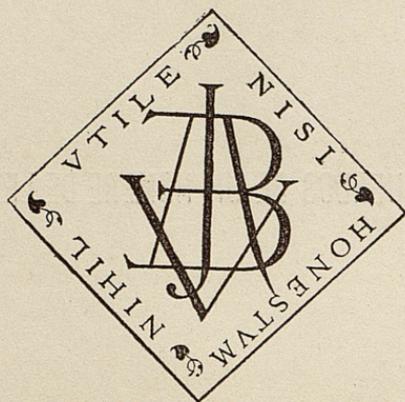
235

AR 4765

1001525259



RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRAS



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

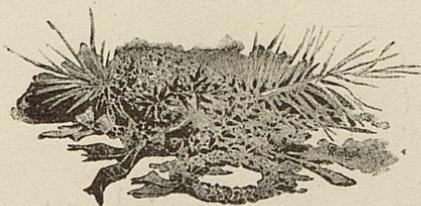
RECUERDOS

DE

UN HOMBRE DE LETRAS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Ilustrado con 88 grabados en diversos colores.



MADRID

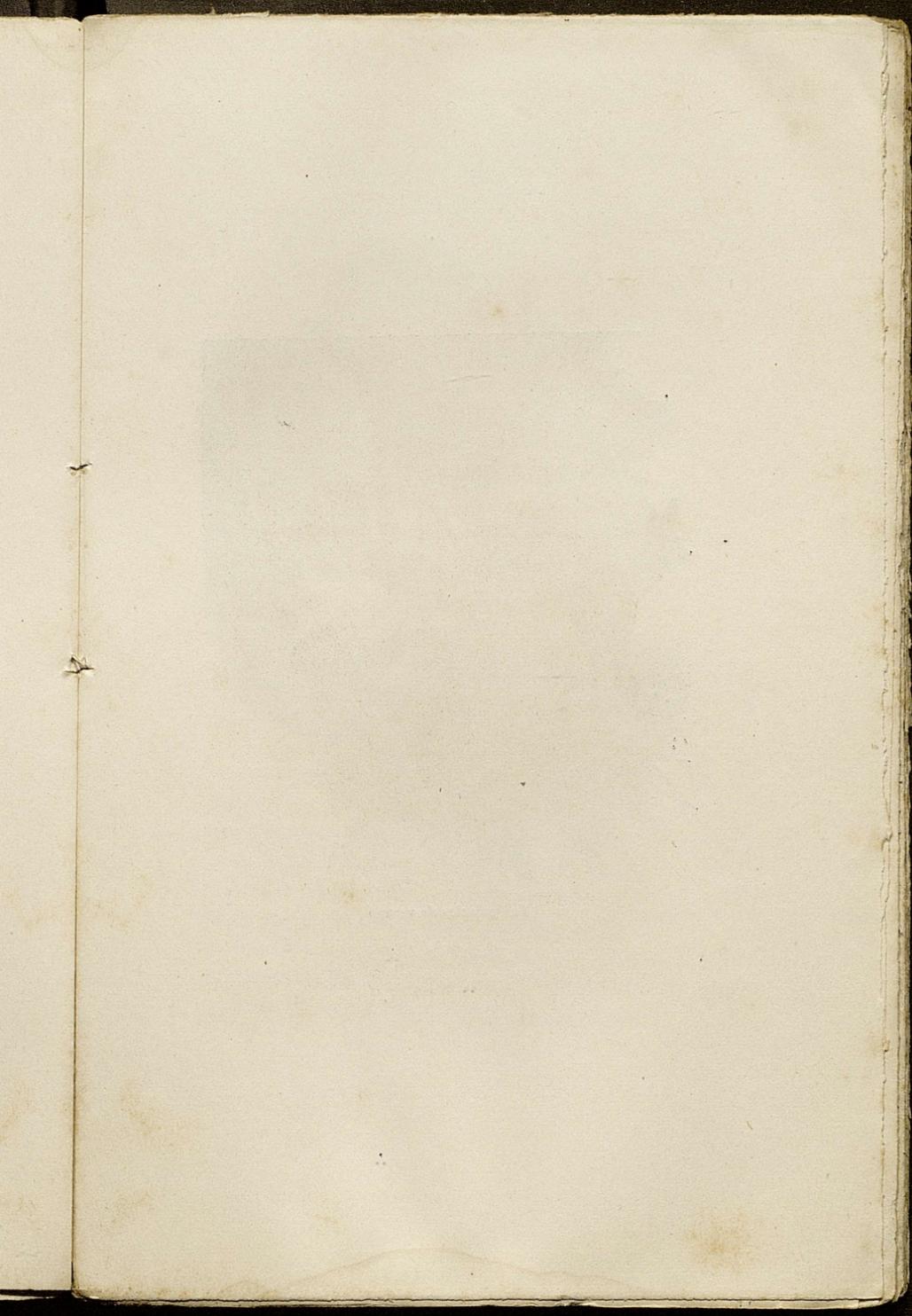
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

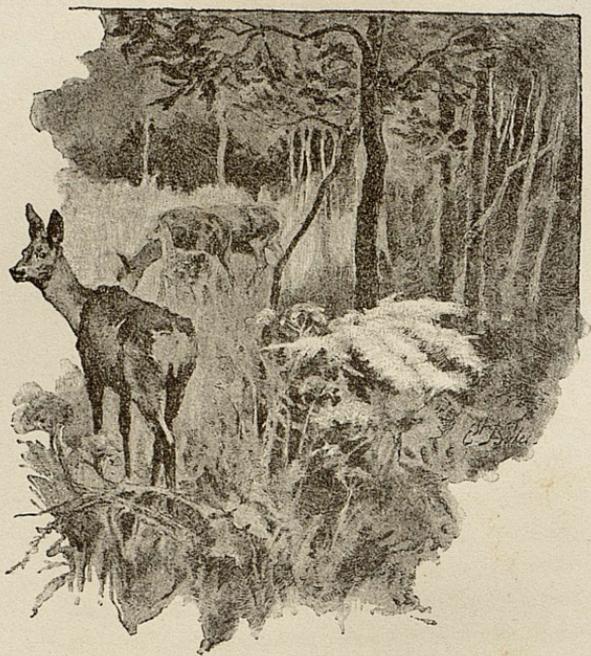
10, Campomanes, 10.

1890

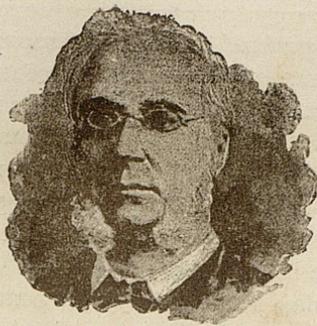
ES PROPIEDAD

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. :





Los palacios de verano.



EMILIO OLLIVIER

De todos los salones de París que frecuentó mi primer frac, el salón de Ortolan, en la Escuela de Derecho, es el que me ha dejado más agradables recuerdos. El Sr. Ortolan, meridional de buena cabeza, jurisconsulto afamado, era también poeta en sus ratos perdidos. Había publicado *Los Infantiles*, y aunque siempre estaba jurando que no escribiría en su vida más que para los niños, no desde-

ñaba la aprobación de las personas notables, para sus versos. Sus reuniones más frecuentadas por los indígenas de los barrios ilustrados presentaban una agradable y original mezcla de mujeres bonitas, de profesores y de abogados, de gente docta y de poetas. A título de poeta me invitaban á mí.

Entre las modernas y antiguas celebridades que ví pasar por allí á través de la dorada niebla de los primeros entusiasmos, recuerdo que una noche conocí á Emilio Ollivier. Iba con su primera mujer y con su suegro, el famoso músico Liszt. De la mujer no recuerdo más que unos cabellos rubios, cayendo sobre un vestido de terciopelo; de Liszt, del Liszt de aquel tiempo, recuerdo menos todavía. No tuve aquella noche ojos ni curiosidad más que para Ollivier. Frisaría en los treinta y tres años (estábamos en 1858): era corifeo del partido, muy popular entre la juventud republicana, la cual se enorgullecía de tener un jefe de su edad, y caminaba entonces hacia la gloria. Se contaban las gentes al oído la leyenda de su familia: su anciano padre,

mucho tiempo emigrado; su hermano, muerto en un desafío; él mismo procónsul á los veinte años y gobernando á su antojo en Marsella por la virtud de su elocuencia. Todo esto le daba, desde lejos, en los espíritus, cierto corte de tribuno romano ó griego, y hasta cierto parecido con los trágicos jóvenes de la Revolución: los Saint-Just, los Desmou-lins, los Danton. Yo, á quien la política no entusiasmaba gran cosa, lo veía así, poético á pesar de sus gafas, elocuente, tribunicio, dispuesto siempre á hablar y á conmovirse, y no podía menos de compararlo á un árbol de su país—no aquel (1) del que lleva el nombre y es símbolo de sabiduría—sino á uno de esos pinos armoniosos que coronan las colinas blancas y se reflejan en las azuladas aguas de las playas provenzales; pinos estériles que conservan en sí como un eco de la lira antigua, y que tiemblan siempre y siempre hacen sonar sus menudísimos pinchos, que chocan entre sí al más ligero soplo de tempestad, á la

(1) El olivo.

más pequeña ráfaga de viento que llega de Italia.

Emilio Ollivier era en aquella época *uno de los Cinco*, uno de los cinco diputados únicos que se habían atrevido á desafiar al Imperio; y se sentaba en medio de ellos allá en los escaños más altos de la Asamblea, aislado en su oposición como en un inexpugnable Aventino. Desde enfrente, arrellanado en el sillón presidencial, con aspecto soñoliento siempre, Morny le contemplaba con aquella su mirada fría de conocedor de los hombres, y le observaba constantemente: habíalo juzgado menos romano que griego, más arrebatado por la ligereza ateniense que lastrado con la prudencia y el frío razonar latino. Conocía el punto vulnerable: sabía que bajo aquella toga de tribuno se ocultaba la vanidad nativa é indefensa de los *virtuosos* y de los poetas, y gracias á ella esperaba atraérselo más tarde ó más temprano.

Algunos años después, cuando por segunda vez, y en las circunstancias que voy á decir, me encontré con Emilio Ollivier, ya estaba conquistado por el

Imperio. Morny, antes de morir, había puesto empeño, algo así como coquetería, en vencer, á fuerza de picarescas gestiones y altivas caricias, la resistencia que por pura fórmula y por guardar las apariencias, hacía á sus proyectos aquella melodiosa vanidad. Habían gritado por las calles: «la gran traición de Emilio Ollivier», y por eso Emilio Ollivier se creía un conde de Mirabeau. Mirabeau quiso al principio conciliar la Revolución con la Monarquía; Ollivier, lleno, por otra parte, de los mejores propósitos, procuraba hacia veinte años unir la Libertad y el Imperio, y sus esfuerzos hacían recordar lo de Frosinon queriendo casar al Adriático con el Gran Turco. Entretanto el Gran Turco, como estaba viudo hacía mucho tiempo, se había casado él también con una joven, provenzal como él, que lo admiraba. Se le suponía radiante, victorioso, en plena luna de miel, que embellecía con sus rayos así sus amores como su carrera política. ¡Hombre feliz!

Pero sonó el disparo de un revólver por el lado de Auteuil. Pedro Bonaparte

acababa de matar á Víctor Noir; y aquella bala corsa, al atravesar el pecho de un joven, hería en el corazón á la ficción del Imperio liberal. París se amotina; en los cafés se grita á voz en cuello; la muchedumbre gesticula en las calles. Cada minuto llega una noticia, circula un rumor nuevo; se habla de la extraña vida privada del príncipe Pedro, de aquella casa de Auteuil, aislada en pleno París como torreón de señor genovés ó florentino, que huele á pólvora y á hierro viejo, y dentro de la cual suena constantemente ruido de pistolas y de espadas al chocarse. Se dice quién era Víctor Noir; se habla de su bellissimo carácter, de su dulzura, de sus pocos años, de su boda próxima. Y las mujeres toman cartas en el asunto: compadecen á la madre, á la novia; el enternecimiento de una novela de amor se une á las cóleras políticas. *La Marsellesa*, con orla negra, publica un llamamiento á las armas; la gente dice que aquella noche distribuirá Rochefort cuatro mil revólvers en la redacción. Doscientos mil hombres, chiquillos, mujeres, los barrios burgueses, todos los de

las afueras, se preparan para la gran manifestación del día siguiente; corren vientos de barricada, y en la tristeza de la caída de la tarde se oyen esos ruidos vagos, confusos, precursores de las revoluciones, que parecen el sordo crujir de un trono.

En aquellos instantes me encontré con un amigo en el boulevard. «Esto va mal, le dije.—Muy mal, y lo peor es que *arriba* no creen en la gravedad de la cosa.» Luego, cogiéndome del brazo, añadió: «Emilio Ollivier te conoce; ven conmigo á la plaza de Vendôme.»

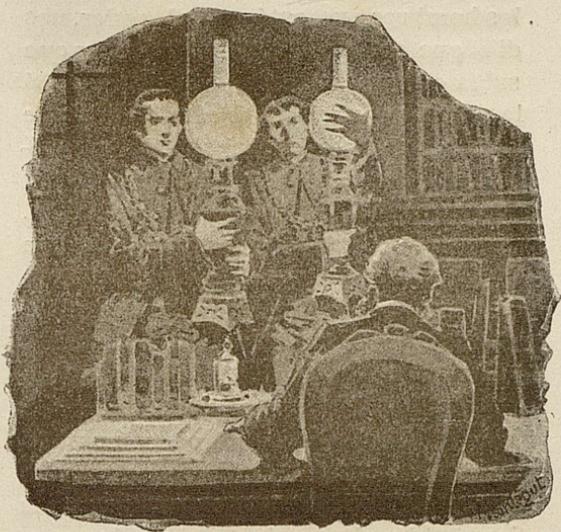
Desde que Ollivier lo ocupaba, el ministerio de Gracia y Justicia había perdido todo carácter de pompa y de ceño administrativo. Tomando por lo serio su ilusión de Imperio democrático y liberal, verdadero ministro á la norteamericana, Ollivier no había querido habitar aquellas suntuosas habitaciones, aquellos salones de elevados techos, bordados de abejas y recargados de dorados y tapices, según él, demasiado aristocráticos.

Vivía entonces en la calle de San Gui-

lermo, en su modesta casa de diputado, y llegaba todas las mañanas á la plaza de Vendôme, con un gran lío de papeles debajo del brazo, con su levita y sus gafas, como procurador que va al palacio de Justicia, ó como pobre empleado que se dirige pedestremente á la oficina. Esto hacía que los porteros y ujieres le mirasen con cierto desprecio. ¡La puerta abierta de par en par, la escalera desierta! Ujieres y porteros nos dejaron pasar sin dignarse siquiera preguntarnos adónde íbamos, ni á quién buscábamos, dando muestras, por su aire desdeñosamente resignado y cierta insolente, aunque correcta actitud, de que encontraban aquellas costumbres nuevas y familiares muy contrarias á las hermosas tradiciones de la casa y muy alejadas del ideal administrativo.

En un magnífico despacho, alto de techo, con dos altísimas ventanas que cogían todo el testero; un despacho de esos de frío y triste aspecto, en los cuales todo es verde puro, de ese verde burocrático: carpetas y papeleras verdes, sillones forrados de gutapercha verde, que es

á la deliciosa verdura de los bosques lo que un papel timbrado á un soneto escrito en vitela, lo que la sidra al Champagne, se encontraba el ministro



solo, apoyado en la chimenea, en actitud de un orador que se dispone á usar de la palabra. Añohecia. Dos criados entraron con lámparas encendidas.

Mi amigo había dicho verdad; *arriba*

no se sospechaba el peligro; el ruido de la calle no llegaba sino de una manera muy vaga hasta esas alturas. Emilio Ollivier, con el natural infatuamiento mezclado de miopía que caracteriza á los hombres que están en el poder, nos dijo que todo iba perfectamente, y que sabía cuanto ocurría; hasta nos enseñó la esquila escrita por Pedro Bonaparte al Sr. Conti, la cual acababa de comunicársele, esquila salvaje y feudal, muy dentro de las costumbres del siglo XVI, que comenzaba así: «Dos jóvenes han venido á provocarme...» Y terminaba con estas palabras: «Creo que he matado á uno de ellos.»

Entonces tomé yo la palabra y dije lo que creía que era la verdad, hablando, no como político, sino como hombre, diciendo la efervescencia de los ánimos, la exasperación que había en la calle, la inevitable alternativa de un levantamiento en armas ó de un valeroso y enérgico acto de justicia. Añadí que tanto Fonvielle como Noir me parecían incapaces, como se lo parecían á todo el mundo, de haber querido matar ó agredir al

Príncipe en su propia casa; que les conocía, sobre todo á Noir, y que me era muy simpático aquel muchacho inofensivo, casi un niño todavía, asombrado él mismo de sus triunfos y orgulloso con su precoz celebridad; que trataba de conquistar á fuerza de trabajo lo que le faltaba en materia de instrucción primaria, y el cual tenía la mayor satisfacción cuando un amigo le enseñaba alguna cita en latín y la manera de introducirla hábilmente en la conversación á propósito de cualquier cosa, con objeto de asombrar aquella noche con su desplante de erudición al bueno de J. J. Weiss, que entonces estaba en el *Journal de Paris* y le enseñaba ortografía.

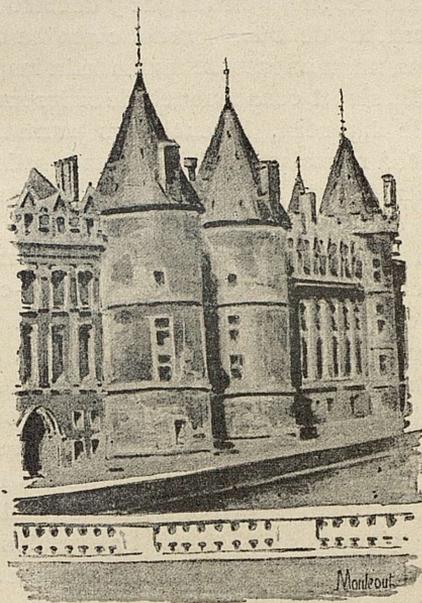
Emilio Ollivier me escuchaba atentamente, con aire pensativo y decidido. Cuando concluí, guardó un momento de silencio, y luego pronunció con tono altivo esta frase, que reproduzco textualmente: «¡Pues si es un asesino el príncipe Pedro le mandaremos á presidio!»

¡A presidio un Bonaparte! ¡Aquella era, en efecto, la frase de un ministro del Imperio liberal; de un ministro que aún no

había perdido sus ilusiones de orador; de un ministro que llevaba el título sin poseer el espíritu de tal; de un ministro, en fin, que vivía en la calle de San Guillermo!

Cierto que al día siguiente Pedro Bonaparte estaba preso; pero preso como lo está un Príncipe, en el piso principal de la Torre de Plata, en una habitación con vistas á la plaza del Chatelet y al Sena, y los parisienses pasaban por las puertas para señalarse unos á otros su calabozo y los cortinajes blancos de sus ventanas que apenas estaban defendidas por unos barrotes muy claros. Algunas semanas después, el príncipe Pedro era solemnemente absuelto por el alto Tribunal de Bourges. Emilio Ollivier ya no hablaba del presidio; se mudaba de la calle de San Guillermo á la plaza Vendôme, y en lo sucesivo, en las suntuosas escaleras, en los anchos corredores, ujieres y porteros sonreirían ceremoniosamente y se inclinarian con respeto cuando pasara. ¡Se había hecho un perfecto ministro, y el Imperio liberal había pasado á la historia!

En resumen: un estadista mediano, lleno de entusiasmo y sin reflexión, pero hombre honrado, poeta idealista á quien



habían envuelto en el barullo de los negocios públicos: así puede ser definido Emilio Ollivier. Primero Morny, y des-

pués de Morny otros, contribuyeron á ello. Republicano, trató de consolidar la dinastía, cubriéndola con un velo de libertad; después quiso la paz y declaró la guerra, no de buen grado, como ha dicho en un momento de malhadada inspiración, sino á consecuencia de su irremediable ligereza, la cual nos arrastró con él á un abismo del cual hemos salido nosotros, pero dentro del cual ha quedado él.

En otra noche—en París acaba uno por encontrarse con todo el mundo—comimos uno enfrente del otro en casa de un amigo; es el mismo de siempre, la misma mirada de soñador, interrogadora é indecisa detrás de los cristales de sus gafas; la misma fisonomía de orador, que todo lo lleva en los pliegues de los labios, el dibujo de la boca lleno de audacia y sin voluntad. Altivo y orgulloso, por lo demás; pero todo blanco, blancos sus espesos cabellos, blancas sus recortadas patillas, blanco como un campo abandonado, en una campiña asolada y cubierta de nieve. Y á todo eso hay que añadir la voz cascada, nerviosa, propia

de las gentes que tienen sobre el corazón
más de lo que ellas quisieran confesar...

Y mirándolo, recordaba yo aquel joven
tribuno, de pelo negro como la pluma del
cuervo, que entreví una noche en los
salones del Sr. Ortolan.





GAMBETTA

Un día, hace muchos, muchísimos años, en la mesa redonda del Hotel del Senado, la cual os he descrito ya—pequeñita, en el fondo de un estrecho patio de piso frío y desnudo, donde se veían adelfas y boneteros, plantados en clásicas macetas pintadas de verde—ante un suntuoso festín á dos francos por cabeza, se encontraron Gambetta y Rochefort. Yo había convidado á Rochefort. Ocurría-

me algunas veces invitar á un amigo, á mi compañero, al día siguiente de cobrar algún artículo en el *Figaro*, cuando me sonreía la fortuna; así había alguna variación y cierta alegría en nuestra mesa, ordinariamente muy provinciana. Por desgracia, Gambetta y Rochefort no estaban hechos para entenderse, y aún creo recordar que aquella noche no se hablaron. Me parece estar viéndolos cada uno á un extremo de la mesa, separados por toda la extensión del mantel y ya tales como han sido luego: el uno concentrado en sí mismo, con sonrisa seca y desabrida, y cara de vinagre; el otro siempre riendo á carcajadas, chillando, gesticulando, desbordado y espumoso como un barril de vino de Cahors. ¡Y cuántas cosas, cuántos acontecimientos había, sin que nadie pudiera sospecharlo, entre aquellos dos hombres, alejándose el uno del otro, en medio de los botes de alquitrán y de los servilletos de una pobre mesa de estudiantes!

El Gambetta de entonces paseaba su fatuidad y aturdía con su atronadora facundia los cafés del barrio Latino. Pero

Rochefort

no vayáis á equivocaros: los cafés del barrio Latino no eran sólo cafés donde se bebe y se fuma. En medio de París, amordazado, sin vida pública y sin periódicos, aquellas reuniones de la juventud estudiosa y generosa eran verdaderas escuelas de oposición, ó más bien de resistencia legal; eran los únicos sitios donde aún se dejaba oír la palabra libre. Cada uno de ellos tenía su orador predilecto; una mesa que en determinados momentos se convertía casi en una tribuna, y cada orador, en el barrio, tenía sus admiradores y sus partidarios.

—En Voltaire está Larmina, que es muy bueno... ¡demonio! ¡Vaya si es bueno el Larmina del Voltaire!...

Larmina

—No digo que no; pero en Procopio hay un Pesquidoux que vale todavía más que él.

Pesquidoux

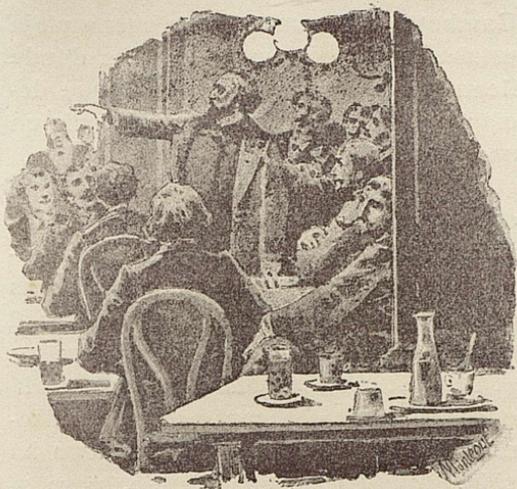
Y se iban en grandes grupos, peregrinando, al café de Voltaire para oír á Larmina, y luego al café de Procopio para oír á Pesquidoux, con la fe cándida, ardiente, de los veinte años en aquella época. En suma: aquellas discusiones alrededor de un jarro de cerveza, en me-

~~~~~

dio del humo de las pipas, preparaban una generación y mantenían despierta á esta Francia que algunos han creído definitivamente cloroformizada. Más de un doctrinario (1) de esos que han prosperado, ó que esperan prosperar, que fingen hacia aquellas costumbres un desdén de buen gusto, y tratan de viejos estudiantes á los hombres nuevos, ha vivido mucho tiempo, y vive todavía (conozco más de uno), de las migajas de elocuencia ó de razón que aquellos pródigos dejaban caer debajo de la mesa. Claro está que algunos de nuestros jóvenes tribunos se retrasaron, envejecieron y pasaron el tiempo hablando, sin hacer nada de provecho. Todo ejército tiene sus rezagados, á quienes al fin y al cabo abandona la vanguardia; pero Gambetta no era de esos. Si echaba los bofes charlando por las noches en un café, no lo hacía nunca sino después de haber aprovechado el día realizando verdadero trabajo. Como la máquina de una fábrica desahoga echando vapor á

(1) Escrito en 1878 para el *Nouveau Temps*, de San Petersburgo.

la calle, iba allí para desahogarse del exceso de numen y de ideas. Esto no le impedía ser un buen estadista y obtener éxitos en la conferencia Molé, y obtener



premios y conquistar los títulos y diplomas. Una noche, en casa de madame Ancelet—¡cuánto tiempo hace de esto, Dios mío!—en aquel salón de la calle de San Guillermo, lleno de viejos pedantes y pájaros enjaulados, recuerdo haber

*Mme. Ancelet*

*Lachaud*

oído decir á la bondadosa señora de la casa: «Mi yerno, Lachaud, tiene un nuevo secretario, un joven muy elocuente, según dicen, con un apellido muy raro... esperad... se llama... se llama el señor Gambetta.» Seguramente la buena vieja estaba muy lejos de prever hasta dónde llegaría aquel joven secretario que decían que era elocuente y que tenía un apellido tan raro.

Y, sin embargo, aparte el inevitable apaciguamiento que la práctica de la vida se encarga de enseñar á seres menos inteligentes que él, y otras cosas aprendidas en el ejercicio del poder y el manejo de los negocios públicos, era ya el Gambetta de aquellos tiempos, en lo que al conjunto del carácter y de la fisonomía se refiere, el mismo que luego ha sido. Todavía no era grueso, pero sí robusto y fuerte, con los hombros anchos, aspecto franco, aficionado á apoyarse en el brazo de un amigo mientras charlaba y andaba; hablaba mucho, con cualquier motivo, con aquella durá voz meridional que corta las frases como una péndola y marca las palabras como

si las esculpiera; pero también oía, preguntaba, leía, se asimilaba todo género de conocimientos y preparaba ese enorme almacén de hechos y de ideas, tan necesario á quien pretende dirigir una época y un país tan complicados como los nuestros. Gambetta es uno de los pocos hombres políticos que tienen aficiones artísticas y que cree que las letras no dejan de tener importancia para la vida de un pueblo. Esta preocupación aparece de ordinario en sus conversaciones y se transparenta hasta en sus discursos; pero sin pedantería, sin pretensiones y como si procediera de quien ha visto á los artistas de cerca, para el cual son familiares y corrientes las cosas de literatura y de artes. Allá en los tiempos del Hotel del Senado, el joven abogado; de quien yo era amigo, solía perder la clase algún día para ir á los Museos á admirar las obras maestras, ó para defender, en los primeros días de inaugurado el Salón anual contra los adormecidos y los rezagados, al pintor Francisco Millet, por entonces desconocido.

Su iniciador y su guía entre los siete

*Millet*

círculos del infierno de la pintura, era un meridional como él, de más edad que él, velludo, huraño, con unos ojos terribles, que se veían brillar bajo unas enormes cejas que le caían sobre los párpados, como hoguera de bandidos encendida en lo hondo de una caverna disimulada entre la maleza. Era Teófilo Silvestre, hablador soberbio é infatigable, con voz de montañés, que sonaba á hierro; escritor de mucho nervio; crítico de arte incomparable, entusiasta por los pintores, á los cuales creaba, como se suele decir, con la inteligente sutileza de un enamorado y de un poeta. Quería á Gambetta cuando éste era desconocido, y no hablaba más que en familia; siguió queriéndole siempre, á pesar de terribles disentimientos políticos, y vino á morir un día á su mesa, puede decirse que de alegría y en la embriaguez de una tardía reconciliación. Sus paseos por el Salón, por el Louvre, del brazo de Teófilo Silvestre, habían dado á Gambetta, entre ciertos estadistas en agraz, desde chiquillos estirados y peripuestos, una reputación de perezoso. Esos son los que

*Silvestre*

ahora, hechos ya hombres, siempre pagados de sí mismos y siempre cerrados herméticamente, lo trataron, entre sus amigos, de hombre frívolo y de político poco serio, porque se complace en frecuentar la amistad de un muchacho de talento que es cómico. Eso, lo más que probaría, es que, lo mismo entonces que ahora, Gambetta conoce á los hombres y sabe el gran secreto para servirse de ellos, que es el de hacerse querer por todos. Un rasgo de carácter que acabará de pintar al Gambetta de entonces: aquella voz de bocina, aquel hablador terrible, aquel gran gascón, no era de Gascuña. ¿Sería influencia de la raza? Pero por más de un concepto aquel endiablado hijo de Cahors se aproximaba á la frontera y á la prudencia italianas; la mezcla de sangre genovesa hacía de él un avisado provenzal. Hablaba mucho; hablaba siempre, pero no se dejaba arrastrar por el torbellino de la palabra; era muy entusiasta, pero sabía siempre el punto preciso en el cual debía detenerse su entusiasmo,—y, para decirlo de una vez y en una frase, — es tal vez el

único hombre que conozco que, hablando mucho, no fuera al mismo tiempo un detestable prometedor.

Una mañana, como acababa por suceder siempre, aquella ruidosa bandada de jóvenes que anidaba en el Hotel del Senado tomó vuelo en cuanto comprendió que sus alas habían crecido. Uno tomó hacia el Norte, otro hacia el Sur; se dispersaron por los cuatro puntos cardinales. Gambetta y yo nos perdimos de vista. Yo no lo olvidé, sin embargo; trabajando por mi cuenta y viviendo muy apartado de la política, me preguntaba á mí mismo algunas veces: «¿Dónde habrá ido á parar aquel amigo mío de Cahors?» y me hubiera asombrado saber que no estaba en camino de ser un personaje.

Algunos años después, hallándome en el Senado, no en el hotel, sino en el palacio del Senado, una noche de recepción oficial, habíame refugiado lejos de la música y del ruido en el rincón del diván de un salón de billar, instalado en dos inmensas habitaciones suntuosas, de un techo tan alto, que hubieran podido

contener suspiros de la reina María de Médicis. Era en época de crisis, en época de veleidades, de amabilidad que tenía el Imperio, el cual, haciendo el amor á los partidos, hablaba de mutuas concesiones, y bajo capa de reformas trataba de atraerse, al mismo tiempo que á los republicanos menos comprometidos, á los últimos supervivientes de la antigua burguesía liberal. Odilon Barrot, me acuerdo muy bien; el venerable Odilon Barrot estaba jugando al billar. Toda una falange de viejos ó de hombres prematuramente graves le rodeaba, menos atenta, ciertamente, á sus carambolas que á su persona. Esperaba sólo que cayese una frase, una palabra de aquellos labios, un tiempo tan elocuentes, para recoger la palabra ó la frase, y encerrarla como reliquia en un ara, piadosamente, devotamente, como hizo el ángel con la lágrima de Eloa. Pero Odilon Barrot se obstinaba en callar; daba tiza al taco, empujaba las bolas con ademán noble y digno, con un hermoso gesto, en el cual parecía revivir todo un pasado de solemnidad burguesa y de parlamenta-

Barrot

ry

rismo estirado y peripuesto. Tampoco hablaban los que lo rodeaban; aquellos padres conscriptos de otros tiempos; aquellos Epaminondas, adormilados desde Luis Felipe y desde 1848, no hablaban más que en voz muy baja, como quien no ha concluído de despertar de un sueño.

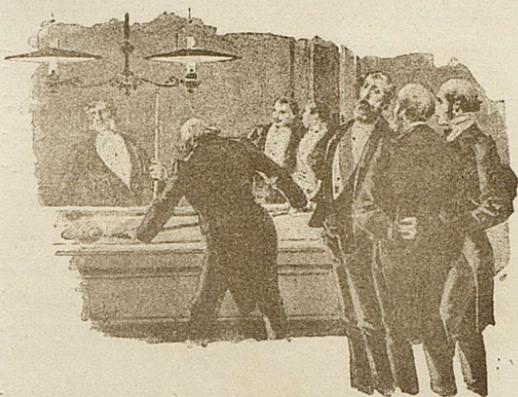


Al vuelo se sorprendían algunas veces frases como éstas: «Gran escándalo... proceso Baudin... escándalo... Baudin.» Como yo no leía periódicos y había salido muy tarde de casa aquella noche, no sabía lo que era

aquel famoso proceso. De pronto oí el nombre de Gambetta.—«¿Quién diablos será ese señor Gambetta?» decía uno de aquellos viejos con impertinencia espontánea ó fingida.

Todos los recuerdos de mi vida en el barrio Latino acudieron á mi mente. Estaba yo muy tranquilo en mi rincón, independiente como un pobre hombre de

letras que se ganaba la vida escribiendo, y muy desligado de todo compromiso y de toda ambición política, para que aquel areópago, por venerable que fuese, me impusiera poco ni mucho. Me



levanté y dije: — «¿Ese Sr. Gambetta? Pues ese Sr. Gambetta es un hombre muy notable... Lo conocí siendo muy joven, y todos nosotros le predecíamos un magnífico porvenir.» ¡Si hubierais visto la estupefacción general al oír aquello, los tacos de billar suspendidos y hasta las mismas bolas que parecían mirarme

asombradas! ¿De dónde saldría aquel desconocido que osaba defender á otro, y nada menos que delante de Odilon Barrot? Un hombre de talento (en todas partes los hay), el Sr. Oscar de Vallée, me salvó. Era abogado, procurador general del Imperio, ¡qué sé yo cuántas cosas!, y su toga, que había dejado en el guardarropa, le daba derecho para hablar en todas partes, y habló: —«El señor tiene razón, mucha razón. El Ldo. Gambetta no es un cualquiera; todos le hacemos mucho caso en el Palacio de Justicia por su *elocuencia*...» Y viendo, sin duda, que la palabra «elocuencia» dejaba frío al auditorio, añadió insistiendo: «...¡por su elocuencia y por ser muy sesudo!»

Vino el supremo asalto contra el Imperio; las masas cargadas de pólvora, preñadas de amenazas; París entero estremeciéndose á impulsos de no sé qué soplo precursor, como el buque se estremece al aproximarse la tempestad. ¡Ah! Vamos á tener muchas cosas que ver todos los de la generación actual, que nos quejábamos de no haber visto nada.

Gambetta, á consecuencia de su brillante informe en el proceso Baudin, estaba en vísperas de convertirse en grande hombre; los antiguos del partido republicano, los combatientes del 51, los desterrados, los *barbas viejas*, sentían por el joven tribuno enternecimientos paternos; la gente de los barrios lo esperaba todo del *abogado tuerto*, y los jóvenes no juraban más que por él. Lo encontré algunas veces: «¡Iban á elegirlo diputado!... ¡volvía de pronunciar un discurso en Lyon ó en Marsella!...» Siempre agitado, oliendo á revolucionario; siempre en una excitación propia de quien acaba de librar una batalla, hablando en alta voz, estrechando fuertemente la mano y echando hacia atrás sus cabellos con un gesto arrogante, lleno de decisión y de energía.

Muy simpático, más familiar que nunca y siempre dispuesto á que lo detuvieran en la calle para charlar ó para reir un rato: «¿Un almuerzo en Meudon?» respondió á un amigo suyo que lo invitaba á almorzar. Sí, por cierto; acepto con mucho gusto; pero lo dejaremos para

un día de éstos, después de que hayamos echado abajo el Imperio.»

Llegó la gran conmoción, la guerra, el Cuatro de Septiembre, y Gambetta fué individuo de la Defensa Nacional, al mismo tiempo que Rochefort. Se encontraron de nuevo frente á frente delante del tapete verde sobre el cual se firman proclamas y decretos, como se habían encontrado doce años antes delante del modesto mantel de mi mesa. La súbita llegada al poder de mis dos compañeros del barrio Latino no me asombró. En la atmósfera había entonces prodigios mucho más sorprendentes. El estruendo producido por el Imperio al desplomarse, aterraba todavía los oídos é impedía oír el ruido que hacían las botas de los prusianos que se aproximaban.

Recuerdo mi primer paseo por las calles. Volví yo del campo—de un rinconcillo tranquilo en el bosque de Sénart—respirando aún el fresco aroma de las hojas y del río. Me sentí aturdido; aquello no era París, sino una inmensa feria, algo así como un enorme cuartel en día de fiesta. Todo el mundo llevaba gorra

de militar, y los industriales al por menor, hechos libres á causa de la desaparición de la policía, llenaban la ciudad entera, como si estuviésemos en vísperas de



Año Nuevo, con multicolores puestos de baratijas y con sus gritos desaforados. La muchedumbre hormigueaba; anoche-  
cía; el aire estaba lleno de ecos de *La Marsellesa*. De pronto resonó, casi pe-  
gada á mi oído, una voz de los barrios,

chillona y maliciosa, que decía: «Compre usted la mujer de Bonaparte; sus orgías; sus amantes... ¡A diez céntimos!» Y me enseñaban un pliego de papel, mojado todavía de tinta de imprenta. ¡Qué pesadilla! En pleno París, á dos pasos de aquellas Tullerías sobre las cuales flota aún el estruendo de las últimas fiestas; en aquellos mismos boulevares que yo había visto pocos meses antes barridos, aceras y arroyos, por las cargas de los polizontes, armados de sus rompecabezas. La antítesis me hizo una impresión profunda, y durante cinco minutos tuve el sentimiento agudo de esa cosa terrible y grandiosa que se llama una revolución.

Ví á Gambetta una vez, en aquel primer período del sitio, en el ministerio del Interior—donde acababa de instalarse como si fuera su casa, sin asombro, como quien llega á obtener una fortuna que presagiaba hacía mucho tiempo—recibiendo tranquilamente, con su hombría de bien un poco burlona, á aquellos jefes de sección y de negociado que el día antes decían desdeñosamente: «¡Gam-

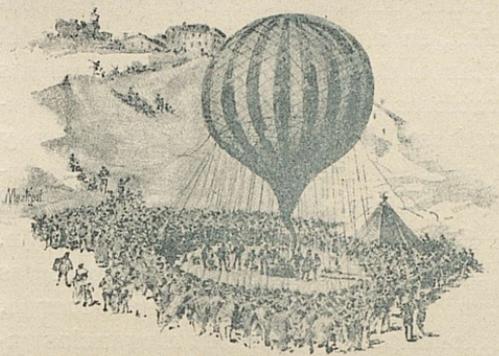
bettilla!» y ahora doblaban el espinazo y murmuraban con respetuosa entonación: «¡Si el señor ministro se digna permitirme!»

Luego ya no volví á ver á Gambetta más que de tarde en tarde, apareciéndose como á través de un desgarrón hecho de pronto en la oscura, fría y siniestra nube que envolvía al París del sitio. Uno de aquellos encuentros me dejó un recuerdo inolvidable. Era en Montmartre, en la plaza de San Pedro, al pie de aquella escarpadura de yeso y de ocre que las obras de la iglesia de San Pedro han cubierto después, pero que entonces, y á pesar de las pisadas de la gente que iba allí á pasear los domingos, y de los juegos de los chiquillos dejándose escurrir por la pendiente abajo, hallábase cubierta de algunas manchas de verdura formadas por la hierba. Debajo de nosotros, envuelta en la bruma, la ciudad de los seis millones de tejados y su colosal murmullo, que de vez en cuando se apaciguaba para dejar oír á lo lejos la voz bronca de los cañones de los fuertes. Había allí, en la plaza, una tiendecilla de

campaña, y en medio de un cercado, trazado por una cuerda, un gran globo amarillo, sujeto por un cable, y balanceándose en el aire. ¡Deciase que Gambetta iba á salir en él para entusiasmar á las provincias y excitarlas á acudir en defensa de París; exaltar los ánimos, reanimar el valor, renovar, en fin (y acaso lo hubiera conseguido, á no ser por la traición de Bazaine) los milagros de 1792! Al principio no ví más que á Nadar, al amigo Nadar, con su gorrilla de aeronauta, mezclada en todos los acontecimientos del sitio; luego, en medio de un grupo, á Spuller y á Gambetta, los dos arropados con pieles. Spuller, muy tranquilo, animoso sin afectación, pero sin poder quitar los ojos de aquella enorme máquina, en la cual debía embarcarse en su calidad de jefe de gabinete del ministro, y murmurando como quien sueña: «¡La cosa es verdaderamente extraordinaria!» Gambetta como siempre: charlando y encogiéndose de hombros, casi contento de meterse en aquella aventura. Me vió; me estrechó la mano con un apretón que decía muchas cosas. Luego Spuller y él

entraron en la barquilla. «¡Larga todo!» gritó Nadar. Algunos saludos, un grito de ¡viva la República! el globo sube, y después nada.

El globo de Gambetta llegó sano y salvo; pero cuántos otros cayeron atrave-



sados por las balas de los prusianos, y perecieron en el mar, sin contar la inverosímil aventura de aquel que después de correr durante veinte horas una tempestad deshecha, fué á caer en Noruega, á dos pasos del helado Océano. Dígame lo que se quiera, había verdadero heroísmo en aquellos viajes, y no puedo recordar sin emoción aquel último apre-

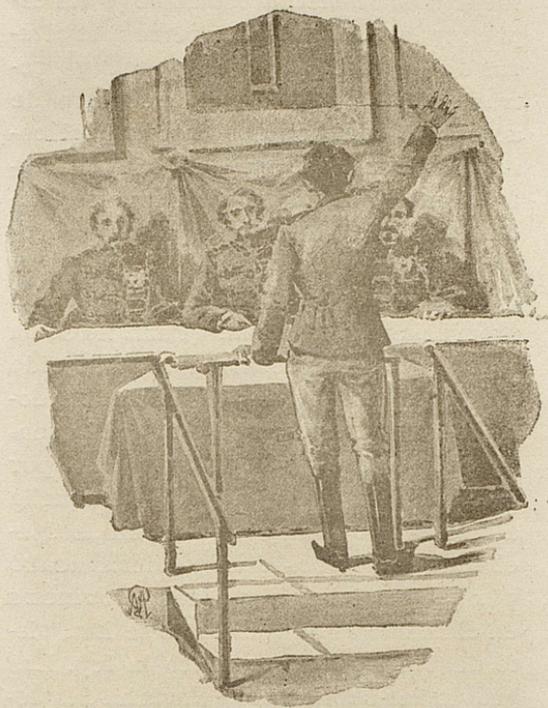
tón de manos y aquella barquilla de mimbre que, más pequeña y más frágil que la histórica barca de César, se llevaba al encapotado cielo de invierno toda la esperanza de París.

No volví á ver á Gambetta hasta un año después, con motivo del proceso Bazaine, en aquel comedor de verano, del Trianon de María Antonieta, con sus graciosas columnatas que se prolongaban hasta dentro de los dos jardines y el cual, ensanchado, agrandado con tapices y biombos, transformado en sala de Consejo de guerra, conservaba aún, con sus entrepaños poblados de palomas y amorcillos, algo así como un recuerdo, como un perfume de sus elegancias pasadas. Presidía el duque de Aumale; Bazaine estaba en su banquillo como acusado, altanero, terco, inconsciente, despótico y con el pecho cruzado con la línea roja del gran cordón de la Legión de Honor. Y verdaderamente había algo muy elevado en el espectáculo que allí se presenciaba de un soldado que por traidor á la patria iba á ser juzgado en plena República por el descendiente de

los antiguos Reyes. Desfilaban los testigos, uniformes y blusas, generales y soldados, empleados de correos, ex ministros, campesinos, mujeres, guardas forestales y aduaneros, cuyo pie, acostumbrado al desigual suelo de los bosques y al polvo y á los guijarros de las carreteras, resbalaba en el entarimado y tropezaban en los pliegues de las alfombras, todo lo cual hubiera hecho reír como el torpe y temeroso saludo, si la cándida turbación de tantos humildes héroes no hubiera hecho asomar lágrimas á los ojos: fiel imagen de aquel sublime drama de la resistencia contra los prusianos, con la cual todo el país, grandes y pequeños, creía cumplir con su deber. Llamaban á Gambetta. En aquel momento los odios reaccionarios se desencadenaban contra su nombre y se hablaba de procesarlo á él también. Entró con el abrigo puesto, con el sombrero en la mano, é hizo, al pasar por delante del duque de Aumale, un ligero saludo. ¡Oh! pero un saludo que me parece estar viendo todavía: ni demasiado altanero, ni demasiado bajo; más que un saludo fué un signo

de masonería entre gentes que, aun divididas por grandes diferencias de opinión, están siempre seguras de encontrarse y entenderse cuando se trata de ciertas cuestiones de patriotismo y de honor. El duque de Aumale no pareció molestarse, y yo estaba entusiasmado allá en mi rincón, con la correctísima y digna actitud de un antiguo compañero; pero no pude felicitarle por lo siguiente. Apenas levantado el sitio de París, temblando aún bajo la influencia de la fiebre meridional, había yo escrito acerca de Gambetta y de la defensa hecha en provincias, un artículo muy sincero, pero muy injusto también, el cual he arrancado después—mejor informado y con el mayor placer—de la colección de mis trabajos. Todos los parisienses estábamos un poco locos en aquel momento, y no había yo de ser una excepción. ¡Nos habían mentido tantas veces, nos habían engañado de tantas maneras! ¡Habíamos leído en las paredes de las alcaldías tantos bandos que hacían concebir esperanzas, tantas proclamas levantiscas, seguidas al día siguiente de lamentables des-

engaños! ¡Nos habían hecho dar con el  
fusil al hombro y el morral á la espalda



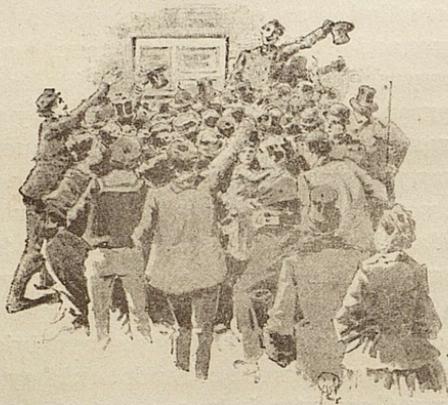
tantos estúpidos paseos! ¡Nos habían teni-  
do tan á menudo boca abajo en el fango

ensangrentado, inmóviles, inútiles, tristes, mientras que los obuses vomitaban fuego sobre nuestras espaldas! ¡Y los espías! ¡y los fuertes! «¡Ocupemos las alturas de Montretout, que el enemigo retroceda!» O bien: «En el encuentro de anteayer, cogimos dos cascos y el correa de un fusil.» ¡Y esto cuando cuatrocientos mil guardias nacionales, que estaban deseando salir y batirse, recorrían las calles de París! Luego París abrió sus puertas, y mientras que á las provincias se les decía: «¡París no se ha batido!» en París se murmuraba al oído de todos: «Las provincias te han abandonado corbardemente.» Hasta que la gente furiosa, avergonzada, impotente por no distinguir nada en medio de aquella atmósfera de odio y de mentira, sospechando traiciones donde quiera, acabó por meter á París y á las provincias en el mismo saco. Las cosas se han visto después cuando se hizo la ley. Las provincias supieron que París ha desplegado durante cinco meses día por día un heroísmo inútil; y yo, parisiense del sitio, he reconocido, por lo que á mi hu-

milde persona se refiere, que fueron admirables la acción de Gambetta en provincias y aquel movimiento de defensa, en el cual al principio no vimos más que una serie de exageradas fanfarronadas.

He visto á Gambetta otra vez hace dos años. No ha sido menester explicación alguna; él vino á mí alargándome las dos manos; era en Ville d'Avray, en casa del editor Alfonso Lemerre, en la casita de campo donde vivió tanto tiempo Corot; una vivienda encantadora, hecha como de encargo para un pintor ó para un poeta, todo del gusto del siglo XVIII, con sus tallados en madera, sus entrepaños coronando las puertas, y un pequeño pórtico para bajar al jardín. En el jardín almorzamos al aire libre entre flores y pájaros, bajo los copudos árboles que el gran maestro se complacía en pintar, de un verde tan fresco á causa de la proximidad de los estanques. Pasamos la tarde recorriendo tiempos pasados y cayendo en la cuenta de que somos Gambetta, el doctor y yo, los últimos supervivientes de nuestra mesa redonda, que hay en París. Gambetta, lo hago constar con sa-

tisfacción, lo leía todo, lo veía todo, seguía siendo un conocedor experto y un distinguido literato. Fueron cinco horas deliciosas aquellas cinco horas que pasamos de aquel modo en aquel florido y retirado rincón que se halla entre París y Versalles, y que, sin embargo, está muy alejado de todo ruido político. Parece que Gambetta opinaba como yo, porque ocho días después de aquel almuerzo á la sombra de los árboles, se compraba una casa de campo en Ville d'Avray.





## HISTORIA DE MIS LIBROS

NUMA ROUMESTAN

— Cuando comencé esta historia de mis libros, en la cual habrá habido quien vea cierta fatuidad de autor, pero que á mí me parece la verdadera manera original y distinguida de escribir las memorias de un hombre de letras en el margen de su obra, confieso que sentía gran placer. Hoy mi satisfacción no es tanta. En primer lugar, la idea ha perdido mucho sabor al ser utilizada por varios colegas

míos, y no de los menos ilustrados. Después hay la invasión, cada vez más grande, del alto y del bajo noticierismo, el tumulto y la polvareda que éste levanta alrededor de la comedia ó del libro, en forma de detalles anecdóticos que un escritor que no es pontífice ni gruñón, se deja arrancar de buen grado. Por eso mi tarea autohistórica se ha hecho más difícil; me han descalcañado un calzado fino que yo no quería ponerme más que de tarde en tarde.

Es bien cierto, por ejemplo, que todo lo que han escrito los periódicos hace algunos meses, á propósito de la comedia sacada de *Numa Roumestan* y puesta en escena en el Odeon, esa curiosidad y ese reclamo me han dejado muy poco interesante que decir acerca de la historia de mi libro, y me han puesto en peligro de ser un machacón. De todos modos, me ha ayudado á destruir de una vez su leyenda, propagada por personas que ellas mismas no la creían, de que Gambetta estaba oculto bajo Roumestan. ¡Como si eso fuera posible: como si, habiendo querido hacer un Gambetta, hu-

---

biera podido nadie equivocarlo ni aun bajo la máscara de Numa!

La verdad es que durante años y años, en un diminuto cuadernito verde que tengo á la vista, lleno de notas apretadas y de intrincados tachones, bajo el título genérico *El Mediodía*, he resumido el país donde nací, clima, costumbres, temperamento, el acento, los gestos, frenesí y ebulliciones de nuestro sol y esa ingenua necesidad de mentir, que proviene de un exceso de imaginación, de un delirio expansivo, charlatán y bondadoso, que se parece muy poco al frío mentir, perverso y calculado, que encuentra uno en el Norte. Esas observaciones las he hecho en todas partes; en primer lugar en mí, que siempre me sirvo á mí mismo de unidad de medida; en los míos, en mi familia y en los recuerdos de mi niñez, conservados gracias á una extraña memoria, en la cual toda sensación se marca, se estereotipa en cuanto la memoria la experimenta.

Todo eso, anotado en ese cuaderno verde, desde las canciones del país, esos proverbios y locuciones, en los cuales se

retrata el instinto de un pueblo, hasta la manera que tienen de pregonar el agua fresca los aguadores, y los gritos de los vendedores de acerolas en las ferias de los pueblos, hasta los gemidos de nuestras enfermedades, que la imaginación aumenta y repercute, casi todas nerviosas, reumáticas, causadas por ese cielo de viento y de llama que os devora el meollo y os derrite todo el ser como si fueseis de caña de azúcar; anotados están hasta los crímenes del Mediodía, explosiones de pasión, de violencia de borracho, de borrachos sin beber, que despistan y asustan la conciencia de los jueces que han nacido bajo otro clima, que se vuelven locos en medio de aquellas exageraciones, de aquellas extravagantes declaraciones de los testigos, las cuales no saben cómo apreciar. De ese cuaderno he sacado *Tartarin de Tarascon*, *Numa Roumestan*, y más recientemente *Tartarin en los Alpes*. Hay ahí otros libros meridionales en proyecto, fantasías, novelas, estudios psicológicos: Mirabeau, el marqués de Sade, Raousset-Boulbon y el *Enfermo imaginario*, que

de seguro trajo Molière de aquella tierra. Y hasta hay historia, si he de creer á un ambicioso renglón que veo en el cuadernito: *Napoleón, hombre del Mediodía: sintetizar en él toda la raza.*

Sí por cierto. El día en que la novela de costumbres me fatigue por la estrechez del cuadro en que ha de moverse, en que experimente la necesidad de espacirmé á más distancia y á más altura, he soñado eso, dar la dominante de esa existencia prodigiosa de Napoleón, explicar aquel hombre extraordinario con esta sencilla frase: *el Mediodía*, en la cual no ha pensado nunca toda la ciencia de Taine. El Mediodía pomposo, clásico, teatral, aficionado á la exterioridad, á los trajes vistosos, á los penachos, á las banderas desplegadas y á las músicas estruendosas. El Mediodía familiar y tradicional que tiene de Oriente la fidelidad al clan y á la tribu, la afición á las golosinas y ese incurable desprecio hacia la mujer, que no le impide ser apasionado y voluptuoso hasta el delirio. El Mediodía, cariñoso, mimoso, con su elocuencia, arrebatado y luminoso, pero sin co-

lorido, porque el colorido pertenece al Norte, con sus cóleras pasajeras y terribles, exageradas y siempre un poco fingidas hasta cuando son sinceras, en las cuales hay algo de trágico y de cómico; tempestades del Mediterráneo: diez pies de espesor sobre un poco de agua muy tranquila. El Mediodía, supersticioso é idólatra, que olvida fácilmente los dioses en la agitación de su vida de salamandra en su hoguera, pero que recuerda sus oraciones de la infancia tan luego como se ve amenazado de enfermedad ó de desgracia. (Napoleón de rodillas, rezando á la puesta del sol, sobre la cubierta del *Northumberland*, oyendo misa dos veces por semana en el comedor de Santa Elena.) Sobre todo, y por encima de todo, es gran característica de la raza, la imaginación, que ningún hombre de acción ha tenido nunca en proporciones tan grandes. (Egipto, Rusia, el proyecto de conquistar las Indias.) Tal es el Napoleón que quisiera yo retratar en los principales actos de su vida pública y en el pormenor de su vida íntima, dándole en calidad de comparsa, como Bompard que

imitase y exagerara sus gestos y sus fantasías, á otro meridional, á Murat, de Cahors, el pobre y valeroso Murat, que se dejó ahorcar por haber querido intentar tener él también su poquito de regreso de la isla de Elba.

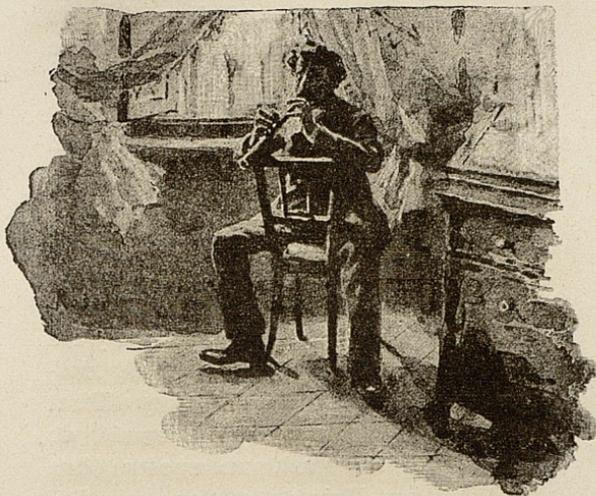


Pero dejemos á un lado el libro de historia, que no he hecho y que acaso jamás tenga tiempo de escribir, y hablemos de esa novela *Numa*, que ya tiene algunos años y en la cual han creído verse retratados muchos paisanos míos, aunque cada uno de sus personajes se compone de piezas y retazos. Uno solo, y, como era de esperar, el más ridículo, el más

inverosímil de todos, ha sido tomado del natural, estrictamente copiado; es el quimérico y delirante Bompard, meridional silencioso, comprimido, que se manifiesta haciendo explosión, y cuyas invenciones pasan de la raya, porque falta á ese visionario la prolijidad de palabra y de escritura que es nuestra válvula de seguridad. Ese tipo de Bompard se encuentra con frecuencia en nuestra tierra, pero yo no he estudiado más que el mío, amable y cariñoso compañero, con quien algunas veces tropiezo en el boulevard, y el cual no se sintió mortificado á la aparición de *Numa*, porque como tiene un montón de novelas en el magín, le falta tiempo para leer las de los demás.

Del tamborilero Valmajour, algunos rasgos son verdaderos, por ejemplo, el relato de que se *le ocurrió la idea de perfeccionar el pito una noche...* recogido palabra por palabra de sus propios ingeniosos labios. Ya he dicho en otro sitio la burlesca y lamentable epopeya de aquel infeliz que mi querido amigo, el gran poeta Mistral, me envió un día con esta carta: «Te mando á Buisson; es tam-

borilero: guíalo.» Y la innumerable serie de malos pasos que dimos Buisson y yo, en los salones, en los teatros y en los conciertos de París. Pero la verdad que



no pude decir mientras vivió, por miedo á mortificarlo, puedo decirlo hoy que la muerte ha roto su tamboril y llenado de negra tierra los tres agujeros de su flautín, es ésta: Buisson no era un verdadero tamborilero; era un pobre burgués

del Mediodía, que tocaba el clarinete en una banda de música municipal, y que para distraerse había aprendido y perfeccionado el manejo del tamboril y del pito, tradicionales en las fiestas campesinas de Provenza. Cuando llegó á París el infeliz, no sabía tocar ni un solo baile popular en nuestra tierra. Su repertorio se componía de la sinfonía del *Caballo de bronce*, del *Carnaval de Venecia* y del *Juan de las Viñas*, todo ello brillantemente ejecutado, pero falto de acento para tratarse de un tamborilero garantizado por Mistral. Yo le enseñé algunos villancicos de Saboly, *San José me ha dicho*, *Quiquiriquí*, *canta el gallo* y los *Pescadores de Cassis*, las *Hijas de Avignon* y la *Marcha de los Reyes*, que Bizet instrumentó algunos años después, de una manera magistral, para nuestra obra *La Arlesiana*. Buisson, que era un músico bastante bueno, escribía aquellas canciones, las estudiaba de día y de noche en su cuartucho de la calle Bergère, causando la desesperación de sus vecinos, á quienes aquella música ratonera sacaba de sus casillas. Una vez en disposi-

ción, lo dejé en libertad por la ciudad, y su extraña manera de pronunciar el francés, su tez bronceada, sus espesas cejas negrísimas, tan espesas y abundantes como sus bigotes, y además su repertorio exótico, engañaron hasta á los meridionales que vivían en París, quienes lo tomaron por un verdadero tamborilero. Pero ¡ay! que ni esa equivocación le sirvió para alcanzar éxito.

Tomado del natural, aquel tipo me pareció complicado, sobre todo como figura de segundo término, por lo cual la simplifiqué para mi libro. Cuanto á los demás personajes de la novela, repito que



todos, desde Roumestan hasta la pequeña Audiberta, están tomados de muchos modelos; y como dice Montaigne, «compuestos de muchos retazos.» Lo mismo digo de la ciudad de Aps, en Provenza, pueblo natal de Numa, la cual edificué con fragmentos de Arlés, de Nimes, de Saint-Rémy, de Cavaillon, tomando de una las Arenas, de otra las viejas callejuelas, á la italiana, estrechas y mal empedradas, como si fueran cauces de torrentes secos, con su mercado de los lunes establecido á la sombra de los plátanos que rodean el pueblo por todas partes; y de unas y de otras, esas anchas carreteras provenzales, bordeadas por grandes arroyos, cubiertas de caldeado polvo que rechina bajo las ruedas de los carros, y el viejo molino, al que tantas veces fui allá cuando tenía veinte años, con mi capisayo de lana siempre á la espalda. La casa donde he supuesto el nacimiento de Numa es la que yo viví cuando tenía ocho años, en la calle de Séguier, enfrente de la Academia de Nimes; la escuela de los hermanos, donde imperaba por el terror el ilustre Bota-

cuero, con su férula mojada en vinagre, es la escuela á que yo asistí en mi niñez, los más lejanos recuerdos que conserva mi memoria. «Los primeros pájaros,» que dicen los provenzales.

Ahí tenéis el armazón bien sencillo, como puede verse á primera vista, de ese *Numa Roumestan*, que me parece el menos incompleto de todos mis libros, aquél en el cual más me he mostrado tal cual soy, en el que más inventiva he puesto, en la acepción aristocrática de la palabra. Lo escribí en el verano de 1880, en la Avenida del Observatorio, por encima de los magníficos castaños del Luxemburgo, árboles gigantes cos cuajados de flores blancas y color de rosa, atravesados por los gritos de los chiquillos, por las campanillas de los vendedores de chucherías y por el estrépito de las músicas militares. Su redacción no me produjo cansancio alguno, como sucede con todo lo que brota del manantial. Fué publicado primeramente en la *Ilustración*, con dibujos de Emilio Bayard, que era vecino mío, pues vivía en la otra acera de la Avenida del Observatorio.

Muchas veces en semana, por las mañanas, iba á instalarme en su estudio, le explicaba mi personaje á medida que iba escribiéndolo y hablándole, comentando el Mediodía para que lo comprendiese aquel parisiense hasta la medula de los huesos, el cual no sabía de aquella tierra más que «lo del gascón á quien iban á ahorcar» y las cancioncillas compuestas por Levassor.

¿No es verdad, amigo Bayard, que le representé á usted 'el Mediodía, y se lo canté, é imité los ruidos que produce la gentes en las corridas de toros, y las luchas de hombres, y los cánticos de los penitentes en las procesiones? ¿No es verdad que á usted y á uno de sus discípulos lo llevé á beber Cartagena y á comer barquillos á la calle de Turbigo, á una tienda que se titula «A los productos del Mediodía»?

Publicado por la casa Charpentier, con una queridísima dedicatoria, que siempre me ha dado buena suerte, y que debería figurar á la cabeza de todos mis libros, la novela tuvo éxito. Zola le hizo el honor de dedicarle un estudio halagador

y cordial, en el que sólo me reprocha, por lo inverosímil, el amor de Hortensia. Le Quesnoy y otros también me han criticado lo mismo por lo que se refiere al tamborilero; y, sin embargo, si hubiese yo de escribir otra vez el libro, no renunciaría á ese efecto de espejismo en aquel



alma vacilante y ardiente, víctima también de la IMAGINACIÓN. Preguntan que ¿por qué físico? ¿por qué esa muerte sentimental y romántica, esa manera tan fácil de entretener al lector? ¿Que por qué? Pues porque uno no es dueño de su obra; porque durante su gestación, cuando la idea nos tienta y nos persigue, mézclanse á ella mil cosas recogidas, dragadas no se sabe de dónde, al paso, al azar de la

vida, como hierbas que se enganchan á las mallas de una red. Cuando yo pensaba en *Numa*, me mandaron á las aguas de Allevard; y allí, en las salas de inhalaciones, veía jóvenes semblantes, estirados, hundidos, arrugados; oía pobres voces sin timbre, apagadas, toses broncas, seguidas siempre de un movimiento furtivo para limpiar con el pañuelo ó con el guante la manchita de sangre que asomaba á los labios. De todas esas pálidas apariciones impersonales, ha resultado una en mi libro, á pesar mío, y con ella el aspecto melancólico de aquel punto de baños medicinales, que ha sido trasladado sin saber cómo á mi novela.

Numa Baragnon, mi paisano, ex ministro, ó poco menos, engañado por una semejanza de nombres, fué el primero que se creyó aludido en Roumestan y protestó enérgicamente... Pero luego una leyenda, que vino de Alemania, el torpe reclamo de un editor de Dresde, reemplazó el nombre de Baragnon con el de Gambetta. No he de volver á ocuparme de esa estupidez; no hago más que afirmar que Gambetta, no sólo no lo creyó,

sino que fué el primero en reirse de semejante cosa.

Comiendo una tarde en casa de nuestro editor, me preguntó si el «cuando no hablo, no pienso,» de Roumestan, era una frase fabricada ú oída por mí.

—De pura invención, mi querido Gambetta, le dije.

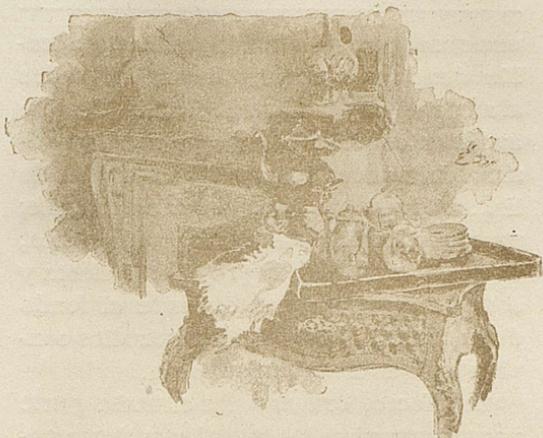
—Pues bien, me contestó; esta mañana, en Consejo de Ministros, uno de mis compañeros de Gabinete, que también es del Mediodía, de Montpellier, nos ha declarado *que no pensaba más que hablando...* Decididamente, la frasecilla es de aquella tierra.

Y por última vez oí una de aquellas francas carcajadas propias de él.

No todos los meridionales dieron pruebas de tan buen sentido como Gambetta. *Numa Roumestan* me valió anónimos furibundos, casi todos fechados en ciudades y pueblos del Mediodía. Hasta la sociedad de los felibres se enfureció conmigo. Versos leídos en plenas sesiones de aquella Sociedad, me llamaban renegado y malhechor, y qué sé yo cuántas cosas más me decía un soneto en proven-

zal del viejo Borelly. ¡Y yo que había contado con mis paisanos para demostrar que no había ni caricaturado ni mentido! Al contrario; preguntadles, hasta ahora mismo que ya se ha apaciguado su cólera, á los más exaltados, los de la parte extrema de nuestras provincias meridionales, y se pondrán muy serios y muy formales para contestaros: «¡Oh, todo eso es una pura exageración!»





## LOS FRANCO-TIRADORES

Escrito durante el sitio de París.

La otra noche tomamos el té en casa del escriban de Nanterre. Y empleo con gusto esa palabra anticuada de *escriban*, porque viene como de molde al saborcillo á la Pompadour del bonito pueblo donde florecen muchachas premiadas con

una rosa, por su virtud, y al antiguo salón donde nos encontrábamos sentados al amor de una lumbre de sarmientos que ardía en el enorme hogar de una antiquísima chimenea adornada con flores de lis... El dueño de la casa estaba ausente; pero su imagen bonachona y simpática, colgada en la pared, presidía la fiesta y sonreía tranquilamente, desde el fondo de su cuadro ovalado, á los extraños convidados que llenaban su salón.

¡En efecto, era aquella extraña gente para figurar en las reuniones de un notario! Capotes galoneados, barbas de ocho días sin afeitar, kepis, capotes de soldado, botas enormes; y en todas partes, lo mismo encima del piano que sobre el velador, mezclados con los cojines de guipur, las cajitas de Spa, las cestas de flores contrahechas, sables y revólvers. Todo esto formaba un raro contraste con aquella vivienda patriarcal, donde aún parecía estar flotando el olor de pasteles de Nanterre servidos por la lindísima hija del notario, premiada con la rosa de la virtud y vestida con traje-cito de organdí... ¡Ah! que ya no hay en

Nanterre muchachas premiadas con la rosa. Han sido reemplazadas por un batallón de franco-tiradores de París, y la plana mayor del batallón—alojada en casa del notario—nos invitaba á tomar té aquella noche...

Jamás me había parecido tan hermoso el estar al amor de la lumbre. Fuera, el viento sopla sobre la nieve y nos llevaba con el ruido de las campanadas de un reloj que daba las horas, el ¡quién vive! de los centinelas, y de vez en cuando, la detonación sorda de un chassepot... En el salón se hablaba poco. El servicio de avanzada es muy rudo, y se está cansado cuando se vuelve de él por la noche. Además, aquel perfume de íntimo bienestar que sube de las teteras envuelto en torbellinos de azulado humo, nos había invadido á todos, nos tenía como hipnotizados en los sillones del *escriban*.

De repente óyense pasos precipitados, ruido de puertas, y con la mirada extraviada, la voz agitada, cae en medio de nosotros un empleado de Telégrafos.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Atacan el puesto de Rueil!

Es un puesto avanzado establecido por los franco-tiradores á diez minutos de Nanterre, en la estación del ferrocarril de Rueil, como si dijéramos, en Pomerania... En un abrir y cerrar de ojos toda la plana mayor está de pie, armada, abrochada, con los cinturones puestos y andando por las calles para formar las compañías. No se necesita corneta. La *primera* está alojada en casa del cura; pronto, dos puntapiés á la puerta del cura: «¡A formar! ¡Arriba!»

Y en seguida se dirigen á casa del escribano, donde están alojados los de la *segunda*... ¡Oh! aquel pueblecillo envuelto en tinieblas, con su puntiagudo campanario cubierto de nieve; con sus jardinillos con cancela que al abrirse dejaban oír una campanilla como si se entrase en una tienda; sus casas desconocidas; sus escaleras de madera, por las cuales corría yo á tientas, detrás del sable del ayudante mayor; el cálido aliento de las habitaciones, que abríamos para dar la voz de alarma; los fusiles, que sonaban en la oscuridad; los hombres, medio dormidos, que salían á formar, dando trope-

zones, mientras allá, en la esquina de una calle, cinco ó seis campesinos asustados, se decían unos á otros, con sus linternas en las manos: «¡Ya están ahí... nos atacan; nos atacan...!» Todo esto, en aquel instante, me producía el efecto de un sueño; pero la impresión que de ello conservo es indeleble y precisa...

Paréceme estar viendo la plaza del Ayuntamiento á oscuras; las ventanas de la oficina de Telégrafos, encendidas, una primera sala donde esperan los ordenanzas con el farol en la mano; en un rincón el cirujano irlandés del batallón, preparando flemáticamente los estuches, y la silueta adorable—en medio de aquella batahola de escaramuza—de una cantinera vestida de azul como una chica del hospicio, la cual duerme con el fusil entre las piernas; luego, por fin, en el fondo, la oficina de Telégrafos, las camas de campaña, la gran mesa, blanca de luz, los dos empleados inclinados sobre los aparatos, y detrás de ellos el comandante, que se inclina también, siguiendo con ansiosa mirada las largas bandas que se vacían, y dan de minuto en minuto

noticias del punto atacado... Decididamente parece que la cosa se formaliza. Despachos sobre despachos. El telégrafo, enloquecido, sacude sus timbres eléctricos y precipita rabiosamente su tic-tac de máquina decoser.

—Vengan pronto, dice Rueil.

—Allá vamos, contesta Nanterre.

Y las compañías salen á paso de carga.

Convengo en que la guerra es lo más triste y lo más estúpido del mundo. No conozco nada ciertamente tan lúgubre como una noche de Enero pasada tirando como un lobo viejo metido en un foso; nada tan ridículo como un casco de caldero que se os pega en la cabeza desde una distancia de ocho kilómetros; pero salir en una noche clara de hielo, para una batalla, con la tripa llena y el corazón caliente; precipitarse á la carrera en la oscuridad, á la ventura, en compañía de buenos muchachos, con los cuales se va en constante tacto de codos, es un placer delicioso, algo así como una excelente embriaguez, pero una embriaguez especial que quita la borrachera al

que está ebrio y hace ver claro al que tiene la vista más turbia...

Yo puedo asegurar que aquella noche



veía muy bien. Y, sin embargo, no había ni tanto así de luna, y lo blanco de la nieve que cubría la tierra era lo que daba

luz al cielo, luz de teatro, cruda y pálida, que se esparcía hasta el final de la llanura, y sobre la cual hasta los más insignificantes pormenores del paisaje, un lienzo de pared, un poste, una fila de árboles, se destacaban secos y negros como despojados de su propia sombra... Por el sendero que corre paralelo á la carrera, los franco-tiradores desfilaban al paso de carga. No se oía más que la vibración de los hilos telegráficos que iban á lo largo de la carretera, la respiración fatigosa de los soldados, los silbidos dirigidos á los centinelas, y, de cuando en cuando, un proyectil del Monte Valeriano que pasaba como un pájaro nocturno por encima de nuestras cabezas con un enorme aleteo... A medida que avanzábamos, delante de nosotros, á flor de tierra, los fogonazos de lejanos disparos de fusil lucían en la oscuridad como si fuesen estrellas. Luego, á la izquierda, en el fondo del llano, grandes llamas de un incendio empezaron á subir silenciosamente.

—«¡Pronto; en guerrilla!...» mandó el jefe de nuestra compañía.

—¡Nos van á copar! murmuró el compañero que iba á mi izquierda, con marcado acento parisiense.

De un salto se puso á nuestro lado el oficial.

—¡A ver! ¿Quién ha hablado?... ¿Has sido tú?...

—Sí, mi capitán, yo...

—Bueno... vete... vuélvete á Nanterre.

—Pero, mi capitán...

—Nada, nada, lárgate pronto... no te necesito... ¡Con que tienes miedo de que nos copen!... ¡Márchate, márchate pronto!

Y el pobre se vió obligado á separarse de las filas; pero á los cinco minutos había recobrado furtivamente su sitio, y ya no quería más que copar ó ser copado, cuanto más pronto mejor.

Pero no. Estaba escrito que aquella noche no habría copo. Cuando llegá-bamos á la barricada de la avanzada, terminaba el fuego. Los prusianos, que creían sorprender la avanzadilla, al encontrar á la gente despierta y en guardia y á salvo de una sorpresa, se retiraron prudentemente; llegamos á tiempo sólo para verlos desaparecer por el fon-

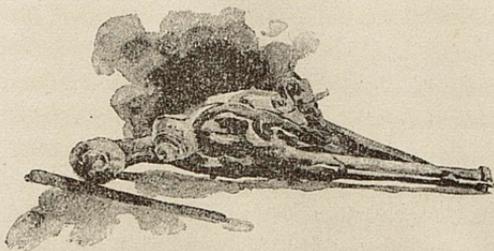
do de la llanura, silenciosos y negros como cucarachas. Pero por temor á un nuevo ataque, nos hicieron quedar en la estación de Rueil, y pasamos lo que restaba de noche en pie, con las armas en la mano, unos en la calzada y otros dentro de la estación, en la sala de espera...

¡Pobre estación de Rueil, vista otras veces por mí tan alegre, tan clara; estación aristocrática de los remeros de Bougival, por donde en verano paseaban aquéllos sus colmenas de muselina y sus cofias de crestas! ¡Cómo conocer que era la misma que la que veía ahora convertida en una lúgubre cueva, en una tumba blindada resguardada con colchones, oliendo á pólvora, á petróleo, á paja húmeda, en la cual estábamos hablando en voz baja, apretados unos contra otros, sin más luz que el fuego de nuestras pipas y el rayito de claridad que salía del rincón donde estaban los oficiales!...

De hora en hora, para distraernos, nos mandaban por escuadras á tirotear por la orilla del Sena ó á patrullar por el pueblecillo de Rueil, cuyas calles y casas, casi abandonadas, iluminábanse con el

reflejo de las llamas del Bosque de Preau, incendiado por los prusianos... Así pasó la noche sin novedad; al amanecer nos hicieron retirar...

Cuando entré en Nanterre estaba todavía oscuro. En la plaza del Ayuntamiento, las ventanas del Telégrafo se hallaban iluminadas y parecían un faro, y en el salón donde se alojaba la plana mayor, enfrente de la chimenea donde no quedaban más que cenizas aún calientes, el señor escribano seguía tranquilamente... sonriendo.







## EL JARDÍN

DE LA CALLE DE LOS ROSALES

Escrito el 22 de Mayo 1871.

¡Fiáos, fiáos del nombre de las calles  
y de su dulce fisonomía!... Cuando des-  
pués de haber saltado barricadas y ame-  
tralladoras llegué allí á lo alto, detrás de  
los molinos de Montmartre, y ví aquella

callecilla de los Rosales, con su arroyo empedrado, sus jardines, sus casitas bajas, créime transportado á provincias, á uno de esos barrios tranquilos por donde se esparce la ciudad y disminuye, para venir á morir en el lindero de los campos. Ante mí nada más que una bandada de palomas y dos Hermanas de la Caridad con sus almidonadas tocas rozando timidamente la pared. Allá, en el fondo la torre de Solferino, bastilla vulgar y pesada, lugar de cita en las excursiones de los domingos á las afueras, la cual ha hecho el sitio casi pintoresco al convertirse en una ruina.

A medida que avanza la calle, se ensancha y se anima un poco. Véanse por todas partes tiendas de campaña alineadas, cañones, fusiles puestos en pabellones; luego, á la izquierda, un portalón grande, delante del cual fuman sus pipas unos cuantos guardias nacionales.

La casa está un poco hacia atrás y no se ve desde la calle. Después de algunas explicaciones, el centinela nos deja entrar... Es una casa de dos pisos, entre un patio y un jardín, la cual no tiene nada

de trágica. Pertenece á los herederos del Sr. Scribe.

En el corredor, que conduce desde el patio embaldosado al jardín, están las habitaciones del entresuelo, aireadas, claras, tapizadas con un papel de flores. Allí celebraba sus sesiones el antiguo Comité central. Allí fué adonde en la tarde del día 18 condujeron á los dos Generales, y allí donde éstos sintieron la angustia de su última hora, mientras las turbas aullaban en el jardín y los desertores iban á asomar sus cabezas á los cristales de las ventanas como lobos que olfatean la sangre; allí también fué donde depositaron los dos cadáveres y los tuvieron expuestos durante cuarenta y ocho horas.

Bajo, con el corazón en un puño, los tres escalones que conducen al jardín; verdadero jardín de casa de las afueras, donde cada inquilino tiene su rinconcito de grosellas y alelíes separado con una verja verde con puertas que tienen su correspondiente campanilla... Por allí ha pasado la cólera de las turbas. Las verjas están en tierra y las puertas arrancadas.

No ha quedado en pie nada más que un plantío de tilos, una veintena de arbutos recientemente podados, que lucen sus ramas, duras y grises, como garras de buitre. Una verja de hierro pintada de verde corre por detrás de ellos á guisa de tapia, y deja ver á lo lejos el valle, inmenso, melancólico, donde humean multitud de chimenas de fábrica.

Las cosas se apaciguan como los seres. Heme ahí en el lugar de la escena del drama; y, sin embargo, me cuesta trabajo rehacer la impresión. El tiempo es bueno, el cielo está muy despejado. Los soldados de Montmartre que me rodean parecen muy buenos muchachos. Están cantando y jugando al marro. Los oficiales se pasean, riendo y charlando. Solamente una pared, agujereada por las balas y cuya cresta está toda desconchada, se levanta como un testigo y me relata el crimen. ¡Contra esa pared los han fusilado!

Parece que en el último momento el general Lecomte, firme y resuelto hasta entonces, sintió que le faltaba el valor. Trató de luchar, de huir; dió algunos pa-

sos corriendo por el jardín; luego, cogido en seguida, sacudido brutalmente, arrastrado, empujado, cayó de rodillas y habló de sus hijos:

—Tengo cinco, decía sollozando.

El corazón del padre había desgarrado



el uniforme del soldado. También había padres entre aquella turba feroz; á su llamamiento desgarrador respondieron algunas voces conmovidas; pero los implacables desertores no quisieron oír nada, y exclamaron:

—Si no le fusilamos hoy, mañana nos fusilará él á nosotros.

Lo empujaron contra la pared. Casi en seguida un sargento de infantería se acercó á él:

—General, dijo, va usted á prome-  
ternos...

Pero de pronto varió de idea, dió dos pasos atrás y le descargó su chassopot á quemarropa. Los otros no tuvieron más que acabar la obra.

Clemente Thomas, en cambio, no flaqueó ni un instante. Apoyado en la misma pared que Lecomte, á dos pasos de su cadáver, desafió la muerte hasta el último momento y habló con nobleza. Cuando se echaron los fusiles á la cara, por un movimiento instintivo, se puso el brazo izquierdo delante de los ojos, y aquel viejo republicano murió en la actitud de César... En el sitio donde cayeron, contra aquella pared fría y desnuda, como la placa de un jardín de tiro al blanco, véanse algunas ramas de melocotonero, y en lo alto se abre una flor temprana y blanca, que las balas no alcanzaron y que la pólvora no ennegreció... Cuando salí de la calle de los Rosales, por aquellas vías silenciosas que se esca-

lonan á los lados del terreno lleno de jardines y de terrazas, me encaminé al antiguo cementerio de Montmartre, que han abierto de nuevo hace unos días para enterrar los cadáveres de los dos Generales. Es un cementerio de pueblo, desnudo, sin árboles, todo lleno de sepulturas y de nichos. Como esos campesinos avariciosos que labrando sus tierras van comiéndose cada día un pedazo del camino vecinal, la muerte lo ha invadido todo, hasta las alamedas. Los nichos suben unos encima de otros. Todo está lleno. No se sabe dónde poner los pies.

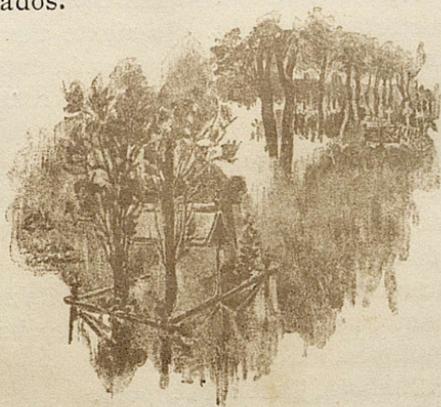
No conozco nada tan triste como esos cementerios antiguos. ¡Se siente tanta gente sin oír á nadie! Los que están enterrados en ellos parece como que están muertos dos veces.

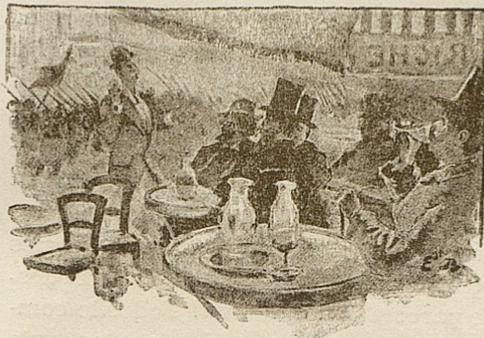
—¿Qué busca usted? me pregunta una especie de jardinero-sepulturero, con kepis de guardia nacional, que está arreglando la verja.

Mi contestación le asombra. Vacila un momento, mira en derredor, y luego, bajando la voz, me dice:

—Allí abajo, junto á la capota.

Lo que él llama la capota es una especie de garita hecha de tela encerada, al abrigo de la cual hay algunas ajadas sargas de abalorios de vidrio y unas cuantas flores viejas de filigrana... Allado, una ancha fosa recién abierta. Nada de verja, nada de inscripción. Nada más que dos ramos de violetas, envueltos en papel blanco, con una piedra encima de los tallos para que no se las lleve el viento fuerte del terrero... Allí duermen uno junto á otro. En ese sepulcro de paso, se dió—mientras se devuelven á sus familias—boleta de alojamiento á aquellos dos soldados.





## UNA EVASIÓN

Escrito durante la *Commune*.

Uno de los últimos días del mes de Marzo estábamos cinco ó seis, sentados en la acera, delante del café Riche, viendo desfilar los batallones de la *Commune*. Todavía no se batían, pero ya habían asesinado en la calle de los Rosales, en la plaza Vendôme, en la prefectura de policia. El sainete iba convirtiéndose en tragedia, y la gente no se reía ya.

Apiñados alrededor de la bandera roja, los comunales marchaban con paso resuelto ocupando todo el ancho de la calle, y al ver aquel pueblo armado, tan lejos de los barrios obreros, con las cartucheras puestas sobre las blusas de lana y las manos sujetando las culatas de los fusiles, se pensaba en los talleres vacíos y en las fábricas abandonadas... El desfile parecía una amenaza. Todos lo comprendíamos así y á todos nos encogía el corazón los mismos tristes y poco definidos presentimientos. En aquel momento, un gomoso grande, indolente y engreído, muy conocido por todos los que frecuentan los sitios que hay desde Tortoni á la Magdalena, se acercó á nuestra mesa. Era una de las más tristes muestras del elegante del último Imperio, pero un elegante de segunda mano, que no ha hecho nunca más que recoger en el boulevard todas las originalidades de los tipos á la alta moda, escotado como Lutteroth, que usaba peinadores de mujer como Mouchy, pulseras como Narishkine, y que había tenido cinco años seguidos encima de su chimenea una

tarjeta de Grammont-Caderousse; además iba pintado como un viejo y hablaba gachonamente, como en tiempo del Directorio, comiéndose la mitad de las letras; llevaba en las botas todo el betún del Tattershall, y no sabía más literatura que la indispensable para poner su nombre en los espejos del café Inglés, lo cual no impedía que se diese aires de saber mucha teología y que pasease de fonda en fonda aquel aire desdeñoso, fatigado, harto de todo, que era por entonces el supremo buen tono.

Durante el sitio, aquel majadero se había hecho alistar en la plana mayor de no sé qué batallón de voluntarios—sólo por librar de la requisita sus caballos de silla—y de vez en cuando se le había visto su desgarbada silueta en la plaza de Vendôme, dándose tono entre todos los señores aquellos que llevaban el peto del uniforme lleno de bordados; luego lo perdí de vista. Encontrarlo allí de repente en medio de la revolución y del motín, siempre el mismo, en aquel París completamente revuelto y trastornado me produjo el efecto á un tiempo mismo

lúgubre y cómico de un viejo señorón del primer Imperio, que hiciese en pleno boulevard moderno, su peregrinación del 5 de Mayo. ¡Decididamente no habíamos concluído con aquella raza de gomosos reventantes! ¡Decididamente aún quedaba alguno!... En verdad creo que, si me hubieran dado á escoger, hubiera preferido aquellos furiosos comunistas que subían á las trincheras con un mendrugo de pan en el fondo de su zurrón. Aquéllos, al menos, tenían algo en la cabeza, un ideal vago, loco, que flotaba por encima de ellos y tomaba matices feroces en los pliegues de aquel trapo rojo por el cual iban á morir. ¡Pero él, aquel cascabel vacío, aquel cerebro lleno de migas de pan!...

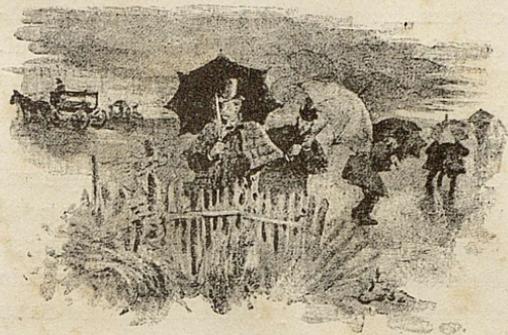
Precisamente aquel día nuestro hombre estaba más aburrido, más indolente, más lleno de buen tono que nunca. Llevaba un sombrerito de temporada de baños con cinta azul, el bigote retorcido á fuerza de cosmético, el pelo con cerquillo, una chaqueta tan corta que lo dejaba todo al aire, y para que nada le faltase, llevaba, con un cordón de seda sujeto á

un collar, un perrillo habanero tan grande como una rata, escondido en sus lanas, con aspecto aburrido y fastidioso, como el de su amo. Con aquella facha se plantó lánguidamente delante de nuestra mesa, vió desfilár á los comunistas, dijo no sé qué tontería, y luego, con una languidez, con un abandono inimitables, nos declaró que positivamente aquella gentuza empezaba á calentarle las orejas, y que iba en seguida á *ofrecer su espada al Almirante!*... Y lo dijo con un tono, de una manera, que os aseguro que ni Lasouche ni Priston han podido jamás encontrar nada más cómico... En seguida dió media vuelta y se alejó con lánguido andar y seguido de su enfurruñado perrillo.

No sé si, efectivamente, ofrecería su espada al Almirante; pero en todo caso, el general Saisset no hizo gran uso de ella, porque ocho días después la bandera de la *Commune* ondeaba en todas las alcaldías, se habían izado los puentes levadizos, se reñía la batalla por todas partes y de hora en hora veíase que las calles se iban quedando desiertas... Cada

cual escapaba como podía en los carros de los vendedores que traen á la plaza las hortalizas del campo y en los furgones de las embajadas. Había quien se disfrazaba de marinero, de fogonero, de maquinista. Los más románticos saltaban por la noche las murallas de los fuertes con escalas de cuerda. Los más atrevidos se reunían en grupos de treinta ó cuarenta para tomar una puerta por asalto; otros, más prácticos, la tomaban con una propina á los guardias. Muchos seguían á los coches de muerto y se iban á las afueras, á campo atraviesa, con paraguas y sombreros de copa, vestidos de luto, negros desde los pies á la cabeza, como alguaciles rurales. Una vez fuera de la ciudad, todos aquellos parisienses se miraban unos á otros, y reían, respiraban, estiraban las piernas y hacían muecas como para burlarse de París; pero pronto sentíanse acometidos por la nostalgia del asfalto, y aquella emigración, que empezaba como quien hace novillos á la escuela, se convertía en cosa triste y pesada, muy parecida al destierro.

Preocupado con todas estas ideas de evasión, pasaba yo por la calle de Rivoli una mañana que llovía mucho, cuando fui detenido por una cara conocida. Era muy temprano, y no había en la calle más que los barrenderos, que iban colo-



cando el barro en pequeños montones á lo largo de las aceras y filas de chirriones, que los barrenderos iban llenando de barro y basura... ¡Horror! ¡Bajo la blusa llena de lodo de un hombre de aquellos, reconocí á mi elegante, muy bien disfrazado por cierto!... Un sombrero blando muy viejo, un trapo al cuello, los calzones anchos que los obreros pari-

sienses se ponen encima del pantalón para trabajar, y todo ello mojado, manchado, ajado, ahogado bajo una capa de porquería, que al pobre no le parecía aún bastante, porque lo sorprendí metiéndose en los charcos y haciendo que la basura y el lodo le salpicara hasta la cabeza. Es más, aquella extraña operación fué la que hizo que me fijase en él.

—Buenos días, Vizconde, le dije en voz baja al pasar. El Vizconde palideció bajo sus salpicaduras de lodo y miró asustado en derredor suyo; luego, viendo que nadie se fijaba en él, se tranquilizó un poco y me dijo que no había querido poner su espada (¡siempre su espada!) al servicio de la *Commune*, y que el hermano de su mayordomo, que tenía la contrata para recoger los barro de Montreuil, le había procurado, afortunadamente, el medio de salir de París... No pudo decirme más. Los carros estaban llenos y el convoy se puso en marcha. Mi hombre no tuvo tiempo más que para correr á sus caballerías, las cogió de la brida, se puso en fila, crujió la tralla y ¡jarre! ¡hué! se marchó... La aventura me interesaba.

---

Para ver en qué acababa, seguí de lejos á los carros de los chirriones hasta la puerta de Vincennes.

Cada carretero iba al lado de sus caballerías, con el látigo en la mano y llevando al tiro de la brida. Para que su tarea fuese más fácil, habían puesto al Vizconde el último; y daba lástima ver cómo se esforzaba aquel pobre diablo para hacer lo mismo que los demás, imitar sus voces, sus ademanes, su manera de andar pesada, soñolienta, que más que andar parece columpiarse, al compás del carro y sujetarse al paso de las bestias.

Algunas veces se detenían para dejar pasar los batallones que bajaban de las trincheras. Entonces adoptaba un aire de ocupado, juraba, hacía crujir el látigo, se fingía todo lo carretero posible, aunque de vez en cuando asomaba el gomo. Aquel basurero miraba á las mujeres. A la puerta de un taller se detuvo para mirar á las obreras que entraban. El aspecto de aquellos barrios, todo aquel hormiguar de gente, parecía también que le asombraba mucho. Conocía-sele por las miradas que dirigía á dere-

cha é izquierda como si llegase en aquel momento de un país desconocido...

Y, sin embargo, Vizconde mío, esas extensas calles que conducen á Vincennes, las ha recorrido usted muy á menudo, en tardes de domingo, durante la primavera y el otoño, cuando iba usted ó volvía de las carreras, con el tarjetón verde en el sombrero ó en el ojal de la levita y los gemelos colgados á la bandolera, haciendo ¡hep, hep! con la punta de la fusta... Pero, amigo, entonces iba usted subido tan alto allá en, el pescante del faetón; había en derredor de usted tal barullo de flores, de cintas, de bucles, de velos de gasa; las ruedas de los carruajes le envolvían á usted en polvareda tan luminosa, tan aristocrática, que no podía ver las ventanas que se abrían cuando pasábais; las casas de obreros donde precisamente á esa hora se sentaba la gente á la mesa; y cuando aquella bocanada de vida lujosa, de sedas claras, de trenes brillantes, de vistosos peinados, había pasado y desaparecía en dirección á París, llevándose consigo su dorada atmósfera, no os podíais vosotros figurar cuán-

to más triste se quedaba el barrio, y cuánto más amargo era el pan, y cuánto más pesada la herramienta del obrero, y cuánto odio y cuánta rabia os dejabais vosotros detrás...

...Un diluvio de juramentos y latigazos cortó mi soliloquio. Llegamos á la puerta de Vincennes. Acaban de bajar el puente levadizo, y en la semioscuridad que producían los torrentes de la lluvia, en aquel amontonamiento de carros que se echaban unos encima de otros, de guardias nacionales que revisaban los permisos para salir de la ciudad, vi á mi pobre Vizconde luchando con sus tres caballejos que se empeñaban en no dar la vuelta. El infeliz se había salido de la fila del convoy; juraba, tiraba de las bridas, sudaba la gota gorda. Os aseguro que ya no tenía su acostumbrado aspecto de languidez... Los comunistas empezaban á fijarse en él. Formaban corro, se reían; la situación comenzaba á ser comprometida... Afortunadamente, otro carretero acudió en su auxilio, le arrancó la brida de las manos, dándole un empujón, y luego, con un enorme latigazo,

hizo arrancar al tiro y el carro pasó el puente al galope, con el Vizconde detrás, que iba corriendo y nadando en barro. Cuando hubieron pasado la puerta volvió á su látigo, y el convoy se perdió por



los terrenos que rodean las fortificaciones.

Verdaderamente fué aquella una salida lamentable. Contemplábala yo desde lo alto de un declive. ¡Aquellos campos de argamasa y cascote donde se atascaban las ruedas, aquella hierba fangosa, aquella fila de carros cargados de inmun-

dicia, caminando lenta y pesadamente como carros de muerto!... parecía un entierro vergonzoso, el todo París del bajo Imperio que se alejaba anegado en su propio fango.







## LOS PALACIOS DE VERANO

Escrito durante la *Commune*.

Después de la toma de Pekin y del saqueo del *Palacio de Verano* por las tropas francesas, cuando el general Cousin-Montauban vino á París para que lo bautizasen conde de Palikao, distribuyó entre la buena sociedad parisiense, á guisa de regalo de bautizo, los maravillosos tesoros de jade y laca roja, con los

cuales traía cargados sus furgones de equipaje; y durante una larga temporada hubo en las Tullerías y en algunos salones privilegiados, gran exhibición de objetos y juguetes de china.

Asistíase á esas exposiciones como á la venta del mobiliario de una mujer de vida alegre, ó como á una conferencia del abate Bauer. Aun me parece estar viendo, en la semioscuridad de las habitaciones un poco abandonadas, donde aquellas riquezas se hallaban expuestas, las muñecas de abultado peinado apretándose, agitándose entre las cortinas de seda azul con flores de plata; las linternas de tela, adornadas con flecos y campanillas de esmalte; las persianas y cancelas de transparente cuerno; las grandes pantallas cubiertas de inscripciones pintadas, todo aquel amontonamiento de juguetes preciosos, tan á propósito para la inmovilidad de la vida que hacen las mujeres de los pies pequeñísimos. Sentábase la gente en los sillones de porcelana; registraban los cofrecillos de goma laca; los méritos de labor adornados con dibujos é incrustaciones

de oro; se probaban en broma y para reirse los cendales de seda blanca y los collares de perlas de la Tartaria, y habia chillidos de admiración, risas disimuladas, caídas de biombos de bambú que derribaban al pasar luego, y en todos los labios, aquella palabra mágica de *Palacios de Verano*, que corría como el aire producido por un abanico, abriendo á la imaginación no sé qué encantadas alamedas de blanco marfil y de florido jaspe.

Este año, la sociedad de Berlín, la de Munich, la de Stuttgart, ha tenido también exposiciones del mismo género. Ya hace algunos meses que las elevadas damas del lado allá del Rhin pronuncian sus *mein Gott* (¡Dios mío!) de admiración ante las porcelanas Sèvres, los relojes de Luis XVI, los muebles tapizados de blanco y oro, los encajes de Chantilly, las cajas de naranjo, de mirto y de plata, que los innumerables Palikaos del ejército del rey Guillermo han cogido en los alrededores de París, en el saqueo de nuestros Palacios de Verano.

Porque no se han contentado con sa-

quear uno. No les ha bastado Saint-Cloud, ni Meudon, esos jardines del Celeste Imperio. Nuestros vencedores se han metido en todas partes, lo han arañado, lo han desvalijado todo, desde los grandes castillos históricos que conservan en la frescura de sus verdes prados y de sus árboles de cien años un rinconcillo de Francia, hasta la más humilde de nuestras blancas casitas; y ahora, á todo lo largo del Sena, de una orilla á otra, nuestros palacios de verano abiertos de par en par, sin techos, sin ventanas, presentan sus desnudas paredes y sus derruídas terrazas. Sobre todo, por la parte de Montgeron, de Draveil, de Villanueva Saint-Georges, la devastación ha sido espantosa. S. A. R. el príncipe de Sajonia trabajaba por aquella parte, con su partida, y parece que la tal alteza ha sabido hacer las cosas. En el ejército alemán no se le llama más que *el Ladrón*. En resumen: el príncipe de Sajonia me parece que ha de ser un hombre que no se hace ilusiones, un espíritu práctico que se ha dado perfectamente cuenta de que el día menos pensado el ogro de

Berlín se tragaría á todos los principillos liliputienses de la Alemania del Sur, y ha tomado sus precauciones.

Ahora, suceda lo que quiera, Monseñor está al abrigo de la miseria. Cuando le echen de su trono podrá escoger entre instalar una librería francesa en la feria de Leipzig, ó hacerse relojero en Nuremberg, ó meterse á vendedor de pianos en Munich, ó á chalán de alhajas en Francfort. Nuestros palacios de verano le han dado elementos para todo eso, y sin duda por ello ha saqueado con tanto afán.

Ahora, lo que ya no me explico yo tan fácilmente, es la rabia con que su alteza ha despoblado nuestros criaderos de faisanes y nuestras conejeras, rabia que no ha dejado en pie bicho con pluma ó con pelo, en nuestros bosques...

¡Pobre bosque de Sénart, tan tranquilo, tan bien cuidado, tan orgulloso con sus estanques llenos de peces colorados y con sus guardabosques con casaca verde! ¡Qué bien se encontraban en sus dominios todos aquellos corzos y todos aquellos faisanes de la corona! ¡Qué vida de ca-

nónigos se daban! ¡Qué seguridad!... Algunas veces, en el silencio de las tardes de estío, se oía un rozamiento de maleza, y todo un batallón de faisanes desfilaba dando saltitos por entre las piernas de uno, mientras que allí lejos, al final de una verde alameda, se paseaban tranquilamente dos ó tres corzos, como frailes que se esparcen por el jardín de un seminario. ¡Quién había de disparar tiros á tales inocentes!

Así es que los mismos cazadores de oficio sentían escrúpulos, y el día que se inauguraba la temporada de la caza, cuando Rouher ó el marqués de la Vallette llegaban con sus invitados, el guarda general—iba á decir el director de escena—designaba con antelación algunas hembras de faisán viejas, algunas liebres derrengadas que salían á esperar á aquellos señores á la plazoleta de la Gran-Encina, y caían muertas graciosamente á sus pies al grito de «¡Viva el Emperador!» Y aquélla era la caza que se mataba en todo el año.

¡Ya os figuraréis el estupor de los desgraciados animales cuando dos ó tres

cientos ojeadores, con gorras sajonas, cayeron una mañana sobre las alfombras de verdura, cogiendo los nidos, echando abajo los cercados, llamándose unos á otros á voces, en idioma bárbaro, y en medio del fondo de la espesura misteriosa donde Madama de Pompadour se escondía para espiar el paso de Luis XV, sacaron á relucir los sables y los puntiagudos cascos del Estado Mayor sajón! En vano los corzos trataban de huir; en vano los pobrecillos conejos, asustados, levantaban las patitas y gritaban temblando: «¡Viva S. A. R. el príncipe de Sajonia!» El cruel sajón nada quería escuchar, y durante muchos días seguidos continuó la matanza. Ahora todo ha terminado; el grande y el pequeño. Sénart están desiertos. Ya no quedan allí más que grajos y caracoles, á los cuales no se atreven á tocar los fieles vasallos del rey Guillermo, porque los grajos tienen los colores blanco y negro de la bandera prusiana, y porque la concha de los caracoles es de ese color indefinible que tanto agrada al señor de Bismarck.

Sé todos estos pormenores por el tío

La Loué, verdadero tipo del guardabosque del Sena-y-Oise con su calmosa manera de hablar, su aire de hombre astuto y sus ojillos brillantes animando su cara de color de tierra. El pobre hombre es tan celoso de sus funciones de guarda, invoca tan á menudo, y venga ó no á cuento, las cinco letras cabalísticas que se leen sobre el cobre de su placa, que las gentes del país le han apodado el tío La Ley, por su parecido con La Loué, dicho como se pronuncia en Sena-y-Oise. Cuando en el mes de Septiembre corrimos á encerrarnos en París, el viejo La Loué enterró sus muebles y sus ropas, envió lejos á su familia, y se quedó esperando á los prusianos.

«Conozco á palmos el bosque, decía blandiendo su carabina... y que vengan á buscarme.»

Esa fué su despedida cuando nos separamos... No dejaba de inspirarme cuidado su suerte. A menudo, durante el invierno cruel que hemos pasado, me figuraba yo á aquel pobre hombre solo en el bosque, obligado á mantenerse de raíces, sin más defensa contra el frío que

una blusa de tela con la placa de guarda-



bosque encima. Sólo de pensarlo se me ponía carne de gallina.

Ayer mañana lo vi llegar á mi casa fresco, hermoso, gordo, con una buena levita nueva y siempre con su famosa placa sobre el pecho tan reluciente como bacía de barbero. ¿Qué ha hecho durante todo ese tiempo? No me he atrevido á preguntárselo; pero no parece que haya sufrido mucho... ¡Pobre tío La Loué! ¡Conocía tan bien el bosque, que puede que haya paseado por él al príncipe de Sajonia!

Acaso sea ése un mal pensamiento mío; pero conozco mucho á la gente del campo y sé de todo lo que son capaces... El bravo pintor Eugenio Leroux—herido en una de las primeras salidas que hicimos, y cuidado durante algún tiempo en casa de unos viticultores de la Beauce—nos contaba el otro día un suceso que pinta perfectamente á toda esa raza.

Las gentes en cuya casa estaba no se explican por qué se había batido no estando obligado á ello.

—¿Ha sido usted militar? le preguntaron.

—No por cierto. No hago más que cuadros, y en mi vida he hecho otra cosa.

—Pues entonces, cuando le hicieron á usted firmar el papel para ir á la guerra...

—¡Pero si no me han hecho firmar nada!..

—¡Ah! Pues entonces es que, cuando habéis salido á batiros—y al llegar aquí se miraban unos á otros y se hacían guiños de inteligencia,—es que habíais bebido un poquillo más de la cuenta.»

Ese es el campesino francés. El de los alrededores de París es peor todavía. Algunos bravos que había en las afueras se han venido á comer carne de perro con nosotros á las trincheras; pero de los demás no me fío. Se han quedado fuera para enseñar nuestras bodegas á los prusianos y consumir con ellos el saqueo de nuestros pobres palacios de verano.

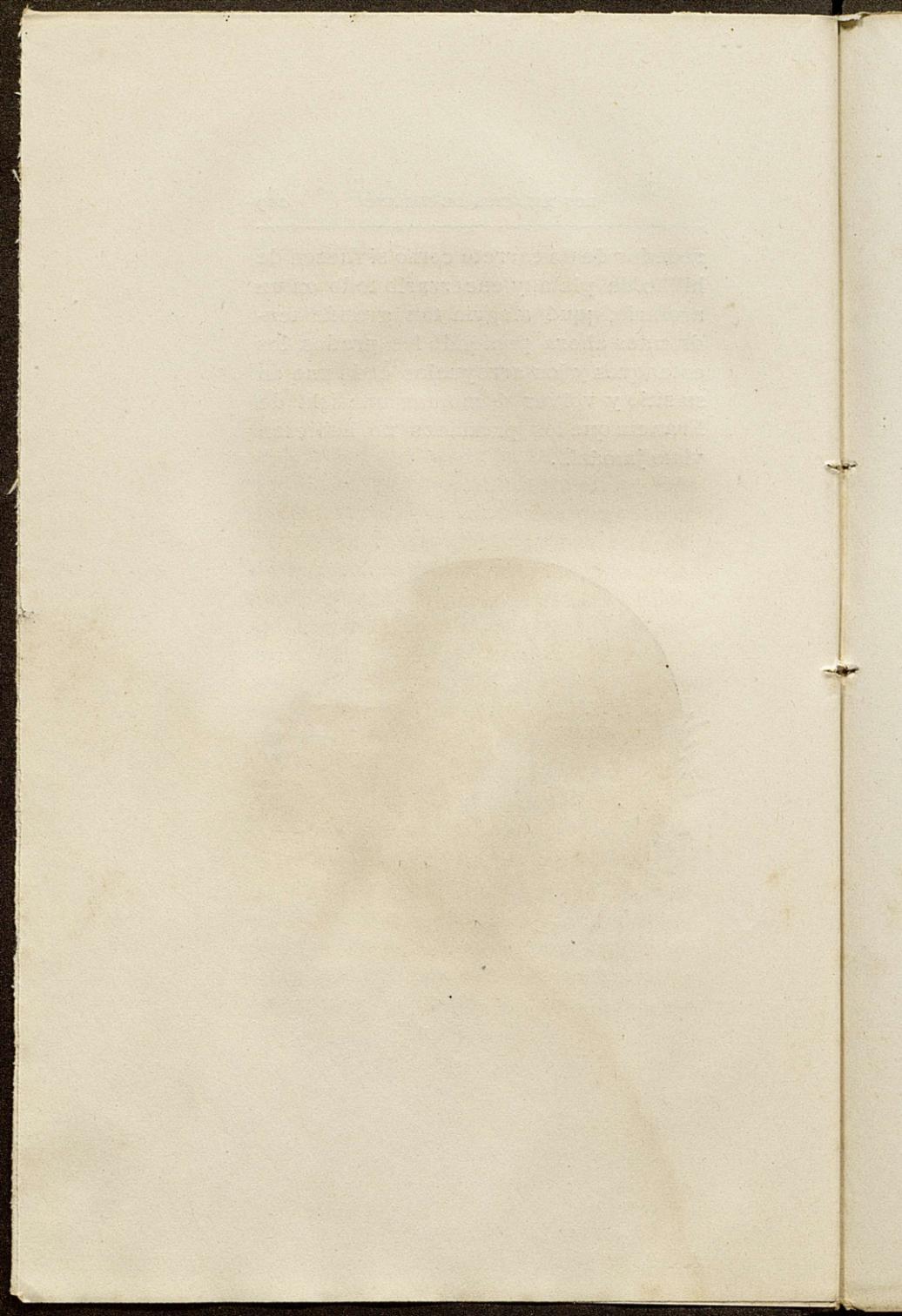
El palacio mío era tan modesto, estaba tan escondido entre las acacias, que tal vez haya escapado al desastre; pero no iré á verlo hasta que haya pasado mucho tiempo de marcharse los prusianos. Quiero dejar tiempo al paisaje para que se sane. Cuando pienso que todos nuestros preciosos rinconcitos, esas peque-

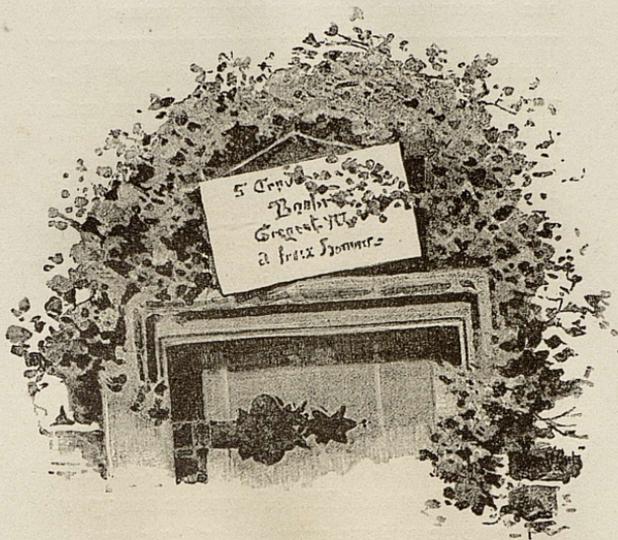
ñas islas de cañas y de delgados sauces adonde íbamos por las noches á echarnos en el suelo á la orilla del agua, para oír cantar las ranas; las alamedas llenas de musgo, donde el pensamiento, al andar, se esparcía á lo largo de las avenidas y se enganchaba en todas las ramas; aquellas plazoletas alfombradas de hiedra, donde estaba uno tan bien para dormir al pie de una encina, con el zumbar de las abejas allá en lo alto, que formaba como una cúpula de música; cuando pienso que todo eso ha sido de ellos, que se han sentado en todas partes; cuando lo pienso, ese país delicioso se me aparece ajado y triste. Esa mancha me espantamás todavía que el saqueo. Temo que ya no tendré cariño á mi nido.

¡Ah! Si en los momentos del sitio hubieran podido los parisienses meter en la ciudad esa adorable campiña de los alrededores; si hubiésemos podido traer arrastrando los prados, los verdes senderos iluminados por el sol al ponerse, quitar de su sitio los estanques que hay bajo sus arboledas, como si fuesen espejos de mano; liar nuestros riachuelos al-

rededor de un carrete como si fuesen de hilillo de plata, y encerrarlo todo en un armario, ¡qué alegría tan grande tendríamos ahora poniendo los prados, los estanques y los arroyuelos cada uno en su sitio y volver á montar una isla de Francia que los prusianos no hubiesen visto jamás!...







## EL NAUFRAGIO

*Champrosay 25 Mayo 1871.*

Ahí tenéis el jardín delicioso,  
perfumado de mirto y de rosas...

... ¡Ay! Este año el jardín está, con efecto, lleno de rosas, pero la casa está llena de prusianos. He llevado mi mesa á lo último del jardín y allí escribo á la sombra y bajo el perfume de una magnífica retama donde zumban las abejas, la

cual me impide ver los calcetines de Pomerania tendidos y secándose en mis pobres ventanas.

Había jurado no volver aquí hasta que ellos se hubiesen marchado; pero era preciso huir de la terrible quinta de Cluseret, y no tenía otro sitio donde refugiarme. De esta manera yo, lo mismo que otros muchos parisienses, habré sufrido hasta las últimas desdichas de estos tristísimos tiempos; angustias del sitio, guerra civil, emigración, y para colmo de desdichas, la ocupación del extranjero. Por más filósofo que se sea; por más que se quiera uno echar las cosas á la espalda, experimentase una impresión singular cuando—después de seis horas de marcha por estas magníficas carreteras en Francia, llenas del polvo levantado por los batallones prusianos—llega uno á su casa y se encuentra colgado de los árboles un cartel alemán escrito con letras góticas, que dice:

5.<sup>a</sup> compañía  
Boehm,  
sargento mayor  
y tres soldados.

Este Sr. Boehm es un muchacho alto, silencioso y extraño, que tiene siempre cerrada la ventana de su cuarto y se acuesta y come á oscuras. Tiene además aire demasiado francote, el cigarro siempre entre los dientes y... ¡unas exigencias. Su señoría necesita una habitación para sí, otra para su secretario, otra para su asistente. Prohibición de salir por tal puerta y de entrar por tal otra.

¿Si querrá prohibirnos que salgamos al jardín?... Al fin ha venido el alcalde, ha intervenido el *hauptmann*, y al fin estamos en nuestra casa. Este año no está esto alegre. Por más que se quiera, la vecindad de esos hombres estorba y ofende. La paja que echan alrededor de uno, en su cara, se mezcla á lo que uno come, estropea los árboles, empolva la página del libro que uno lee, se le mete á uno en los ojos y le hace llorar.

El mismo niño, sin darse de ello cuenta, se encuentra influido por esta extraña opresión. Juega, sin hacer ruido, en un rincón del jardín, contiene su risa, canta á media voz, y por la mañana, en vez de aquella manera de despertar ale-

gre, ruidosa y llena de vida, se está quieto, con los ojos muy abiertos, y pregunta de cuando en cuando:

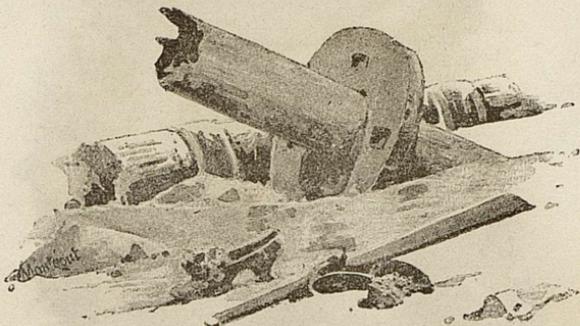
—¿Puedo ya despertar?

¡Y ojalá no tuviésemos más que las tristezas de la ocupación que nos echa- sen á perder la primavera! Lo más duro, lo más cruel es este rodar continuo de cañones y de ametralladoras que oímos cuando el viento viene de la parte de París, sacudiendo el horizonte y rasgan- do sin piedad las mañanas de borrosa bruma, trastornando estas noches deli- ciosas de Mayo, tan claras: estas noches de ruiseñores y de grillos...

Anoche, principalmente, fué terrible. Las descargas de cañón se sucedían fu- riosas, desesperadas, con un perpetuo relampaguear. Había abierto la ventana de mi cuarto que mira al Sena, y escu- chaba, con el corazón metido en un puño, esos ruidos sordos que llegaban hasta mí pasando por el río desierto y silencioso.

Algunas veces me parecía que había allá lejos un buque en peligro que dispa- raba cañonazos de alarma con furia, y recordaba que hace diez años, en una

noche semejante, me hallaba en la terraza de una posada de Bastia escuchando un fúnebre cañoneo que nos traía la marea como grito perdido de agonía y de cólera. Aquello duró toda la noche. Luego, por la mañana, encontraron en la playa, mezclados con mástiles rotos, de



velas, unos zapatos con lazos claros, una blusa de arlequín y un montón de trapos con lentejuelas doradas, llenos de cintas y chorreando agua del mar, y manchados de sangre y de inmundicia. Supe después que eran los restos del naufragio del *Luisa*, magnífico vapor que iba de Liorna á Bastia, y que llevaba á bordo una gran compañía de saltimbanquis ita-

lianos. Para quien sabe lo que es luchar de noche con el mar, la lucha á tientas y estéril contra fuerza irresistible; para quien



se representa los últimos momentos de un buque, el agua que sube, la muerte lenta y sin gloria, la muerte mojada; para quien conoce las rabias, las locas espe-

ranzas, seguidas de un abatimiento brutal, la terrible agonía, el delirio, las manos de ciegos que se agitan en el aire, los dedos crispados que se agarran á lo



que no puede cogerse... aquella blusa de arlequín en medio de aquellos restos ensangrentados, tenía algo de burlesco y de aterrador.

Se representaba la tempestad cayendo

en forma de rayo durante una representación á bordo, la sala del teatro invadida por el agua, la orquesta anegada, atriles, violines y contrabajos rodando en terrible confusión; *Colombina* retorciendo los desnudos brazos, corriendo de un extremo á otro de la escena, muerta de espanto y sin perder el sonrosado color que le prestaba el colorete; *Pierrot*, á quien el miedo no ha podido hacer palidecer más de lo que estaba, subido á un banco mirando cómo sube el agua y con el vértigo horrible de la muerte retratado ya en aquellos ojos desmesuradamente pintados para la escena; *Isabel*, metida en su traje de ceremonia, llorando y adornada con flores, ridícula por su mismo gracejo, rodando por cubierta como si fuese un fardo, agarrándose á los bancos, balbuceando oraciones infantiles. *Escaramuza*, con un barrilillo de aguardiente entre las piernas, riendo estúpidamente y cantando con toda la fuerza de sus pulmones, mientras *Arlequín*, acometido de súbita locura, sigue haciendo gravemente su papel y se pavonea y mientras el viejo *Casandro*,

arrastrado por un golpe de mar, desaparece entre dos olas con su casaca de terciopelo color marrón y su desdentada boca abierta...

Pues bien; ese naufragio de saltimbanquis, mascarada fúnebre, representación *in extremis*; todas esas convulsiones, to-

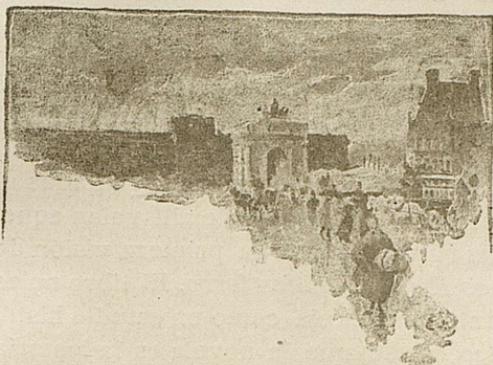


das aquellas muecas han pasado ayer por delante de mis ojos á cada nuevo cañonazo. Comprendía yo que la *Commune*, á punto de sucumbir, disparaba su cañonazo de alarma. Veía subir las olas por momentos, ensanchándose la brecha, y entretanto los hombres del *Hotel de Ville*, agarrados á sus pupitres, decreta que decreta, á pesar del estruendo del viento y de la tempestad; luego la última

acometida del mar y el buque hundiéndose con sus banderas rojas, sus bandas doradas, sus delegados con togas de pieles, con uniforme de Generales, sus batallones de amazonas con polainas y plumeros, sus soldados de Circo adornados con kepis españoles y sombreros garibaldinos, sus lanceros vestidos á lo polaco, sus *turcos* de fantasía, borrachos, furiosos, cantando y dando vueltas. Todo eso desaparecía en horrible mezcolanza, arrastrado por la corriente; y de tanto ruido, de tantas locuras, de tantos crímenes, de tantos pasquines y hasta de tantos heroísmos, no quedaba más que una banda roja, un kepi con ocho galones, una guerrera con alamares, enmañana en la orilla, manchados

de inmudicia y de sangre.





## HISTORIA DE MIS LIBROS

### LOS REYES EN EL DESTIERRO

He ahí ciertamente aquel de todos mis libros que más trabajo me ha costado poner de pie; el que más tiempo he llevado metido en la cabeza en estado de título y de oscuro boceto, tal como se me apareció una tarde de Octubre en la plaza del Carrousel, mirando al trágico desgarrón que había hecho en el cielo de París el hundimiento de las Tullerías.

Príncipes desposeídos que se desterraban voluntariamente á París después de arruinados; que se alojaban en la calle de Rívoli, y que al despertar se asomaban con las persianas levantadas al balcón del hotel y desde allí veían aquellas ruinas, fueron la primera visión de *Los Reyes en el destierro*. El libro no es tanto una novela como un estudio histórico, puesto que la novela es la historia de los hombres, y la historia la novela de los Reyes.

No es el estudio histórico tal, como generalmente se practica entre nosotros, compilación sombría, polvorienta, retocada, uno de esos librajos que tanto quiere la Academia, los cuales premia todos los años sin abrirlos, y en cuyas cubiertas se podría escribir: *para uso externo*, como sobre los azules frascos de una botica, sino un libro de historia, moderno, vivo, humano, capcioso, de una documentación terriblemente ardiente y ardua, que es necesario arrancar á las entrañas mismas de la vida, en vez de enterrarlos de entre el polvo de los archivos.

A mis ojos, la dificultad de la obra estaba precisamente en eso, en esa caza de modelos, de informes y datos verdaderos, en el fastidio y en la molestia de todo ese noticierismo que imponía la novedad de un asunto tan lejano. á mí, tan fuera de mi medio ambiente, de mis costumbres de vida y de mi espíritu. Siendo joven me había tropezado con frecuencia con la negrísima peluca del duque de Brunswick, arrastrándose por los estrechos corredores de los *restaurants* que están abiertos toda la noche, en medio del cálido aliento del gas, de los *patchulis* y de las especias; en casa de Bignon, en el diván del fondo de la sala, se me apareció una noche Citron-el-Taciturno, comiéndose una rebanada de hígado de pato enfrente de una mujer pública, y también un domingo, á la salida del Conservatorio, la elevada y altiva estatura del rey de Hannover, ciego y andando á tientas por entre las columnas del peristilo, del brazo de la interesante princesa Federica, que le decía cuándo debía saludar. Todo, en suma, era muy vago; no tenía ninguna impresión precisa so-

bre la vida íntima de aquellos Príncipes desterrados; acerca de la manera que tenían de soportar su desgracia; sobre cómo les había impresionado el destierro y los aires de París; sobre lo que quedaba todavía de sus mantos reales y del ceremonial y etiqueta cortesanos en sus alquiladas viviendas.

Para saber todo eso necesité mucho tiempo y un sinnúmero de idas y venidas, poner en movimiento todas mis relaciones de parisiense viejo, recorriendo de arriba á abajo toda la escala social, desde el tapicero que amueblaba el hotel regio de la calle de Presburgo, hasta el gran señor y el diplomático invitados como testigos á la abdicación de la reina Isabel; coger al vuelo la confianza del hombre de buena sociedad; hojear notas y documentos de policía y libros de venta de mueblistas; luego, cuando hube llegado al fondo de la vida de aquellos Monarcas, conocido las altivas desesperaciones, las abnegaciones heroicas, al mismo tiempo que las manías, las decrepitudes, los rozamientos del honor, las conciencias agrietadas,

dejé á un lado la información que estaba instruyendo, y no conservé de ella más que detalles típicos cogidos aquí y allá, rasgos de costumbres y de manera de presentarse; en una palabra, la atmós-



fera general en que debía moverse mi drama.

Sin embargo, por una debilidad que ya he confesado antes de ahora, la necesidad de realidad que me oprime y me obliga á dejar siempre la etiqueta de la

vida al pie de mis investigaciones más cuidadosamente hechas; después de haber instalado mi casa real en la calle de la Pompe, en el hotelito del duque de Madrid, con el cual tenía más de un punto de semejanza mi Cristián de Iliria, la trasladé á la calle de Herbillon, á dos pasos de los barrios bajos y de esas fiestas populares donde quería yo que Méraut le enseñase el pueblo á Federica para que aprendiera á no temerlo más.

Como el rey y la reina de Nápoles han vivido mucho tiempo en la calle de Herbillon, no ha faltado quien diga que ellos era á quienes intentaba retratar; pero afirmo que eso no es verdad, y que aun cuando la decoración era auténtica, mi real pareja era de pura invención.

Méraut, si está copiado del natural, es real, por lo menos de medio cuerpo arriba; y el modo en virtud del cual me decidí á hacerlo figurar en mi libro, vale la pena de que lo relate. Resuelto como estaba á no escribir un libelo, y á que uno de mis personajes defendiese la causa de la legitimidad y del derecho divino, procuré entusiasmarme con ella, reanimar

las convicciones de mis primeros años juveniles, leyendo á Bonald, á José de Maistre, á Blanc Saint-Bonnet, á los que d'Aurevilly ha llamado los *profetas del pasado*. Un día, en un viejísimo ejemplar de la *Restauración francesa*, comprado en un puesto de libros viejos, al pie de una carta en que el autor remitía el ejemplar, encontré esta posdata, que copio al pie de la letra:

«Si necesita usted algún joven instruído y elocuente, dirijase de *mi parte* al Sr. Therion, que vive en el hotel del Luxemburgo, calle de Tournon, núm. 18.»

En seguida se me representó aquel muchacho de ojos negros y brillantes que conocí cuando llegué á París, con libros debajo del brazo siempre; saliendo de un gabinete de lectura ó mirando los escaparates de las librerías; pobre diablo larguirucho, espantado, que se colocaba siempre con el mismo movimiento, repetido constantemente, las gafas en el caballete de una nariz chata, abierta, sensual, llena de vida. ¡Elocuente, sí, y sabio, y bohemio! Todos los cafetines del barrio Latino le habían oído

alardear de fe monárquica, y en todos ellos había logrado, por su elegante gesto, por su voz persuasiva y por su calurosa elocuencia, que su auditorio, envuelto en el humo de las pipas, lo escuchase atentamente.

¡Ah! Si yo lo tuviese ahora vivo, ¡qué gran recorte para mi libro! Él le habría dado un soplo de su entusiasmo, de su vigor realista: ¡qué magníficos informes acerca de su residencia en la corte de Austria, adonde había ido de preceptor de unos Príncipes, y de donde había vuelto desilusionado!

Pero aquel Constancio Therion había desaparecido hacía mucho; había muerto de miseria, y, desgraciadamente, nunca lo traté con intimidad; mis ojos de entonces no veían todavía claro; era yo demasiado joven y me ocupaba más en vivir que en observar. Entonces, para suplir los pormenores de que acerca de él carecía yo, se me ocurrió hacerlo de país anónimo, de Nîmes, de *aquel barrio* trabajador de donde venían todos los obreros de mi padre á poner en su cuarto aquel sello rojo, *Fides, Spes*, que había

yo visto en casa de mis padres, en la sala donde cantaban el *¡Viva Enrique IV!*, que era la canción obligada al final de todas nuestras fiestas de familia; se me ocurrió rodearlo de todas esas tradiciones realistas, en medio de las cuales crecí, y las cuales he conservado hasta que llegué á la edad en que se abre el espíritu y el pensamiento se emancipa.

Una vez encontrado Méraut, ó Therion si lo preferís, ¿quién podía llevarlo á la casa de su Rey? ¿Quién podía encargarlo de la educación de un Príncipe? De ahí Zara. Y precisamente en aquel momento, una desgracia acaecida en casa de unos amigos míos, un niño herido en el ojo por el balín de una escopeta de salón, me daba la idea del pobre abastecedor de Reyes deshaciendo su propia obra.

Las visiones del sueño se impresionan en las realidades de la vida. En un tiempo en que yo soñaba mucho, había tomado la costumbre de escribir mis sueños por la mañana, acompañándolos con notas explicativas. Hice tal cosa el día antes... dije esto... me encontré á Fulano...

Pues bien, á *Los Reyes en el destierro* les podría poner notas como aquéllas. Al pie del capítulo de la feria del pan de higos, en el cual se lleva Méraut en brazos al pequeño Rey porque éste tiene miedo, escribiría: «Ayer visité la calle de Herbillon.—Anduve por los bosques de Saint-Mandé con uno de mis hijos.—Domingo de Pascua.—Ruidos de fiesta.—Nos metimos entre la muchedumbre que nos apretaba y se movía.—El niño tiene miedo y lo cojo en brazos para sacarlo de los apretones de la feria.»

En otra parte, al final del capítulo sobre el baile heroico en el hotel de Rosen, anotaría que, una vez en la Exposición del 78, oyendo la música húngara y bebiendo *tockai*, las vibraciones de los platillos me recordaron un baile polaco en casa de la condesa de Chodsko, baile de despedida dado en honor de aquellos jóvenes, muchos de los cuales no habían de volver jamás. ¡Y luego que, cuando se lleva un libro en la cabeza y no se piensa más que en él, hay una porción de cosas afortunadas, de extrañas coincidencias, de encuentros milagrosos! Ya

he hablado de la escuela de Blanc Saint-Bonnet. Otro día era el proceso intentado por el duque de Madrid contra Boet, su ayudante de campo, las alhajas empeñadas, el Toisón de oro vendido; otro una subasta en el Tattershall, los carruajes de gala del duque de Brunswick comprados para el Hipódromo; luego la venta en la sala Drouot de dos coronas pertenecientes á la reina Isabel.

Y el día que yo fui á presenciar aquella venta fué cuando un individuo de la *high-life*, soberbio idiota, asomando su cabeza por entre la de dos auverneses, me decía:

—¿Dónde es la fiesta esta noche?

Una frase estúpida que yo lancé, y que ha tenido la suerte de todas las frases estúpidas.

Otra vez vi pasar por delante de la *Librería nueva* el entierro del viejo rey de Hannover, acompañado por el príncipe de Gales. ¡Hermosa página que escribir, aquel entierro de un rey desterrado! Desgraciadamente me estorbaban los entierros de mis libros anteriores, *Mora*, *Desideria*, el reyezuelo *Madou-Ghezo*.

~~~~~

Pero todo eso me aseguraba que estaba haciendo un libro de mi tiempo, que llegaba oportunamente.

Escribí *Los Reyes* en la plaza de los Vosgos, en el fondo de un patio grande, donde macizos de hierba verde cortaban en cuadros las desiguales baldosas; en un pabelloncito invadido del reflejo de unas viñas vírgenes, pedazo olvidado del hotel Richelieu.

En el interior, antiguos tallados de la época de Luis XIII, dorados, casi negros, y una altura de techo de cinco metros; en el exterior, un balcón de hierro colado, enmohecido por la base. Aquel era el marco que convenía á ese cuadro melancólico. En aquel anchuroso gabinete de trabajo encontraba yo todas las mañanas los personajes de mi imaginación, vivos como seres reales, agrupados alrededor de mi mesa.

La tarea fué difícil, tiránica. No salía más que por las mañanas, á la escasa luz de los días de invierno, para llevar á mi hijo al colegio de Carlomagno, por las callejuelas llenas de barro de aquel rincón del Marais, pasaje de Eginhard, el

gueto donde fermentaba el chalaneo del tío Leemans, donde me cruzaba con las



obreras que bajaban hacia Paris, muy bien peinadas, simiente de Séforas, de narices arqueadas, graciosas y sonrien-

tes. De vez en cuando una expedición, un paseo para tomar informes, la busca de una casa, el antro de Tom-Lewis, el convento de los franciscanos en la calle de los Hornos...

De repente, en medio del libro, en plena efervescencia de esas horas crueles que son las mejores de la vida, súbita interrupción, crujido de la máquina, demasiado forzada. Aquello empezó trabajando; pero sueños de minuto, adormecimientos de pájaro, temblores al escribir, languideces que interrumpían una cuartilla y que no podía dominar: fué preciso descansar á mitad de la jornada y dejar que pasase el cansancio. Conté con los cuidados del bueno del doctor Potain y con la tranquilidad en el campo, para devolver su fuerza á mis alterados nervios. Y, en efecto, al cabo de un mes que pasé en Champrosay embriagándome con los saludables perfumes del bosque de Sénart, sentí un bienestar, una dilatación extraordinarios.

Avanzaba la primavera; mi savia bullía, fermentaba como la suya y hacía florecer de nuevo los enternecimientos

de mis veinte años. Es para mí inolvidable la alameda del bosque donde, entre la espesura de los nogales y las encinas, escribí la escena del balcón que hay en mi libro. Luego, bruscamente, sin dolor, se me despertó una hemoptisis violenta, que me llenaba la boca de sangre y de mal sabor. Tuve miedo, creí que aquel era el final, que era preciso irse, dejando la obra sin acabar; y en una despedida que me parecía un adiós supremo, tuve la fuerza suficiente para decir á mi mujer, á la queridísima compañera de todas mis horas buenas y malas: «Acaba el libro.»

La inmovilidad, algunos días de cama muy crueles, con todo aquel estrépito de libro que tenía continuamente en la cabeza... y pasó el peligro. Todo sirve. Tourgueneff, poco tiempo antes de morir, tuvo que soportar una operación quirúrgica muy dolorosa, y le sirvió para anotar en su espíritu todos los matices del dolor. Decía que quería contárnoslos en una de aquellas comidas que por entonces teníamos con Zola y con Goncourt. Yo también analizaba mis sufrimientos,

y apliqué á la muerte de Elíseo Méraut las sensaciones de aquellos instantes de angustia.

Poco á poco, lentamente, reanudé mi trabajo. Lo llevé á las aguas de Alleverd, donde me enviaron los médicos. Allí, en una de aquellas salas de inhalaciones, tropecé con un médico viejo, muy singular, muy sabio, el doctor Roberty, de Marsella, el cual me dió la idea del tipo de Bouchereau y del episodio con que termina mi libro. Porque sostenido por los ánimos que guiaban mi pluma, pude acabar la obra. Pero comprendía que en mí había algo roto; que en lo sucesivo no podría tratar mi cuerpo como si fuese un pingajo, ni privarlo de movimiento y de aire, ni prolongar las veladas hasta por las mañanas para conducirlo á la fiebre de los bellos descubrimientos literarios.

*
* *

La novela fué publicada en *Le Temps*, y luego por el editor Dentu. La prensa y el público le dispensaron una buena aco-

gida, sin exceptuar los periódicos legitimistas. Armando de Pontmartin decía en la *Gaceta de Francia*: «Ignoro si Alfonso Daudet ha escrito su libro bajo la influencia de una inspiración republicana. Lo que sé, lo que resulta, es la impresión que me ha producido su lectura; á saber: que en *Los Reyes en el destierro* hay muchas cosas bellas, conmovedoras, patéticas; lo que neutraliza las crudezas, lo que arranca á la novela de las triviales fealdades del realismo, es precisamente el sentimiento realista. Es la enérgica resistencia de algunas almas elevadas y altivas en medio de esta corrupción, en la cual los bailes de Mabilie, los bastidores de los teatros, el Gran Club, acaban por tragarse á las realezas vencidas.»

En medio de aquellos artículos encomiásticos apareció una filípica tremenda de Vallès, que toma la casa de Tour Lewis como una invención, como las de Ponson du Terrail. Esto me ha demostrado una cosa que yo ya sabía, y es que el autor de *La calle* no conocía de París más que la calle, la calle aristocrática, la circulación funambulesca y las ace-

ras; no había entrado nunca en las casas. Entre otras censuras que me dirigía, me acusaba de haber hecho traición á Therion, y de haberlo desfigurado. Ya he dicho antes que Méraut no era completamente Therion. Además, he aquí un párrafo de una carta que recibí con un retrato, á poco de haber sido publicado mi libro:

«Debía usted querer mucho á aquel pobre Elíseo para darle puesto de tanto honor en *Los Reyes en el destierro*. Los que le conocieron no lo olvidarán jamás... Gracias á usted, Elíseo Méraut vivirá todo lo que vivan *Los Reyes en el destierro*.

»En lo sucesivo, su libro de usted será para mí, y para los míos, el libro de un amigo, un libro de familia.»

Esta carta es del hermano de Therion. Luego cesó el alboroto. París se ocupó en leer otras cosas; yo estaba satisfecho de haber hecho un libro que mi padre, que era un realista entusiasta, habría podido leer sin pena; satisfecho de haber demostrado que las palabras acudían aún á mi pluma; que no estaba enteramente

agotado, como esperaban mis enemigos.

Algunos autores dramáticos desearon hacer una comedia con mi obra; vacilaba yo en consentirlo, cuando un italiano escribió para un teatro de Roma un drama sin consultarme. Aquella tentativa me decidió. ¿A quién, sin embargo, confiar aquel encargo? Gondinet se inclinaba á ello; pero la política le asustaba. Coquelin, á quien hablé del asunto, me dijo que él tenía quien lo hiciera; que si quería confiarle la cosa, me diría después el nombre de mi colaborador. Quiero mucho á Coquelin, tengo confianza en él, y le dejé que hiciese lo que quisiera. Me iba leyendo la obra acto á acto, á medida que los iba haciendo; la encontré elocuente, escrita en buena prosa y muy bien dialogada. Desde la mitad del primer acto, dos palabras puestas en boca de Eliseo Méraut, que dice que Hezeta lo había *acabado de imprimir*, me pusieron sobre la pista del autor. «Es alguien de casa de Lemerre.» Sabido es que la librería del pasaje Choiseul pone el nombre del impresor al pie de los hermosos poemas que publica, y por ahí descubrí á mi

colaborador, que era Pablo Delair, escritor de mucho talento, un poco confuso á veces, pero con rasgos brillantísimos y con grandeza: un poeta.

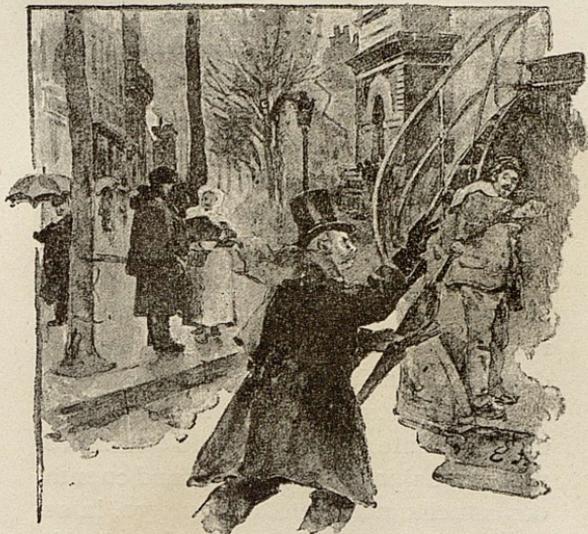
La obra me convenía; solamente el último acto me pareció un poco duro. La escena representaba la habitación de la calle de Monsieur-le-Prince, junto al lecho mortuorio de Elíseo Méraut. Al final, el rey Cristian entreabría la puerta: «¿Vive aquí la señorita Clemencia?» En mi saloncito de la Avenida del Observatorio, cuando Coquelin nos leyó el trabajo de Delair, todos tuvieron la misma impresión que yo. Gambetta había ido á mi casa aquella noche, lo mismo que Edmundo de Goncourt, Zola, Banville, el doctor Charcot, Ernesto Daudet, Eduardo Drumont, Enrique Ceard. Por unanimidad se dijo que era preciso variar el último acto, porque era demasiado peligroso. Delair nos hizo caso; modificó el final; lo atenuó. ¡Trabajo perdido! Nos habían condenado antes del estreno. Me convencí de ello el día del ensayo general. La obra había sido muy bien preparada ciertamente; la interpretaban los

mejores actores del Vaudeville; la dirección no se había dado punto de reposo. y, sin embargo, jamás he visto un público más prevenido que el que llenaba el teatro la noche del estreno. Nos silbaron al día siguiente y en los sucesivos; véase el *Gaulois* de aquella época. Todas las noches los Círculos enviaban sus delegados para armar escándalo. Escenas enteras muy hermosas, muy conmovedoras, pasaban en medio de aquel ruido infernal, sin que se pudiera oír una sola frase. Algunos parlamentos como aquel en que un Borbón corre para coger un ómnibus, estaban designados anticipadamente. ¡Ah! ¡Si hubieran sabido quién me había proporcionado el dato! ¡Y la entrada soberbia de Dieudonné, la borrachera con frac negro, mientras cantaban el coro heroico de la marcha de Pugno! Se puso de moda ir al teatro á *patear* como iban á la sala Taitbout. Además, bajo aquella indignación ficticia, había en el público una gran indiferencia. Al público parisiense, que es mucho menos monárquico que yo, le tenían sin cuidado y permanecía insensible ante las desgracias de

los Reyes; aquello estaba muy fuera del acostumbrado convencionalismo, y le conmovía como los incendios de Chicago y las inundaciones de Mississipi.

Aparte algunos artículos de gente independiente, como Geoffroy y Durranc, la crítica siguió al público. Esa es su misión hoy; y la obra tuvo el beneficio de una *reventadura* general. Aun cuando en los carteles no figuraba más nombre que el de Pablo Delair, yo, sobre todo, fui quien durante varias semanas sirvió de blanco á todas las calumnias y ultrajes de todo género. Hice de esas injurias el caso que ellas merecían. Por lo numeroso de los periódicos y por el clamoreo del noticierismo, la voz de París se ha convertido en un eco de montaña ensordecedor, que aumenta el ruido de las conversaciones, repercute hasta lo infinito, ahoga, ensanchándolo, el tono justo de la censura y del elogio. Sin embargo, he anotado una de esas calumnias, que quiero recoger. Han pretendido que mi libro era una adulación al Gobierno que, comenzado á favor de la realeza durante el *Dieciséis de Mayo*, había dado

media vuelta después de la caída de MacMahon, y se había ido hacia la República que triunfaba. Los que han dicho eso, los que han creído que una obra después



de planteada, puede sufrir esos cambios, por capricho, por interés, á la derecha ó á la izquierda, esos no han hecho jamás un libro; pero al menos hubieran podido reflexionar y buscar, antes de decirlo, el

objeto con el cual había yo ejecutado aquello de que me acusan. Yo no necesito nada, ni de nadie; vivo en mi casa; no solicito ni destinos, ni distinciones, ni ascensos. Entonces, ¿por qué había de hacer esas cosas?

En cuanto al reproche de que he hecho un libelo con intención deliberada, tampoco es cierto. El libro y la comedia están por bajo de la verdad. He dejado á la realeza un papel bastante bueno; si ese papel no es mejor, ¿tengo yo la culpa? He retratado á la Monarquía; como siempre, la he copiado al natural. Además, no he sido yo el primero que ha hecho notar el rebajamiento de alma de reyes en el destierro. En las admirables *Memorias de ultratumba*, que tuve encima de mi mesa durante todo el tiempo que he estado trabajando, Chateaubriand cuenta, con mucha más crueldad que yo, la ceguera, el rebajamiento de la corte de Carlos X en Inglaterra.

«Desde su sofá, la señora veía, á través de los cristales de la ventana, lo que sucedía fuera y asombraba á los transeuntes. Llegaron dos caballitos con dos

jockeys vestidos á la escocesa. La señora cesó de trabajar, miró mucho, y dijo: «Es la señora de... (he olvidado su nombre) que va á la montaña con sus hijos.» María Teresa, que era curiosa, que sabía las costumbres de la vecindad; la princesa de los tronos y de los cadalsos bajada de la altura de la vida al nivel de las demás mujeres, me interesaba extraordinariamente. Yo la observaba con cierto enternecimiento filosófico.»

Y algunas páginas después:

«Fuí á hacer la corte al Delfin; nuestra entrevista fué corta:

—»¿Cómo se encuentra Monseñor en Butscherad?

—»Vegetando.

—»Eso le sucede á todo el mundo, Monseñor.

—»¿Y vuestra mujer?

—»Le duelen los dientes, Monseñor.

—»¿Fluxión?

—»No, Monseñor; el cambio de tiempo.

—»¿Coméis en casa del Rey? Allí nos veremos.

»Y nos separamos.»

¡Y qué filípica es el libro de Fourneron

Historia de los emigrados durante la Revolución francesa! ¡La permanencia del conde de Artois y del conde de Provenza en el destierro, mientras su hermano estaba prisionero en el Temple, y era luego enviado al patíbulo; la rivalidad de sus queridas, madame de Polastron y madame de Balbi!

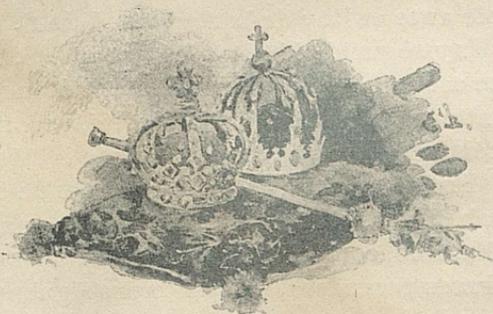
Mi bajada de Gravosa ha parecido increíble, monstruosa, inventada á placer. Pero léase la historia de Quiberon, la aventura de aquellos infelices soldados vendeanos á quienes se les ha dicho que se pondría á su cabeza un príncipe de sangre, espera que espera al conde de Artois, que estaba en el mar sin atreverse á desembarcar, y que escribía á d'Harcourt: «No se ven más que tropas republicanas en la costa». Y era que los que se lo hacían creer, el barón de Roll y sus amigos, inventaban cada día un pretexto para no desembarcar. El heroico Rivière, los condes de Autichamp, de Vauban y de la Béraudière, insistían en vano: «No quiero ir á un fracaso seguro», respondía el Príncipe. Y luego la historia de Frotté, y su embajada cayen-

do en medio de las partidas de *whist*, de Holyrood. Iba á someter á la aprobación su plan de desembarco. Se le recibe en presencia de Couzié, del obispo de Arras, del barón de Roll, de los condes de Vaudreuil y de Puységur y del economista Theil.

«Permitidme, dijo Roll, con su marcado acento alemán; soy capitán de guardias, y por consiguiente responsable ante el Rey de la seguridad de S. A. ¿Hay seguridad bastante para que S. A. se arriesgue? No, ciertamente. Entonces interrumpió el señor de Frotté, reconociendo que el proyecto es impracticable.»

Frotté sale y vuelve al sitio donde estaban reunidos los nobles de Normandía, solo, con una de esas cartas llenas de frases pomposas, que tanto prodigaba el conde de Artois. «Encargo al conde Luis de Frotté que os exprese los sentimientos de que se halla penetrado mi corazón. No dudéis de que la Providencia secundará vuestra generosa constancia... Mientras llega el momento tan deseado en que pueda explicarme con vosotros de viva voz, recibid, amigos míos...»

Ese libro está escrito por un realista que no odia bastante á la Convención. ¿Hay en *Los Reyes en el destierro* alguna página tan dura como ésa?





UNA LECTURA

EN CASA DE EDMUNDO GONCOURT (1)

Edmundo de Goncourt reunió esta mañana en su casa de Auteuil á algunos amigos íntimos para leerles, antes de almorzar, su nueva novela. En el gabinete de trabajo que tiene sabor á los buenos li-

(1) Escrito en 1877 para el *Nouveau Temps*, de San Petersburgo.

brov viejos, y que se halla como iluminado de arriba abajo por los dorados de las encuadernaciones, vi, al abrir la puerta, el bien desarrollado busto de Emilio Zola, á Ivan Tourgueneff, colosal como un dios del Norte, y el finísimo bigote negro y los despeinados cabellos del simpático editor Charpentier. Falta-
taba Flaubert que se ha roto una pierna el otro día; en estos momentos, clavado en un sillón, hace retemblar la Normandía con sus juramentos cartagineses.

Edmundo de Goncourt, el dueño de la casa, representa cincuenta años. Es parisiense, pero de origen lorenés; lorenés por el garbo, parisiense por la finura. Cabellos grises, gris que delataba un rubio antiguo, aspecto aristocrático y bondadoso, elevada estatura, esbelta, y una nariz elegantemente acaballada de antiguo noble aficionado á los ejercicios de la caza; y en el rostro, de expresión enérgica y siempre pálido, una sonrisa perfectamente entristecida, una mirada que de vez en cuando se anima, penetrante y aguda como buril de grabador... ¡Cuán-
ta fuerza de voluntad en aquella mirada!

¡Cuánto dolor en aquella sonrisa! Y mientras se ríe y habla, mientras Goncourt abre los cajones de la mesa, arregla sus papeles, interrumpiéndose algunas veces para enseñarnos un folleto curioso, ó un juguete procedente de lejanas tierras; mientras cada cual se acomoda en su asiento, experimento una gran emoción al mirar la mesa de trabajo, ancha y larga, la mesa fraternal hecha para dos, donde un día sentó la muerte sus reales, y se llevó al más joven de los hermanos, y cortó de raíz y brutalmente aquella colaboración única en su especie.

El que vive, conserva un cariño extraordinario á su hermano muerto. A pesar de su natural reserva, aumentada por cierta voluntaria y altiva discreción, encuentra, cuando habla de él, matices exquisitos, casi femeniles. Compréndese que hay allí un dolor sin límites y algo más que amistad. «¡Era el preferido de mi madre!» dice algunas veces; y lo dice sin amargura, sin envidia, como si encontrase justo y natural que un hermano como el suyo fuera siempre el preferido.

Y, con efecto, jamás se ha visto semejante comunidad de existencia. En el



torbellino de las costumbres modernas,
el hermano, antes de llegar á los veinte

años, se separa del hermano. Uno viaja, otro se cría; uno es artista, el otro militar; y cuando, de tarde en tarde, una casualidad cualquiera les reúne en el hogar paterno, después de años sin cuento,



uno y otro han menester un verdadero esfuerzo para no considerarse como extraños. Hasta cuando viven juntos, ¡cuántos abismos no pondrá entre esas dos inteligencias y esos dos corazones la diversidad de ambiciones y de ensue-

ños! Por más que Pedro Corneille vive en la misma casa que Tomás Corneille, el primero hace el *Cid* y *Cinna*, mientras el segundo versifica con mucho trabajo *El Conde de Essex* y *Ariana*, y su fraternidad literaria no va más allá que á pasarse algunos versos, de un piso á otro, por medio de un aparatillo colocado en el techo del piso principal.

Pero los dos Goncourt son cosa enteramente distinta: se trata de otra cosa que de versos ó de frases prestadas. Antes de que les separara la muerte, habían pensado siempre juntos, y no encontraréis un trozo de prosa de veinte renglones que no lleve la marca de los dos, y que no esté firmado con sus dos nombres, inseparablemente unidos siempre. Una pequeña fortuna de mil doscientas á mil quinientas libras de renta para los dos, les aseguraba el bienestar y la independencia. Con eso se habían formado una existencia llena de alegría literaria y de labor. De cuando en cuando, un gran viaje á la viña de Gerardo de Nerval, á través de París, á través de los libros, siempre por senderos pequeños,

porque aquellos turistas refinados tenían verdadero horror á todo lo que fuese carretera, camino trillado por todos, con su monótono piso, sus postes y mojones indicando el final de la jornada, y sus montoncitos de piedras colocadas á un lado y á otro en forma de pirámide. Así iban cogidos del brazo, hojeando los libros y la vida, anotando un detalle de las costumbres, un rincón ignorado, un folleto raro, y cogiendo toda flor nueva con alegría extraordinaria, ya naciera en las ruinas de la historia, ó entre el polvo del París de sus barrios. Luego, cuando volvían á su casita de Auteuil, como herboristas, como verdaderos naturalistas, los dos juntos, fatigados y alegres, vaciaban su doble cosecha sobre la mesa, observaciones, imágenes nuevas que olían al natural, metáforas vivas como flores, brillantes como exóticas mariposas, y no se daban punto de reposo hasta que lo dejaban todo arreglado y clasificado.

De los dos montones formaban uno solo; cada cual escribía su página, y luego se comparaban las dos para comple-

tarlas una con otra, y para fundirlas en una sola; y por un fenómeno único de asimilación en el trabajo y de paralelismo de pensamiento, se daba á veces el caso sorprendente y conmovedor de que, salvo algún detalle olvidado por uno y recogido por el otro, las dos páginas escritas separadamente, pero vividas juntas, se parecían en un todo.

¿Por qué, al lado de tantos éxitos, ese amor al arte, ese trabajo tan asiduo, esas dotes preciosas de observadores y de escritores no han valido á los hermanos Goncourt más que una recompensa tardía y como regateada? Si no se fijara uno más que en las apariencias, eso parecería incomprensible. Pero ¡qué queréis! aquellos dos hermanos elegantísimos, aristocráticos, han sido, en materia de arte, verdaderos revolucionarios; y el público francés, siempre meticuloso en algún punto, no ama la Revolución más que en política. Por la pesquisa apasionada del documento contemporáneo, por la curiosidad del autógrafo y de la estampa, los hermanos Goncourt han inaugurado así, en la historia propiamente

te dicha como en la historia del arte, un método nuevo. Si se hubieran dedicado á la especialidad—en Francia se les perdona todo á los especialistas;—si se hubieran limitado á la historia, tal vez, á despecho de su originalidad, habrían acabado por transigir con ellos; tal vez los hubiésemos visto, á esos endiablados, sentarse bajo la empolvada cúpula de la Academia, al lado de los Champagny y de los Noailles. ¿Pero es que, aplicando á la novela ese mismo escrúpulo de realidad, no pueden pasar, y puesto que los jefes de escuela están de moda, no son ellos los jefes de escuela de toda una joven generación de novelistas?

¡Historiadores que hacen novelas! Pase todavía si fuesen novelas históricas; pero ¡novelas como nunca se han visto; novelas que no son ni como las de Balzac, ni como las de Jorge Sand; novelas compuestas de cuadros—no pueden soportarlo nuestros aficionados á las estampas—con una intriga apenas indicada, y grandes blancos en los capítulos, verdaderos faros donde puede romperse la cabeza la imaginación del lector burgués! Añadid

á esto un estilo enteramente nuevo, donde campea lo imprevisto; un estilo en el cual se encuentra desterrado todo lo que huele á cliché, y el cual, por la cuidada originalidad de la frase y de la imagen, prohíbe al pensamiento toda frivolidad; y luego, osadías que desconciertan, la perpetua separación de palabras acostumbradas á caminar siempre juntas, como yunta de bueyes de carreta; la necesidad de escoger, el horror á decirlo todol...

¡Añadid todo eso, y asombráos en seguida de que los Goncourt no se hayan impuesto inmediatamente á la admiración del público!

El aprecio de los literatos, las admiraciones que consagran amistades gloriosas, eso es lo que los señores Goncourt encontraron en seguida. El gran Michélet quiso conocer á aquellos jóvenes, y el homenaje que les rindió como historiadores, selo rindió luego Sainte-Beuve como novelistas. Las simpatías se agrupaban poco á poco en torno suyo. Durante un año el mundo de los pintores no juró más que por *Manette Salomon*, esa

admirable colección de cuadros á la pluma. *Germinia Lacerteux* hizo todavía más ruido; produjo casi un escándalo, y el París refinado se admiró ante aquella terrible aventura, hecha para que se vieran los abismos de los barrios populares. Todo el mundo admiró aquel baile de la «Bola Negra» con su irritante orquesta y mezclados sus olores á pomada, á gas, á pipa y á vino en ensaladera.

Deleitáronse las gentes con aquellos paisajes parisienses, tan imitados luego y entonces en la flor de su novedad; los boulevares exteriores, los terreros de Montmartre, el paseo á las fortificaciones y esos gredosos terrenos de las afueras, amasados con cascotes y con conchas de ostras. El cuadro de esas costumbres especiales, tan cercanas y tan alejadas de nosotros, atrevidamente vistas, francamente pintadas, hicieron experimentar á cuantos saben leer una vivísima impresión de originalidad.

Pero éstos no eran aún la mayoría del público.

La gente de teatro buscaba algo en los libros de los Goncourt, lo cual es buena

señal para un novelista. Pero aquellas adaptaciones ingeniosas no daban honra y provecho más que al adaptador. En resumen: fuera de un círculo limitado, después de muchos y muy hermosos libros, el apellido de los Goncourt continuaba siendo aún desconocido.

Faltaba una ocasión, y se presentó. Parecía que la suerte deseaba sonreírles. Un director ilustrado, Eduardo Thierry, recibió su *Enriqueta Maréchal*. ¡Obra en tres actos para la Comedia Francesa! La cosa era grave. Iban á reunir al fin á un público distraído é indiferente, más insecuestrable que Galatea; y cuando se le tuviese reunido, tendría por fuerza, y quieras que no quieras, que escuchar y que juzgar. Podrá ser que no se lea un libro, aun cuando sea una obra maestra; pero una comedia no hay más remedio que oirla.

Pues á pesar de eso, el público no oyó tampoco aquella vez. Era una fatalidad: bastó una casualidad, una casualidad tonta; circuló el rumor de que la obra había sido impuesta por una princesa de la familia imperial; la juventud del ba-

rrio Latino se enardeció; se fraguó un complot, y la política que, comprimida por todas partes, estallaba como podía, estalló aquella vez sobre los hombros de dos artistas inofensivos. *Enriqueta Marchal* fué puesta en escena cinco noches, sin que nadie pudiese oír una sola palabra.

Recuerdo todavía la batahola que había en el teatro y, sobre todo, en el saloncillo de los artistas la noche del estreno. ¡No se veía ni un abonado ni un actor! Todo el mundo había huído del desastre. Y en aquel desierto resplandeciente y barnizado, bajo el elevadísimo techo y las miradas de los grandes retratos, dos jóvenes, completamente solos, en pie delante de la chimenea, se preguntaban: «¿Qué odios son éstos?... ¿Qué les hemos hecho?» dignos y altivos, pero con el corazón destrozado, á pesar de todo, por la brutalidad de la injuria. El mayor, muy pálido, consolaba al más joven, un rubillo de radiante y nerviosa fisonomía, al cual no he visto más que aquella vez.

Y, sin embargo, su drama era una obra

atrevida, bellísima y nueva. Al poco tiempo, los que la silbaron aplaudían frenéticamente las *Eloisa Paranquet* y *El suplicio de una mujer*, obras de acción rápida, que caminaban al desenlace como trenes andando á toda velocidad, y la fórmula de las cuales podía muy bien haber estado preparada por *Enriqueta Maréchal*. ¡Pues qué! Aquel primer acto del baile de ópera; aquella muchedumbre; aquéllas máscaras chillando y bromeando; aquel perseguirse; aquel sabor de realidad y de vida, irónico y real como un cuadro de Gavarni, ¿no era acaso, y quince años antes de que se inventara la palabra *naturalismo*, el naturalismo en el teatro?

Enriqueta Maréchal naufragó; no importa; á trabajar de nuevo. Y de nuevo los dos hermanos se instalaron en una anchurosa mesa, en su retiro de Auteuil. Primero hicieron un estudio del arte; la monografía sobre la obra y la vida de Gavarni, á quien habían conocido y amado; monografía tan viva como una novela y tan preciosa y llena de datos como el catálogo de un Museo. Luego vino el

más completo, el más indiscutiblemente bello, pero también el más desdeñoso, el



más personal de todos los libros: *La señora Gervaisais*.

Nada de intriga; sólo la historia de un

alma de mujer, la odisea á través de una serie de descripciones admirables de una inteligencia vencida por los nervios y que sale de la libre posesión de sí misma para ir á sucumbir en Roma bajo el enervamiento del clima, á la sombra de las ruinas, en ese no sé qué místico y adormecedor que se desprende de las paredes de las iglesias, entre el olor á incienso de las pompas católicas. Aquello era soberbio: el fracaso fué completo. Ni un artículo de periódico para juzgarla; apenas si se vendieron trescientos ejemplares.

Aquel fué el último golpe. El menor de los hermanos, que era una naturaleza vibrante, casi femenina, y que además hablábase hacía tiempo acometido de un principio de enfermedad nerviosa, el cual se sostenía sólo por la fiebre del trabajo y de la esperanza, no pudo soportar aquella conmoción. Así como un vaso de cristal muy fino, colocado sobre la tableta sonora de un piano, si sufre una disonancia demasiado brutal se estremece y se rompe, así parece que se rompió algo en él. Languideció durante algún tiem-

po, y murió. El artista no es un solitario. Por más que uno se ponga por encima y por fuera de la muchedumbre, al fin y á la postre para la muchedumbre escribe uno.

Y además se les tiene cariño á esos libros, á esas novelas, frutos dolorosos de las entrañas, hechos con sangre y con carne de uno mismo. ¿Cómo no tener interés por ellos? Lo que va contra ellos le duele á uno, y el más acorazado autor chorrea sangre desde lejos—como por misterioso sortilegio—cuando hieren á sus obras. Fingimos no tener en cuenta más que la opinión en los de buen gusto, y nos preocupamos de la opinión de los más; desdeñamos el éxito, y el fracaso nos mata.

Ya supondréis la desesperación del que sobrevivió, de aquel hermano que se quedaba solo, muerto, por decirlo así, él también, y herido en mitad del alma. En cualquier otro momento no habría podido resistir su desgracia. Pero estábamos entonces en los momentos de la guerra. Vino el sitio, y luego la *Commune*.

El estruendo del cañón en aquellas afueras, ametralladas por todas partes el silbido de los obuses; el derrumbamiento de todo; la guerra extranjera; la guerra civil; la matanza y el incendio; aquella batahola de cataratas del Niágara, que durante seis meses reinó en París, sin dejar oír, aturdiendo hasta el pensamiento, le hizo menos sensible su dolor. Y cuando todo hubo concluído, cuando la espesa niebla se disipó, y se volvió á pensar, encontróse triste, desahogado, con un gran vacío en el corazón, asombrándose de verse vivo, pero acostumbrado á vivir.

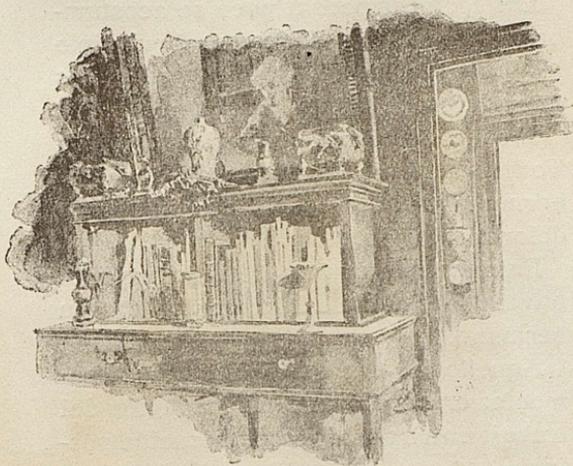
Edmundo de Goncourt no tuvo valor para abandonar la casita fraterna, tan llena del recuerdo de aquel á quien lloraba.

Se quedó allí, solitario y triste, sin más lazo que lo uniese con la vida que un trabajo casi instintivo que halló en el cuidado de sus colecciones y de su jardín; había jurado no escribir más; los libros, la mesa, le causaban horror.

Pero un día, sin que pueda decir cómo sucedió, hallóse de nuevo sentado, con

una pluma en la mano, en el sitio de costumbre.

Al principio sufrió mucho, y más de una vez, al volverse instintivamente para pedir á su hermano una nota, una



palabra, se levantaba pálido y se iba, al encontrarse con su sitio vacío. Pero una cosa nueva, imprevista para él, el éxito, lo animaba á trabajar y lo volvía á sentar en su sitio.

Desde la publicación de *La señora*

Gervaisais, los tiempos habían progresado, y el público también.

En literatura habíase operado un movimiento en el sentido de la observación exacta, expresada en un lenguaje claro.

Los lectores poco á poco se acostumbraban á esas novedades que al principio les habían asustado, y los verdaderos iniciadores de aquel renacimiento, los Goncourt, se iban poniendo de moda. Todos sus libros se reimprimían. «¡Si mi hermano viviese!» decía Edmundo con dolorosa alegría.

Entonces se aventuró á escribir aquella novela *Elisa*, que había pensado con su hermano.

Aquello no era escribir solo enteramente; era como una prolongación del trabajo entre dos, una colaboración póstuma.

El libro tuvo éxito, se vendió mucho. Triunfo lleno de dulce tristeza y de un recrudescimiento de dolor más que nunca eterno entonces. «¡Ah! ¡Si él viviese!»

Pero el encanto estaba roto; el her-

mano inconsolable se despertaba hombre de letras; y como el Arte está siempre unido á la vida por un hilo invisible, el primer libro que escribía solo iba á ser la historia de aquella existencia entre dos, de aquella colaboración trágicamente rota, de su desesperación de muerto-vivo y de su resurrección dolorosa.

El libro se llama *Los hermanos Zemann*.

Todos escuchábamos la lectura conmovidos, deleitados, con el corazón en un puño, mirando á través de los limpios cristales de la ventana, los raros arbutos de hojas relucientes que había en el jardinillo, que aparecía verde á pesar de la estación en que nos encontrábamos. El deshielo, que comenzaba, estrellaba el estanque, mojaba las piedras, en tanto que un sol de fin de invierno ponía una sonrisa en la nieve.

Aquella sonrisa, aquel sol, iban saliendo é invadiendo la casa. «¿De veras? ¿os gusta?... ¿estáis contentos?...» decía Edmundo Goncourt animado por nuestro entusiasmo; y delante del espejo, en

su pequeño óvalo dorado, la miniatura de su hermano muerto parecía iluminarse también con un rayo de gloria tardía.





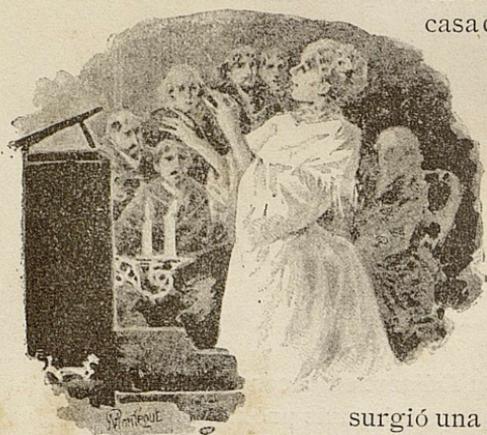
GENTE DEL TEATRO

LA DÉJAZET

Cuando vi á la Déjazet en escena hace ya mucho tiempo, estaba más próxima á los setenta años que á los sesenta; y, á pesar de todo su arte, de todo su encanto, la estrecha falda de satén que envolvía su delicada silueta, los polvos que llevaba en la cabeza, aumentaban la verdadera frialdad de la edad; las cintas y lazos de su traje flotaban tristemente; y todos sus gestos, estudiados para que pa-

recieran vivarachos, ligeros, no hacían más que delatar mejor la anquilosis de los años y la sangre enfriada.

Una noche, sin embargo, la actriz se me apareció encantadora. No estábamos en el teatro, sino en casa de Villemessant



en Seine-Port. Tomábamos el café en el salón; las ventanas caían á un parque magnífico; hacía una noche clarísima de estío. Depronto, á la luz de la luna,

surgió una sombra blanca,
y una voz endeble pre-

guntó: «¿Se me quiere recibir?» Era la señorita Déjazet. Iba como vecina, porque su casita de campo estaba allí al lado, á pasar la velada con nosotros.

Acogida con mucho cariño, se sentó con aire reservado y casi tímido. Le pidieron que recitáse algo. El cantante

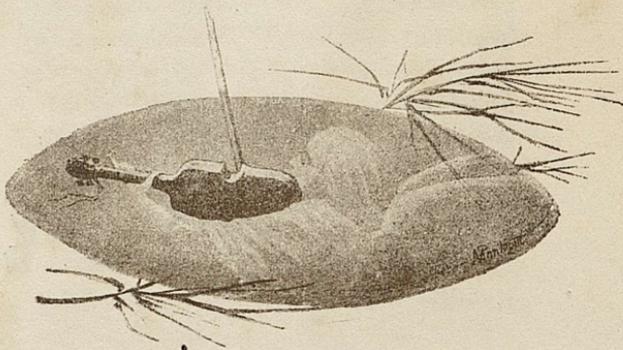


Monteaut

Faure se puso al piano para acompañarla; pero el instrumento le estorbaba. Las más dulces y suaves notas, mezcladas á su voz, nos hubieran privado de oirla. Cantó, pues, sin acompañamiento; y de pie, en medio del salón, envuelta en un vestidito de muselina blanca que parecía llevarla á la vaga edad de los niños ó de las abuelas, comenzó á cantar con vozcita muy menuda, bien timbrada y muy clara, que sonaba como misterioso violín en el silencio del parque y de la noche:

Hijos, yo soy Lisette...

Y así es como la veo siempre que pienso en ella.





LESUEUR

Muchas cosas habían faltado á Lesueur para adquirir de un golpe la autoridad de un grande actor. Su voz era sorda, velada, de timbre desagradable, que se rasgaba á los esfuerzos de sonoridad. La falta de memoria lo atormentaba también y le hacía acudir á cada momento á la concha del apuntador. Finalmente, endeble, flaco, pequeño, carecía de ese

garbo que en los momentos patéticos domina y llena la escena.

Lesueur triunfaba de todos esos defectos, pero justificaba la teoría de Régnier, según la cual el actor está obligado á luchar con ciertos obstáculos físicos. Las delicadezas con que tropezaba su voz se encontraban en sus ojos expresivos, en los detalles de su mímica; y si alguna parte del papel se le olvidaba, en cambio jamás había descuidos en su manera de trabajar, porque estaba siempre en situación y porque sabía lo que ignoran muchos actores: el arte de escuchar. Cuanto á la estatura, ¿cómo lograba suplirla? Lo que sí es verdad es que en algunas obras, como en *Don Quijote*, por ejemplo, parecía muy alto y llenaba el teatro con la majestad de sus ademanes. Teniendo en cuenta la proporción, había en él mucho de Frederick; aquella misma facilidad para vestir todos los trajes de la comedia humana, así la blusa del obrero como la púrpura burlesca de un rey de fantasía, como el frac de etiqueta, con tan extraordinaria elegancia y distinción.

Ambos tenían de común también una fantasía que daba á sus creaciones algo de excesivo, marcaba sus papeles con cierta huella que no se borraba y que hacía difícilísimos para los demás actores los papeles que ellos estrenaban. Preguntad, si no, á Got, que es un perfecto artista, cuánto trabajo le costó hacer el personaje del tío Poirier, creado hace cuarenta años por el actor del Gimnasio. Cuando Lesueur trabajaba en una obra, el autor podía decir que, aun ocurriendo un fracaso, se salvaría del naufragio el papel de Lesueur.

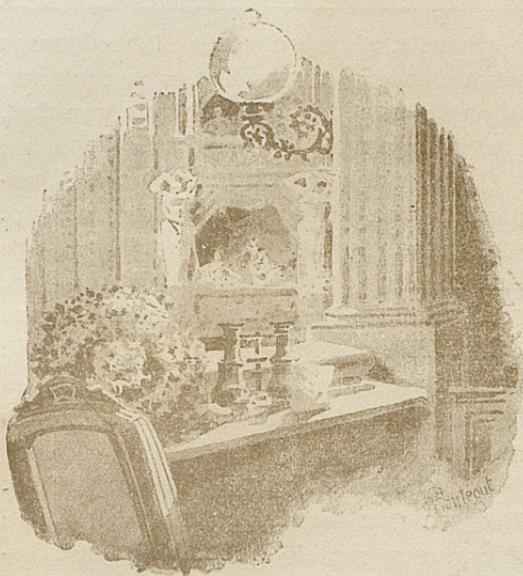
¿Quién se acordaría ya de *Los locos*, de Eduardo Plouvier, si no hubiera hecho él aquel bebedor de ajeno? ¡Qué hermoso estaba delante de su copa, con los labios húmedos y temblorosos, levantando la botella, que temblaba en su mano, y destilando gota á gota el veneno verde, cuyos efectos seguía el público sobre sus facciones lívidas y embrutecidas!

Véase en ellas primero una bocanada de calor, una convulsión de la vida en aquel esqueleto secado por el alcohol; un poco de sangre acudía á sus mejillas;

un relámpago brillaba en sus ojos; pero en seguida la mirada volvía á ser vidriosa, y el labio superior aparecía nuevamente caído.

Mímico maravilloso, conocía á fondo la maquinaria, los hilos ocultos de la pobre marioneta humana, y los manejaba con una destreza y una precisión admirables. Cuando lloraba, lloraba todo en él; las manos y los hombros. Recordad la manera cómo, en *El sombrero de un relojero*, desataba aquellas piernas que se precipitaban, se multiplicaban como si hubiese tenido diez, veinte, treinta pares de piernas: una verdadera visión de giróscopo. ¡Y qué poema en su mirada cuando despertaba en *la partida de piquet!*... ¡Ah Lesueur! ¡Lesueur!...





FÉLIX

¡Qué figura más extraña la del tal Félix! Al escribir su nombre acaba de aparecerseme, fatuo y palurdo, con el ojo redondo, la frente aplastada, cuadrada,

testaruda, siempre haciendo esfuerzos para comprender; un hombre excelente, pero de una tontería, de una vanidad, que ni un pavo.

Es preciso haber trabajado con él, ensayado una obra, para comprenderlo. En primer lugar, y en seguida que se leía el libro en el saloncillo de autores, Félix subía al despacho del director para devolverle el papel que se le acababa de repartir, porque no le convenía. Todos los de la obra le parecían buenos menos aquél.

Difícil le hubiera sido decir por qué. No: era una manía, una necesidad de hacerse rogar, de hacer que los autores fuesen al cuarto piso de la calle de Geoffroy María, en aquella casita provinciana, muy limpita, muy arregladita, que cualquiera hubiese tomado por vivienda de canónigo ó de arcipreste, á no ser por la innumerable cantidad de retratos, de medallones, de fotografías que recordaban al artista cada una de sus creaciones.

No había más remedio que sentarse, que tomar una copita de *cualquier cosa*

dulce y tratar de doblgar á fuerza de elocuencia , de cumplimientos, de piropos, aquella exasperante coquetería. En



aquella primera visita Félix no se comprometía nunca, no prometía nada. Ya vería, ya reflexionaría. Algunas veces, cuando tenía muchas ganas de hacer el

papel, decía con cierto aire displicente: «Déjeme usted la obra... La volveré á leer.»

¡Y sabe Dios lo que el pobre hombre aquél sacaría en claro!

Pasaban ocho días, quince, y el manuscrito continuaba en su poder, sin que él hablase una palabra del asunto; en el teatro se cuchicheaba: «Trabajaré, no trabajaré.»

Hasta que, cansado de esperar, de verlo todo sometido al capricho de uno solo, se disponía el autor á enviar al diablo el gran actor; entonces se presentaba él en los ensayos, dispuesto, sonriente, sabiéndose de memoria el papel y llenando la escena con sólo presentarse en las tablas.

Pero no por eso habían concluído sus caprichos, y hasta el día del estreno había que sufrir mil sorpresas y sacudimientos. Aquel día, es verdad, el talento incomparable de aquel artista singular, que se transfiguraba á la luz de las candilejas; sus efectos inconscientes, pero siempre seguros, siempre comprendidos; su influencia irresistible so-

bre el público, lo indemnizaban á uno
plenamente de tantas molestias y dis-
gustos.





LA SEÑORA ARNOULD-PLESSY

¿La habéis visto haciendo *Enriqueta Maréchal*? ¿La recordáis delante de aquel espejo, lanzando una larga mirada de desesperación á aquel confidente mudo é implacable, y diciendo con entonación desgarradora: «¡Oh! ¡Ahora sí que tengo edad?»

Los que se lo oyeron decir no la podrán olvidar jamás. ¡Era tan profundo, tan humano! ¡Sólo en esa media docena de palabras, acentuadas lentamente, cayendo una detrás de otra como las notas de un toque de agonía, encerraba tantas cosas aquella actriz! El pesar de la juventud perdida, la desesperada angustia de la mujer que comprende que se acaba su reinado si de buen grado no abdica, porque la vejez vendrá, y con un garrrapato suyo en la cara le firmará su destronamiento. ¡Qué minuto más terrible es éste, hasta para la más fuerte y la más honrada! Equivale eso á un súbito destierro, á un cambio de clima, y la sorpresa que ha de producir una atmósfera helada á quien estaba acostumbrado á ese aire embalsamado y suave, lleno de murmullos halagadores y de apasionadas adulaciones que rodea la belleza de la mujer en los albores de la edad.

Para la actriz la catástrofe es todavía más cruel. En ella la coquetería aumenta y se exaspera por el deseo de gloria. Por eso la mayor parte de las actrices no quieren dejar de ser hermosas nun-

ca; no tienen el valor de ponerse delante de un espejo y decirse: «¡Ya soy vieja!» Esas son verdaderamente dignas de compasión. Por más que luchan, por más que se agarran desesperadamente á los ajados restos de su corona caída, ven que el público se aleja de ellas, que la admiración es reemplazada por la indulgencia, después por la compasión, y, lo que es más terrible aún, por la indiferencia.

Gracias á su talento, gracias á su altivez, la grande y animosa Arnould-Plessy no ha esperado á ese momento desolador. Contando todavía con algunos años, ha preferido desaparecer en el pleno período de su gloria, como uno de esos hermosos soles de Octubre que se hunden en el horizonte bruscamente, mejor que arrastrar su agonía luminosa en un vago y lento crepúsculo. Su reputación habrá ganado con ello; pero nosotros habremos perdido los buenos ratos que aún nos podía haber proporcionado en el teatro. Con ella se fué Marivaux y el encanto de su arte maravilloso, de aquella frase tornasolada como las mariposas, que tienen

la caprichosa amplitud de su abanico abriendo sus varillas á la luz.

Todas sus bellas heroínas, que se llaman como las princesas de Shakespeare y que tienen algo de su etérea elegancia, han pasado á la historia; se las evoca y no aparecen. Se han acabado también sus preciosas galas de ingenio y de dicción, sus parlamentos algo amanerados, un tanto alambicados, pero tan franceses cual los escribió Musset; encantadoras niñerías que apoyan en una mesita de costura el codo adornado de encajes y todos los sonrientes caprichos de la ociosidad amorosa.

Todo eso ha muerto; ya no hay quien sepa charlar y hacerse hacer el amor en el teatro. Todo eso es una tradición perdida desde que la Arnould-Plessy se ha retirado de la escena.

Y luego, al lado de la artista estudiosa y metódica, de la fiel intérprete de las tradiciones del arte francés, había en aquella excelente actriz un talento natural y observador, ya cuando se dedicaba á las grandes creaciones trágicas, como la *Agripina*, que representaba de

una manera tan vigorosa, más bien según Suetonio que según Racine, ya cuando creaba, en plena vida moderna, en pleno arte realista, la *Nany* del drama de Meilhac, lugareña ignorante y madre apasionada.

Recuerdo, sobre todo, una escena en la cual, para expresar los mil sentimientos confusos que unos con otros chocaban en su alma ambiciosa y celosa, *Nany*, inculta, torpe, que buscaba las palabras, tenía un acceso de rabia contra sí misma y arañaba y hería á golpes su propio pecho: «¡Ah, lugareña, lugareña!»...



La actriz, al hacer esa exclamación, conmovía á todo el teatro. Observad que gritos semejantes, movimientos de tanta realidad como ése, no los dan ni la tradición ni la buena escuela, sino el estudio prolongado, la observación y el sentimiento de la vida.

¿No es un triunfo hermosísimo, no es

prueba de un admirable poder de creación que un drama que fracasó como *Nany*, puesto en escena apenas ocho ó diez veces, quede para siempre fijo en el ánimo y en los ojos de los que lo vieron, porque la Arnould-Plessy interpretase el papel de protagonista de la obra?





ADOLFO DUPUIS

Adolfo Dupuis es hijo de Rosa Dupuis, socia de la Comedia Francesa, retirada de la escena desde 1835, la cual ha muerto hace pocos años. A pesar de su talento, muy real, y de éxitos noblemente conquistados al lado de la señorita Mars, aquella mujer excelente tenía horror á su antiguo oficio; y cuando al salir del colegio de Chaptal, donde había estudiado, con muy mediano aprovechamien-

to, en los mismos bancos que Alejandro Dumas, hijo, Alfonso Dupuis habló de ser actor, su pobre madre se opuso con todas las energías de su cariño. Pero sabido es lo que vale el *jamás* de una mujer que quiere, y aquélla quería apasionadamente á su hijo.

En el Conservatorio no fué mejor discípulo que lo había sido en el colegio; no ciertamente porque le faltase inteligencia—al contrario, tenía demasiada,—pero era de esa que la escuela no admite; inteligencia aguzada, personal, que razona y quiere saber el por qué de que se le mande media vuelta á la derecha cuando se debe ir hacia la izquierda.

En plena clase el discípulo discutía las ideas de su profesor, Samson; se sublevaba contra aquella manera de prepararse, de ensayarse para el concurso con el profesor, en vez de dejar un poco de iniciativa al alumno; Dupuis pedía para el examen que le hicieran recitar un trozo abriendo un libro por cualquier parte, y no que le hicieran decir algo preparado, estudiado y repasado con diez meses de anticipación, y pedía además, como

plan general de estudio, más ancho campo á la naturaleza, con detrimento de la tradición.

Ya comprenderéis de qué modo irritarían al viejo Samson esas teorías subversivas; á pesar de todo, sentía simpatías hacia el hijo de su antigua compañera, hacia aquel joven revoltoso, de carácter tranquilo y de sonrisa bonachona, y lo hizo entrar en la Comedia Francesa como aficionado de quinto ó sexto orden. Dupuis no estuvo allí mucho tiempo. Un día Fechter, que estaba en la casa con el mismo empleo, y que tampoco trabajaba, le dijo al oído, en un rincón del saloncillo de actores:

—¿Por qué no nos marchamos? Aquí se muere uno.

—Vámonos, contestó Dupuis.

Y nuestros dos jóvenes actores se marcharon á Londres, á Berlín, y anduvieron cantando «yo soy Lindoro» por Europa, mal pagados, peor comprendidos, poco aplaudidos; pero trabajando, haciendo papeles, que es el afán de los principiantes.

Dos años después, en 1850, encontra-

mos de nuevo á nuestro actor en el teatro del Gimnasio, en manos de Montigny, el cual fué el primero que comprendió lo que se podía sacar de aquel muchacho, buen mozo, un tanto calmoso, un poco flojo, y lo aligeró, lo despabiló por medio de un trabajo encarnizado, obligándole á hacer creaciones múltiples y diversas; le hizo vestirse de viejo, de obrero, de racionista, de joven noble; puso en relieve todas sus facultades de observación, de delicadeza, de sensibilidad, de bonachonería, y ese admirable acento de naturalidad que nadie posee en tan alto grado como él.

Después de diez años, al día siguiente del grandísimo éxito del *Demi-Monde*, en el cual había tomado parte muy principal, Dupuis se dejó tentar por el ofrecimiento de una contrata para Rusia; allí estuvo mucho tiempo, demasiado tiempo, y cuando volvió entre nosotros, después de diecisiete años de ausencia, le costó bastante trabajo reconquistar al público.

Es la historia en todos los que vuelven del teatro Miguel. Hay que suponer que

el diapasón no es el mismo en San Petersburgo que en París; sin duda allí se debe de hablar más bajo, representar más discretamente, entenderse á medias palabras y no subrayar nada, como quien trabaja en un salón entre gente que se entiende y que no es difícil de contentar. Con esa escuela, los defectos y las buenas cualidades se difuminan, se atenúan. Reconocemos en ellas á nuestros actores, pero los vemos como si el escenario no estuviera bien iluminado, ó como si los viéramos á través de un velo.

La noche del *Nabab*, por ejemplo, los antiguos parisienses volvieron á encontrar á su Dupuis con todas sus facultades de otro tiempo, y hasta con algunas más, cierta amplitud en la acción, cierto calor de marsellés en la sangre, de todo lo cual no les parecía capaz aquel pobre bonachón y tranquilo.

Al día siguiente de aquella función, sólo de su voluntad dependió el entrar en la Comedia Francesa por la puerta de honor abierta de par en par, y no por la puertecilla de sus comienzos; pero el antiguo discípulo de Samson sigue con

sus gustos de independencia y su carácter de cuando era un muchacho; y como la dirección del teatro de la calle de Richelieu no creyó que debía plegarse á sus exigencias, el teatro del Vaudeville ha tenido la suerte de conservar á su primer actor.





LAFONTAINE

Enrique Thomas, llamado Lafontaine, nació en Burdeos en los primeros días de la hégira romántica. En el Mediodía de Francia, Burdeos tiene un sitio aparte. Anclado á la orilla del Atlántico, su bauprés mira hacia las Indias; es el Mediodía criollo, el Mediodía de las islas, exasperado, que á la riqueza de imaginación, á la vivacidad de palabra y de impresión de los pueblos del otro lado del Loira, une un afán inmoderado de aventuras, de expediciones, de escapadas. Ese Bur-

deos representa un gran papel en la existencia y en el género de nuestro actor. «¡Lo haremos cura!» decía su madre, una verdadera mamá de aquella tierra, católica hasta el delirio; pero apenas le metieron en el Seminario, el bordelés saltó las tapias del jardín, trocó la sota-na por una blusa de obrero, y á campo traviesa emprendió el viaje por esos mundos, haciendo zig-zás y siguiendo su capricho, hasta que un gendarme con sombrero de tres picos y correaje amarillo le pidió sus papeles. Vuelto á su casa, de pareja en pareja de gendarmes, quisieron que entrase nuevamente en el Seminario. «Lo que es eso, jamás.»— «Pues, entonces, bribón, ¡embárcate para Ultramar!» y ahí tenéis lo que son los padres en aquella tierra. Se enfadaron, y dijeron: «¿No quieres ser cura?... pues te meteremos á grumete.»

Tres meses de galletas y carne salada, entre mojaduras y el viento del mar, curaron al joven fugitivo de sus aficiones á viajar, aunque no despertaron en él aficiones para la carrera de la Iglesia. A su regreso de la isla de Borbón trató de po-

nerse á veinte oficios: fué ebanista, cerrajero, revendedor de una infinidad de cosas; durmió en la calle; se alimentó con carne podrida, y anduvo por esos mundos sin más ley que sus caprichos juveniles y su instinto bordelés, sin objetivo, pero con los ojos muy abiertos y ya con una buena memoria de artista. Hélo en París, corredor de libros, correteando las calles, subiendo á los pisos de las casas, comerciante en literatura y ciencias, con la cabeza llena de títulos y prospectos, haciendo la propaganda de libros que no había tenido tiempo de leer, pero que, así y todo, le dejaban algún fósforo en la punta de los dedos; tenaz, insinuante, elocuente, irresistible; un corredor como no había tenido jamás la casa editorial de Lachâtre. Luego, una noche entra en el teatro de la Porte Saint-Martin, ve trabajar á Frederick y siente ese latido del corazón que no conocen más que los enamorados y los artistas. Deja los libros y las revistas y va á llamar á la puerta de Sevestre, el viejo Sevestre, gobernador general de los teatros de las afueras. «¿Qué sabes hacer?... ¿Has tra-

bajado ya?—No, señor; pero déme usted papeles, y ya verá usted.» En aquella hermosa presunción bordelesa, en la vivacidad de aquellos ojos, en aquel gesticular expresivo, en aquella voz fuerte y metálica, Sevestre adivinó en seguida un temperamento para el teatro. Ese temperamento es común en la gente del Mediodía; es el carácter abierto, gesticulante, que todo lo echa fuera, lo expresa todo, piensa en alta voz y va siempre más allá con la palabra que con el pensamiento. El hombre de Tarascon y el hombre de la Porte Saint-Martin se parecen.

En aquel teatrillo de la calle de la Alegría, donde más tarde *debutó* Mounet-Sully, hizo Lafontaine su aprendizaje; trabajó en Sceaux, en Grenelle; rodó en el ómnibus de los teatros de las afueras con un folleto en la mano y declamando las obras de Bouchardy por los caminos. Triunfó. El ruido de sus éxitos pasó los puentes de la ciudad, llegó hasta el boulevard, y algún tiempo después Enrique Lafontaine entraba en el teatro de la Porte Saint-Martin para trabajar en

Kean, al lado de Frederick, quien le tomó cariño desde el primer momento y lo hizo estudiar. «Ven conmigo, muchacho,» decía el maestro al salir del teatro. Y llevaba á su casa del boulevard del Temple al discípulo extenuado por cinco horas de trabajo en las tablas, con los ojos cargados de sueño y las mejillas quemadas por el gas y por el colorete; pero no se trataba de dormir. La cena estaba dispuesta, y todas las luces del salón encendidas. Se bebía, se comía de prisa y corriendo; luego el maestro daba un asunto escénico, hacía que se pusiera en una situación dramática, y arrellanándose en su butaca, con una botella de vino al alcance de la mano, decía: «¡Vamos; á trabajar!»

El bueno de Lafontaine me ha relatado muchas veces la historia de uno de sus escenarios improvisados. «Mira, decía Frederick, arrellanándose en la butaca; supongamos que eres un empleadillo, casado desde hace tres años... Hoy son los días de tu mujer, á quien adoras... En ausencia suya le has preparado un ramo de flores, una sorpresa, una cena

como ésta...; y de repente, al ir á poner la mesa, encuentras una carta que te prueba que te engañaba indignamente... Procura hacerme llorar con esto... Anda.»

Lafontaine empezaba á trabajar, ponía la mesa á conciencia, sin trampa—porque Frederick no andaba con bromas en materia de accesorios—coloca el ramo de flores en el centro de la mesa sonriendo, con los ojos arrasados en lágrimas; luego, temblando de impaciencia y de alegría, abre el cajón donde estaba guardada la sorpresa, encuentra una carta, la lee maquinalmente y da un grito terrible, en el cual procura poner toda la desesperación de su muerta felicidad. Aquí para *inter nos*, estaba yo bastante satisfecho con mi grito, me decía el bueno de Lafontaine, regocijándose al recuerdo de su desgraciada aventura; me parecía bien dicho, conmovedor, sincero; casi me había hecho llorar yo mismo al lanzarlo. Pues bien. En lugar de las felicitaciones que esperaba, me encuentro con un formidable puntapié en la rabadilla. No me emocioné mucho, porque estaba acostumbrado á tales modales de

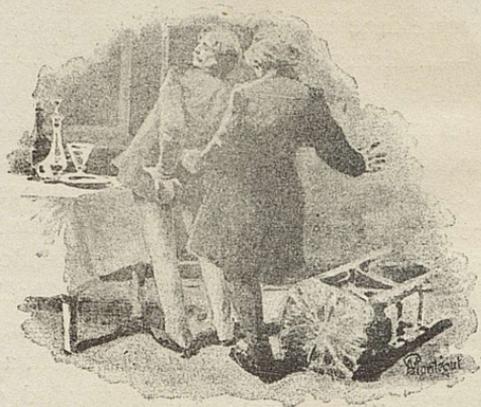
mi maestro; pero lo que sí me emocionó fué su crítica...—¡Cómo, animal, amas á tu mujer más que á nadie y á nada del mundo, crees en ella ciegamente, ciegamente, y en cuanto lees la carta lo ves todo, lo comprendes todo, crees todo lo que dice ese papel!... ¿Es eso posible?

—...Mira, siéntate ahí y mira cómo beberé todo el veneno.

Y en seguida se pone á hacer la escena, abre el cajón... «¡Toma! ¿Una carta?» Le da vueltas y más vueltas, la recorre con la vista sin comprenderla, la vuelve á echar en el cajón y sigue poniendo la mesa. «¡Es raro eso de la carta!» Vuelve á cogerla, la lee más despacio, y encojiéndose de hombros, la tira encima de la mesa... «Vamos, eso no es verdad, eso es imposible... Ella me lo explicará todo cuando venga...»

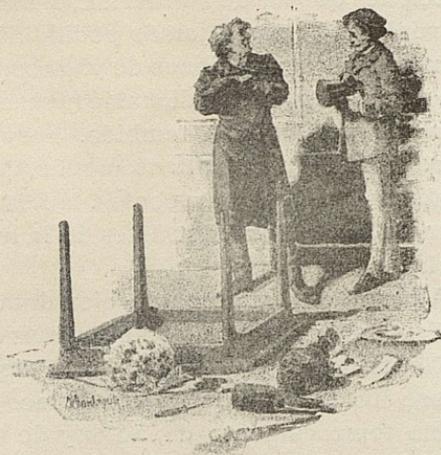
¡Pero cómo temblaban sus manos al acabar de poner la mesa! Y siempre la mirada fija en la carta... Al fin no pudo contenerse; tenía que leerla bien. Esta vez comprendió; un gemido se le sube á la garganta, y lo ahoga; se deja caer sobre una silla, sollozando. Parece que era un

espectáculo ver las facciones del gran actor descomponerse un poco más cada vez que volvía á leer la carta. Podía ir viéndose los efectos del veneno á medida que sus ojos lo sorbían... Luego, al



verse dominado por su propia emoción, Frederick no se detenía, sino que seguía representando. Un sobresalto de todo su cuerpo, una mirada terrible á la puerta. Su mujer acababa de entrar. Dejaba que se acercase sin moverse él, y de pronto se erguía, aterrador, con la carta en la mano: «¡Lee!» Luego, antes de que ella

respondiese, adivinando, por el espanto que veía en la cara de su mujer, que todo aquello era verdad, que la carta no mentía, daba dos ó tres vueltas en redondo como una fiera, buscaba un grito, no lo



encontraba, y enamorado á pesar de todo, á pesar de su rabia para satisfacer en algo que no fuera su mujer la furiosa necesidad de asesinar que sentían sus manos, cogía la mesa, y de un puñetazo la hacía rodar hasta el otro extremo del

salón, con la lámpara, la vajilla y todo lo que tenía encima...

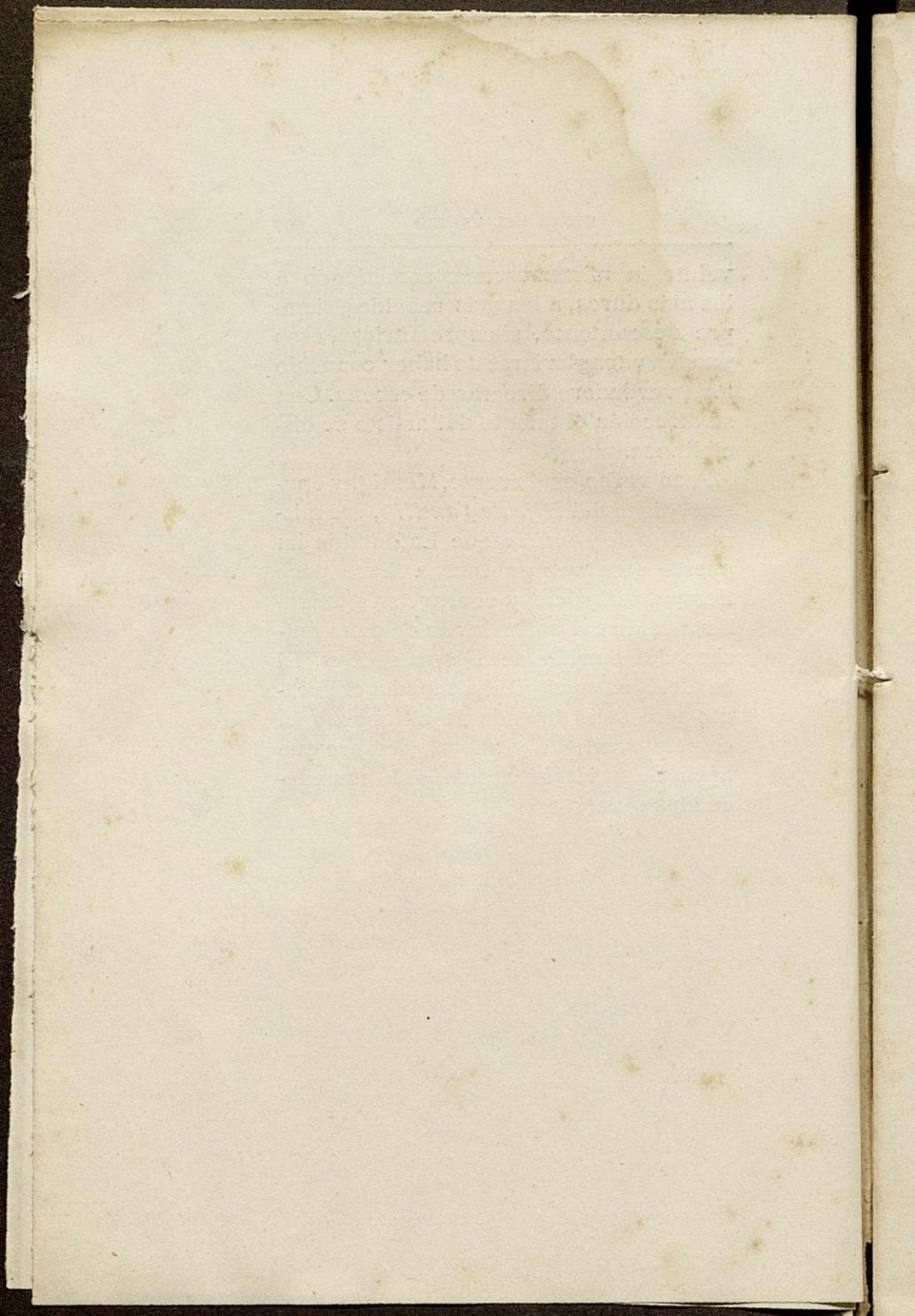
Aquel puntapié fué para Lafontaine su consagración como actor; una especie de confirmación como artista. Esto no obstante, si no hubiese tenido más lecciones que las de Frederick, el artista bordelés no habría jamás podido dominar sus fogosas aficiones de vagabundo. Su naturaleza de meridional le favorecía, pero le perjudicaba también. Servíale para improvisar brillantemente, pero también le daba los arrebatos, la falta de medida, todos los contrastes de la luz y de la sombra.

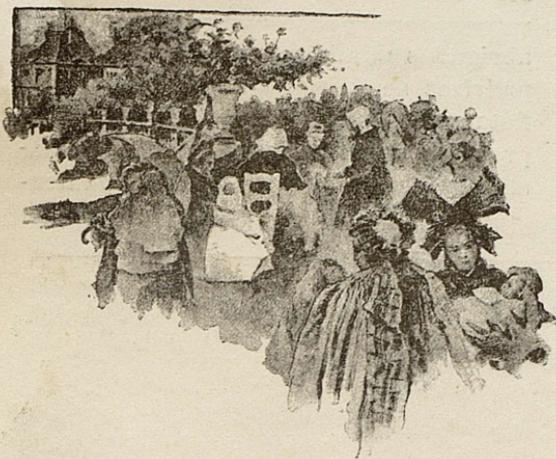
A pesar de hallarse tan bien dotado, podría haber fracasado y no ser más que un sublime desheredado, como aquel pobre Rouvière, á quien volvía loco su doble temperamento de actor y de meridional. Afortunadamente, Lafontaine entró en el teatro del Gimnasio, y allí tuvo un maestro incomparable.

Los que han visto al viejo Montigny en su sillón al pie del escenario, malhumorado, con las cejas contraídas, haciendo volver á empezar diez veces,

veinte, la misma escena; sometiendo á los más duros, á los más rebeldes, siempre descontento, siempre furioso, esos pueden vanagloriarse de haber conocido á un verdadero director de escena. Con su dirección el talento del artista se disciplinaba.

A su verbo exuberante, Montigny opuso el dique del *Hijo de familia*, ese mismo *Hijo de familia* que Lafontaine ha puesto otra vez en escena hace poco tiempo, y abrochó y contuvo su gesticular meridional en la levita de paño finísimo del marido de *Diana de Lys*. El bordelés se encabritaba, mordía el bocado; pero salió domado de allí, hecho un completo artista, y ahora, siempre que habla de su viejo maestro, se le humedecen los ojos.





NOTAS SOBRE PARÍS

LAS NODRIZAS

No hay nada tan bonito como el paseo de una á dos de la tarde de chiquillos de pecho y de nodrizas en el Luxemburgo, en las Tullerías, durante esos primeros días de buen sol y esos primeros estremecimientos de la Naturaleza al empezar la primavera. En esos rinconcitos

abrigados donde se dan cita todas las nodrizas, se pasean por grupos llenas de flotantes cintas ó se alínean en sillas, protegiendo al *bebé* con el amplio quitasol con forro color de rosa ó azul; y mien-



tras el chiquillo, dormido bajo el velo transparente y el elegante encaje de su gorrita, aspira con todo su monísimo ser la savia de la primavera, la nodriza, radiante, descansada, con los labios agitados perpetuamente por una sonrisa, pasea en derredor una mirada triunfante,

levanta la cabeza, ríe y charla con sus compañeras.



Hay allí una cincuenta de nodrizas, todas con el traje de su país; pero el traje elegantizado, transformado, y dando á la solemnidad del regio jardín cierta extraña poesía de ópera cómica. Tocados variados y magníficos; las bri-

llantes telas chillonas de las gasconas y de las mulatas; las cofias conventuales de las bretonas; la enorme y ligera toca de las alsacianas; el aristocrático *hennin* de las hijas de Arlés y las altísimas cofias del país de Caux, afiladas como agujas de catedralesgóticas, y escondidas en los crespos rodetes de pelo; las grandes agujetas de oro de las bearnesas...

El aire es suave; los parterres están embalsamados; un olor á resina y miel cae de los botones de los castaños. Allá abajo, junto al estanque, la música militar ataca un vals. La nodriza se agita, el niño chilla, y entretanto los soldados que pasan por allí se ponen colorados como el pompón de su morrión ante aquel montón de paisanas suyas, á las cuales encuentran considerablemente embellecidas.

Esa es la nodriza de paseo, vestida y metamorfoseada por la vanidad de los padres y por seis meses de residencia en París. Pero para ver la verdadera ama de cría, para conocerla bien, es preciso sorprenderla cuando llega de su pueblo, en uno de esos extraños establecimien-

tos que se llaman agencias de colocaciones, y donde se hace el comercio de madres en beneficio de los chiquillos parisienses necesitados de una leche cualquiera. Está eso allá por el Jardín de Plantas, al final de una de esas tranquilas calles que han quedado todavía en pleno París, como si fuesen las calles de una ciudad de provincias, en las cuales hay instalados colegios, fondas, casitas con jardín que se hallan pobladas de sabios viejos, de pequeños rentistas y de gallinas; en la fachada de una casa antigua, con un porche grande, se ve en una muestra un letrero con esta sola palabra: *Nodrizas*.

Delante de la puerta pasean en grupo unas cuantas mujeres aburridas y harapientas, con niños en brazos. Se entra: un pupitre, una ventanilla con enrejado, el lomo de cobre de un libro enorme, gente que espera sentada en los bancos; la eterna oficina, siempre la misma, igualmente correcta y fría, lo mismo en los mercados que en el depósito de cadáveres, lo mismo cuando se trata de vender frutas como de registrar muertos. Aquí

se trafica en carne viva. Si os toman por personas *decentes*, os ahorrarán el rato de espera en el banco, y ya estáis en el salón.

Papel de florecitas en las paredes, las baldosas coloradas y enceradas como en el locutorio de un convento, y á un lado y otro de la chimenea, encima de unos fanales que encierran flores contrahechas, los retratos al óleo y con marco dorado del señor director y de la señora directora.

El señor parece alguien: cabeza de agente de negocios retirado ó de pedí-curo enriquecido; su señora, bien metida en carnes, sonrío con sus tres barbillas en la oscuridad de un oficio fácil y descansado, con no sé qué expresión de dureza que da siempre el manejar un rebaño humano. Algunas veces es una partera ambiciosa; otras es una antigua nodriza dotada de aptitud para los negocios.

Un día, hace mucho tiempo, llegó á una casa parecida á ésta, tal vez á la misma, á vender, pobre campesina, un año de su juventud y de su leche. Pasea por

delante de la puerta como todas las demás, hambrienta, con su hijo en brazos;



como las demás, ha estropeado la estameña de sus sayas á fuerza de rozarla contra el banco de piedra.

Ahora han cambiado los tiempos: es rica, es célebre. La gente de su pueblo que la vió salir de allí vestida de harapos, no habla de ella sino con el mayor respeto. Allí es una autoridad, casi una providencia.

Ha habido mala cosecha, y el propietario aprieta. Aquella noche, al amor de la lumbre, el hombre dice calentándose las callosas manos:

—Eufrasia, oye, hay que ver lo que se hace. Tienes buena leche, y el dinero va siendo caro; ¿por qué no te vas á París y te pones á criar? Nadie se muere por eso, y la directora de la Agencia, que es paisana nuestra, te buscaría una buena casa en seguida.

Y se va, y detrás de ella, otra. Poco á poco se adquiere la costumbre, porque el afán del lucro continúa la obra comenzada por la miseria. Ahora, cada vez que nace un niño, su madre sabe lo que ha de hacer. El chiquillo se quedará en el pueblo á que le dé de mamar la cabra; y la leche de la madre, bien vendida, servirá para comprar un terruño ó para completar un prado.

Toda celebridad de este género; toda directora de agencia de colocaciones,



explota, explota particularmente el pueblo de su naturaleza. Una monopoliza la Auvernia, otra la Saboya, ésta las lan-

das bretonas, aquélla las costas del Morvan. ¡Cosa notable! El mercado de amas de cría en París sigue las fluctuaciones de la vida rústica. Los años de buenas cosechas escasean las nodrizas; éstas afluyen á París con los malos tiempos; pero sea bueno ó mal año, son casi imposibles de encontrar durante la recolección, en época de vendimia y en los meses en que hay mucha labor en el campo.

Ahora las oficinas de colocación parecen bien provistas. Sin contar las nodrizas que hemos visto al entrar arrastrando sus zuecos, delante de las puertas hay veinte ó treinta debajo de las ventanas, en un jardinillo transformado en patio, de aspecto lúgubre, con sus arbustos descuidados y una porción de camisitas de niños, secándose, colgadas de una cuerda atada, á una higuera enferma y á un tilo muerto.

Todo alrededor, una serie de cuartuchos bajos, la desnudez de los cuales recordaba al mismo tiempo las rancherías de los negros esclavos y los camastros de los presidiarios. Allí duermen las no-

drizas con sus hijos hasta tanto que encuentran colocación.

Allí acampan en jergones colocados en catres, en un acre relente de suciedad rústica, en medio del perpetuo berrrear de los chiquillos amontonados, que se despiertan todos en cuanto uno de ellos llora, y empiezan á chillar á coro, con la boquita abierta en demanda del pecho. Por eso prefieren el aire libre del jardincillo, por donde andan de un lado á otro durante todo el día, con aspecto aburridas ó de locas, sin sentarse más que para coser un poco, para poner un remiendo más á alguna saya ya cien veces remendada, harapo de color especial, color de tierra ó gris, ó bien de esos colorines amarillos desteñidos, azules apagados, que la moda de París toma por refinamiento á la miseria campesina.

Pero ya entra la señora en el salón con el traje de su oficio, coqueta y seria al mismo tiempo; una multitud de lazos flamantes sobre un cuerpo negro, con mirada severa y suave manera de hablar.

—¿Desea usted una nodriza?... ¿De se-

senta francos al mes?... Está bien... Tenemos un completo surtido de ese precio...

Da una orden; la puerta se abre; las nodrizas llegan por grupos de ocho ó diez; se alinean, sumisas, con su hijo en brazos, haciendo ruido con los clavos de los zapatos y con torpes movimientos de las reses de un rebaño... ¿No convienen éstas? Pronto, otras diez... Y siempre son los mismos ojos bajos, las mismas timideces miserables, las mismas mejillas secas y ajadas, color de corteza y color de tierra. La señora las presenta y alaba la mercancía.

— ...Sana como una manzana... muy lechera... mire usted el niño.

Y el angelote, con efecto, es siempre muy hermoso. En el establecimiento hay siempre dos ó tres para figurar en lugar de los que estuvieran enfermos.

—¿De cuánto tiempo es la leche de usted, ama?

—De tres meses, señor.

La leche es siempre de tres meses. Vedlo, si no; del corpiño entreabierto sale un abundante chorro blanco, rico

de savia campesina. Pero no os fiéis; aquél es el pecho de reserva, del cual no mama nunca el chiquillo. Sería preciso ver el otro pecho, el que se esconde avergonzado y escuálido. Sin contar con que con unos cuantos días de reposo absoluto, se almacena siempre alguna cantidad de leche.

Y la señora enseña, la señora destapa, con la autoridad de la posesión y la impudencia de la costumbre, á esas pobres criaturas asustadas.

Al fin se escoge y se toma la nodriza; es preciso ajustarle la cuenta. La directora pasa al otro lado de la ventanilla y hace la cuenta. Cuenta que asusta. Primero el tanto por ciento de la casa, luego lo que debe la nodriza por manutención y cuarto. ¿Qué más? Los gastos de viaje. ¿Está concluído? No; falta la mujer que se ha de llevar al pueblo al hijo verdadero.

¡Triste viaje ese! Se espera á que haya que llevarse cinco ó seis chiquillos, y la encargada de llevarlos los mete en una banasta y los ata con la cabeza fuera como si fuesen gallinas. Más de uno se

muere con aquel zarandeo por heladas salas de espera, sobre las durísimas banquetas de los coches de tercera clase, con la leche del biberón y un poco de agua azucarada en un trapo, por todo alimento.

Y empiezan los encargos y las recomendaciones para la tía y para la abuela. El niño, brutalmente arrancado del pecho, se agita y chilla; la madre lo abraza por última vez, y llora. Se sabe, sin embargo, que esas lágrimas no son sinceras más que á medias, y que el dinero las secará bien pronto; ese terrible dinero que tan agarrado se halla á las entrañas de la gente del campo. A pesar de todo, la escena es desgarradora y hace pensar dolorosamente en las separaciones de las familias de esclavos.

La nodriza ha cogido sus harapos y los ha liado en un pañuelo.

—¡Cómo! ¿Es ese todo su equipaje de usted?

—¡Oh, señorito de mi alma! somos tan pobres en mi pueblo!... No tenemos más que lo puesto.

Y el hecho es cierto. Ante todo es ne-

cesario vestirla y arreglarla. La cosa estaba prevista. La primera tradición de las nodrizas, como les sucede á los filibusteros cuando salen á robar, es llegar con las manos vacías, sin equipaje que



estorbe; la segunda es procurarse un baúl grande donde guardar la pacotilla. Porque por más que las cuidéis y las miméis, esa salvaje introducida así en vuestra casa. y que tanto desentona al principio ante las cosas elegantes de una

habitación parisiense, con su voz bronca, su dialecto incomprensible, su fuerte olor á cuadra y á hierba; por más que la lavéis, que la enseñéis á hablar, á ser un poco limpia y á peinarse, siempre la nodriza más curiosa y mejor desbastada se mostrará en el momento menos pensado, y por cualquier cosa, la bestia que es. Allí, bajo vuestro techo, en vuestro hogar, sigue siendo la campesina, la enemiga, transportada así desde su triste país, desde su horrible miseria á un medio de lujo. Todo lo que la rodea le da envidia; se lo quisiera llevar todo á su casa, á su agujero, donde viven los hombres y los animales reunidos.

Después de todo, no ha hecho el viaje para otra cosa. Su idea fija es la pacotilla. La pacotilla, palabra sorprendente, que en el vocabulario de las nodrizas toma elasticidades de garganta de serpiente boa.

Su pacotilla la forman los regalos y el salario; lo que se les da, lo que se recoge y se roba, las cosas y el dinero que se piensa en enseñar al regreso ante las miradas envidiosas de los vecinos. Para

engordar y para hinchar esa santa paco-
tilla, son puestos á contribución vuestro
buen corazón y vuestra bolsa. Y no te-
néis que habéros las sólo con el ama, sino
con el marido, con la madre, con la tía,
que son sus cómplices, y allá en el fondo
de una ignorada aldea, de la cual no co-
nocéis ni siquiera el nombre, toda una
familia, toda una tribu, urden planes as-
tutos, como los de los Pielas Rojas, con-
tra vosotros. Todas las semanas llega
una carta, de letra ordinaria y basta,
cerrada con un dado, á guisa de sello,
sobre un poco de pan moreno mascado.

Al principio aquellas cartas cómicas y
cándidas os enternecen, con su compli-
cada ortografía, las galas del estilo, las
frases torcidas y retorcidas como la go-
rra de un tío del campo que quiere no
aparecer con aire tímido, y con aquellos
sobres que imaginaba Durandeu en sus
fantasías militares:

*A la señora, señora Eufra-
sia Darnet, nodriza en casa
del Sr. *** calle de los Vosgos, 18.
3.º distrito, París, Sena, Francia,
Europa, etc.*

Paciencia. Esos floreos de campesina sencillez no os enternecerán durante mucho tiempo. Todos van contra vuestro bolsillo, todos respiran el mismo perfume de mezquindad rural y de idílica estafa. *Es para decirtelo, mi querida y digna compañera; pero no hables de ello á nuestros respetados amos y bienhechores, porque tal vez quisieran darte más dinero, y no está bien que abuses tanto...* Y en seguida la noticia circunstanciada de una terrible tempestad que acaba de devastar toda la comarca. La cosecha perdida, los trigos destrozados, los prados perdidos. Cuando llueve, entra el agua en la casa como en mitad del campo, porque las granizadas han agujereado los techos; y el cerdo, un animal tan hermoso que debía de haberse matado por Pascua, se murió de espanto al oír los truenos.

Otras veces es la vaca la que se ha muerto, el mayor de los chiquillos que se ha roto un brazo, las gallinas atacadas de pepita.

Bajo aquel techo, en la misma tierra, hay un inverosímil amontonamiento de

catástrofes parecidas á las plagas de Egipto. Todo eso es grosero, estúpido, tan burdo, que la mentira salta á la vista. Pero no importa; es necesario hacer como que se creen esas invenciones, pa-



gar otra vez y si no, ¡cuidado con el ama! No se quejará, no pedirá nada ¡oh! no por cierto; pero gemirá, lloriqueará por los rincones, cuidando de que se la vea. Y cuando el ama llora, el niño llora, porque los disgustos *revuelven la san-*

gre, y la sangre revuelta agría la leche. Pronto una libranza, y que el ama ría.

Estos grandes golpes semanales no impiden que la nodriza trabaje diariamente en provecho de su pacotilla personal. Camisitas para su chiquillo, pobre desheredado, sólo allí en el pueblo, mandando de la cabra; una falda para ella, un chaquetón para su hombre y el permiso para recoger lo que no sirve, las cosillas que han de ir á la basura. Ese permiso no siempre se pide, porque el ama ha traído de su pueblo ideas muy singulares sobre la propiedad de los buenos parisienses. La misma mujer que en su casa no se atrevería á coger una manzana del huerto de una vecina, saqueará toda vuestra casa tranquilamente y sin escrúpulo de conciencia. Para el zuavo, despojar al árabe ó al colono no es robar; es hacer su pacotilla. ¡Diferencia enorme! De la misma manera para la nodriza robar á su amo es hacer la pacotilla.

En mi casa hace algunos años (porque puedo dar esta conferencia sobre las nodrizas porque hablo por experiencia)

desaparecieron unos cubiertos de plata. Podía sospecharse de varios criados; fué preciso registrar los baúles. Como yo ya tenía mis convicciones sobre la pacotilla, empecé por el baúl del ama. No: jamás el agujero de la úrraca ladrona, jamás hueco de árbol donde el cuervo coleccionista amontona el fruto de sus rapiñas, presentó una tan disparatada amalgama de objetos brillantes é inútiles: tapones de botella y tiradores de puerta, broches, pedazos de espejo, carretes sin hilo, clavos, retazos de seda, recortaduras, papeles de chocolate, cromos de almacenes de novedades; y allá en el fondo, debajo de toda la pacotilla, los dos cubiertos, convertidos á su vez en pacotilla.

Hasta el último momento el ama se negó á confesar; protestaba de su inocencia y declaró al fin que había cogido los cubiertos sin mala intención y para que le sirviesen de *calzadores*. Pero, sin embargo, no quiso esperar al día siguiente para marcharse. Temía que se diera parte, que se llamara á los gendármes. Era de noche y llovía, y la vimos silenciosa,

ceñuda, convertida de repente en una salvaje, desaparecer á paso de bestia bajo la bóveda de la escalera y sin querer siquiera que la ayudasen á bajar el baúl, que arrastraba ella misma, á pesar de lo que pesaba su preciosa pacotilla.

Figuráos lo que puede ser de vuestros hijos entregados á semejantes brutos... Así es que toda vigilancia es poca. Si dejarais hacer al ama lo que quisiera, jamás sacaría al niño á tomar el sol y á respirar el aire embalsamado de los jardines. Odia á París, y preferiría quedarse al amor de la lumbre, con el chiquillo en la falda, la nariz pegada á las cenizas como en su pueblo, durmiendo cuatro horas seguidas con el pesado sueño de la gente del campo.

También cuesta gran trabajo impedir que acueste al niño en su propia cama. ¿Para qué sirve la cuna? Estos señoritos tienen unas exigencias verdaderamente extrañas. ¿No sería mucho mejor tenerlo allí, al lado, y darle el pecho sin despertar ni tener frío cuando llora? Es verdad que á veces, al volverse, se le ahoga; pero esòs accidentes son raros.

Y además, que las tradiciones del campo afirman que á un niño de pecho se le puede impunemente atracar de peras agrias y de ciruelas verdes. Surge una inflamación, se acude al médico, y el niño muere.

Otras veces, por una caída, por un golpe no confesado, sobrevienen las convulsiones ó la meningitis... ¡Ah! ¡Cuánto mejor harían nuestras mujeres, siguiendo los consejos de Juan Jacobo y amamantando á sus hijos ellas mismas! Cier-to que no siempre es fácil, ni lo es para todas, en esta atmósfera de anemia que hay en las grandes ciudades y que hace que haya tantas madres sin leche.

Pero ¿qué pensar de los señores provincianos, que sin necesidad, por puro hábito de indiferencia y de pereza, mandan á sus hijos á criar, durante dos ó tres años, á casa de gentes del campo que no conocen ni de vista? La mayor parte de ellos mueren. Los que sobreviven vuelven hechos unos monstruos que sus padres desconocen, de modales rústicos, hombrecillos de voz bronca que hablan en dialecto bárbaro.

Recuerdo que un día, estando yo en provincias, en el Mediodía, unos amigos me propusieron una excursión al Puente de Gard. Se trataba de un almuerzo campestre, á la orilla del río, á la sombra de las ruinas. Precisamente el *chico* estaba criándose allí, y debíamos verlo al paso. Gran jira: invitan á varios amigos, se alquila un ómnibus y salimos fustigando los caballos, envueltos en polvareda que cegaba y quemaba.

Al cabo de una hora, en lo alto de una loma, vemos á lo lejos una mancha oscura. La mancha se agranda, se acerca. Era la nodriza, que, advertida con anticipación, nos estaba esperando. El ómnibus se detuvo, y nos dieron por la ventanilla el chiquillo, que estaba llorando.

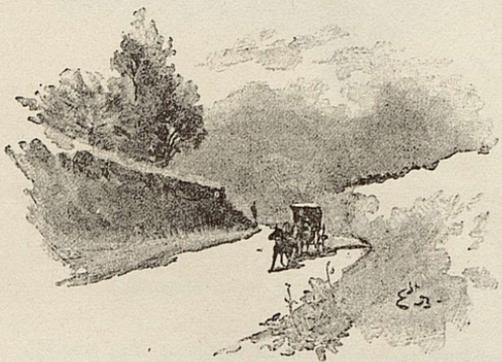
—¡Qué hermoso es!... ¡Cómo se parece á ustedes!...

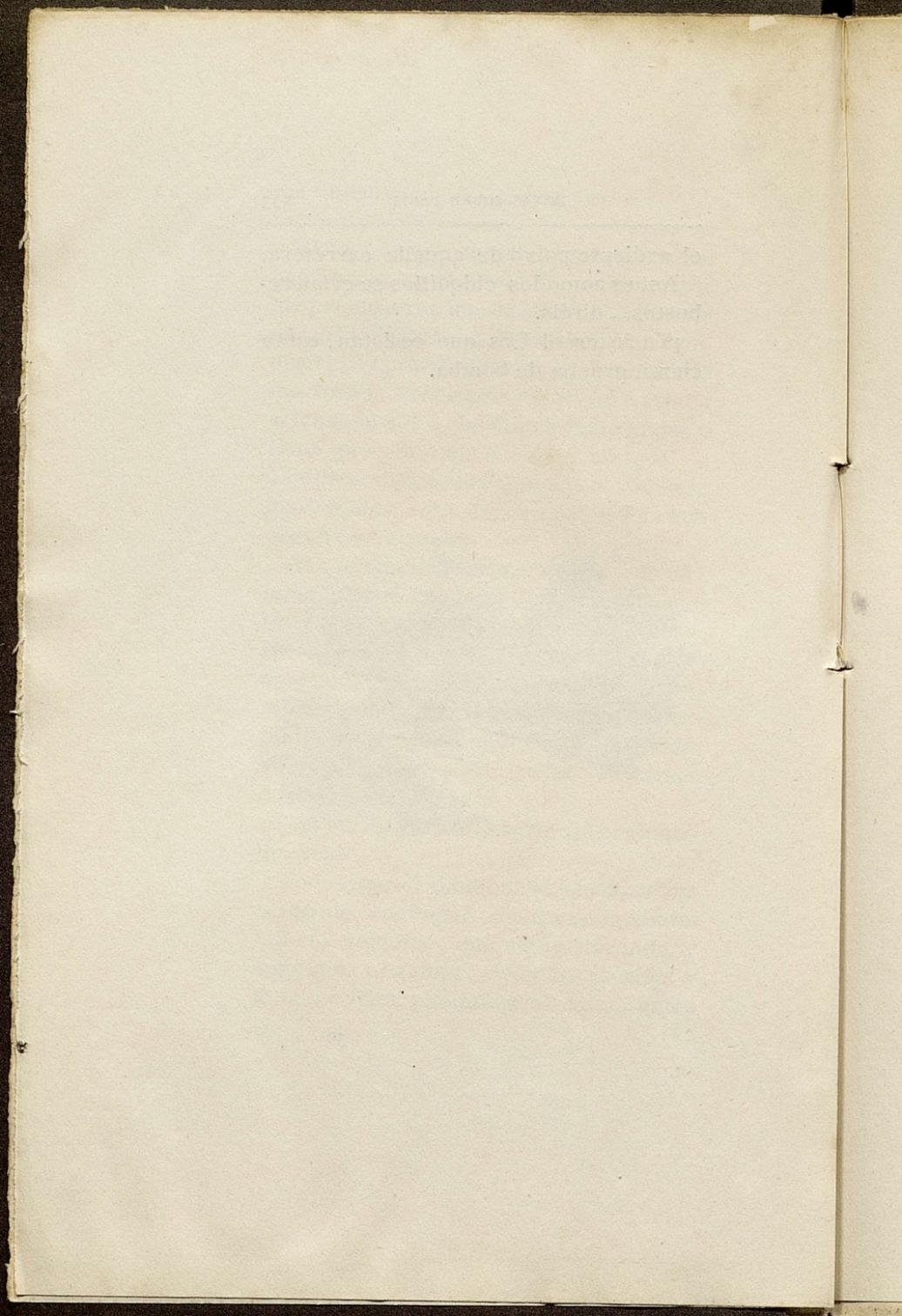
—¡Vamos; está muy hermoso el chiquillo, ama!

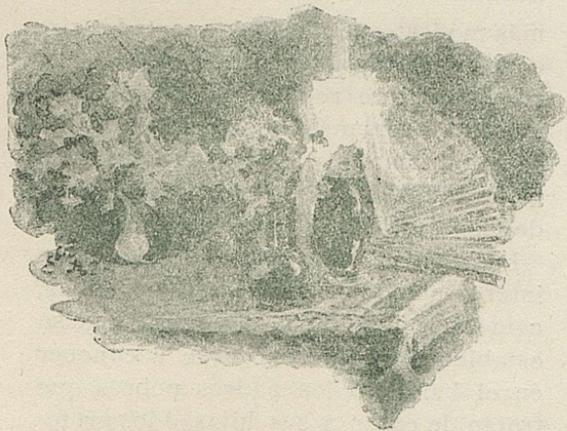
Todos los del ómnibus le besan, se enternecen, vuelven á sacar por la ventanilla al chiquillo, que sigue llorando, y seguimos al galope, dejando al niño y á la nodriza plantados al sol y entre

el ardiente polvo de aquella carretera.
Así es como los chiquillos se crían ro-
bustos... diréis.

¡Ya lo creo! Los que resistan, están
chos á prueba de bomba.







NOTAS SOBRE PARÍS

LOS SALONES RIDÍCULOS

Entre las locuras de nuestros tiempos, no hay ninguna más alegre, más extraña, más abundante en sorpresas burlescas, que esta rabia de reuniones, veladas y tés, que desde Octubre hasta Abril se padece en las casas todas de la burguesía parisiense. Hasta en los hogares

más modestos, en los más apartados rincones de Batignoles ó de Levallois-Perret, se quiere recibir, tener reuniones un día á la semana. Conozco infelices que se van á tomar el té todos los lunes nada menos que á la calle de la Madriguera de Conejos.

Pase todavía para los que tienen un interés cualquiera en esas fiestecillas, como, por ejemplo, los médicos que se establecen y quieren darse á conocer en el barrio, ó los padres pobres que tratan de casar á sus hijas, ó los profesores de declamación, las maestras de piano que reciben una vez por semana á las familias de sus discípulos. Esas veladas tienen siempre cierto saborcillo á clase, á exámenes. Hay en ellas paredes desnudas, asientos duros, suelos encerados y sin alfombra, una alegría convencional y grandes silencios de atención cuando el profesor anuncia: «El señorito Edmundo va á recitarnos una escena del *Misántropo*,» ó «la señorita Elisa va á tocar una *Polonesa* de Weber»...

Pero, en cambio, ¡cuántos desgraciados reciben sin razón, sin provecho, simple-

mente por el gusto de recibir, de fastidiarse de lo lindo, una vez por semana, y de reunir en su casa cuarenta ó cincuenta personas que saldrán de allí riéndose de ellos!

Siempre tienen salas demasiado pequeñas, donde los convidados, sentados, parecen gentes que van en ómnibus; habitaciones transformadas, arregladas *ex profeso* para aquella noche, con corredores, portières y biombos de sorpresas, y la dueña de la casa que, asustada, grita á cada instante: «¡Por ahí no!» Algunas veces se entreabre una indiscreta puerta y os muestra allá abajo, en un fondo de cocina, al señor de la casa, que vuelve de hacer encargos, calado por la lluvia, secando el sombrero con el pañuelo, devorando apresuradamente un pedazo de carne fría en una mesa atestada de trastos.

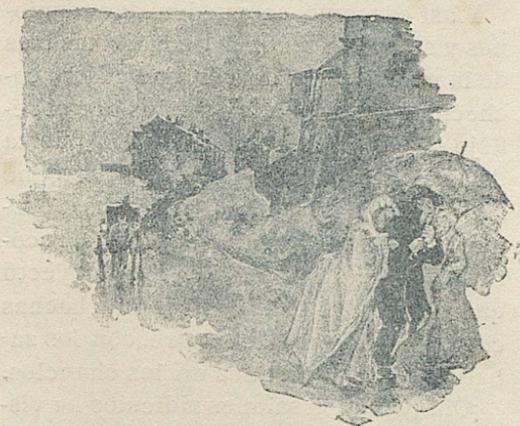
Se baila en los corredores, en las alcobas, desamuebladas al efecto; y al ver que en derredor no hay más que arañas, brazos de bronce, pinturas, un piano, se pregunta uno aterrado: «¿Dónde dormirán esta noche?»

He conocido una casa de ese género, muy singular, donde las habitaciones seguidas, separadas entre sí por dos ó tres escalones, parecían mesetas de escalera, de tal suerté, que los convidados que habían llegado los primeros, figuraba estar subidos en un estrado y humillar desde allí á los que llegaran los últimos, que aparecían hundidos y sin poder enseñar más que la cabeza desde el fondo de la primera habitación.

Ya podéis imaginaros qué cómodo sería aquello para bailar. Pues nada; una vez al mes se daba allí una gran reunión. Llevaban los divanes del café que había enfrente, y con los divanes un mozo, con zapato bajo y corbata blanca, que era la única persona que allí llevaba reloj y cadena. Era cosa de ver á la dueña de la casa como loca, despeinada, sudorosa á fuerza de trabajar en tantos preparativos, corriendo detrás de aquel hombre, persiguiéndolo de habitación en habitación, y llamándole: «¡Señor camarero... Señor camarero!...»

¡Pues y el público de aquellas veladas! Ese público, siempre el mismo, que se

encuentra en todas partes, que se conoce, que se burla, que se atrae. Toda una falange de señoras viejas y de muchachas jóvenes con trajes pretenciosos y ajados; el terciopelo es algodón, la per-



calina sustituye á la seda y se huele por todas aquellas cintas viejas, aquellas flores arrugadas, aquellos prendidos, que han sido hechos sabe Dios cómo, y con esta frase audaz: «¡Bah! De noche no se ve; todos los gatos son pardos,» se llenan de polvos de arroz, de alhajas, falsas, de

encajes de imitación: «¡Bah! De noche no se conoce.»

¿Que las cortinas están descoloridas, que los muebles están rotos, que las alfombras se deshilachan?... «¡Bah! De noche...»

Y así es como se pueden dar reuniones y se puede tener la gloria, á las tres de la madrugada, de ver que cuatro cochecillos de alquiler, atraídos por el reflejo de las luces, se detienen á la puerta de la calle; lo cual, por otra parte, no sirve para maldita de Dios la cosa, porque casi todo el mundo se va á pie, recorriendo á horas imposibles el trayecto que recorre el ómnibus; las muchachas cogidas del brazo del padre, con los zapatitos de raso metidos en los chanclos.

¡Oh! ¡Cuántos salones ridículos he visto! ¡En cuántas extrañas reuniones he lucido mi primer frac, en aquella época en que, cándido provinciano, que no conocía de la vida más que lo que había leído de Balzac, me creía en el deber de frecuentar la sociedad! Es preciso haber rodado como yo he rodado por todos los rincones de París durante dos inviernos

seguidos, para comprender hasta dónde llega esa locura de dar reuniones. Todo eso está un poco vago y confuso en mi memoria; pero me acuerdo, sin embargo, de una casita de empleado, un saloncillo muy irregular donde, para ganar sitio, estaban obligados á poner el piano delante de la puerta de la cocina. Colocaban las copas de jarabe sobre los cuadernos de música, y cuando cantaban romanzas enternecedoras, la criada salía y se apoyaba en el piano para escucharlas.

Como la pobrecilla estaba prisionera en la cocina, el señor de la casa se encargaba del servicio exterior. Aún me parece estar viéndolo tiritando bajo su frac, subiendo de la cueva con enormes carbones para la chimenea, envueltos en un periódico. El papel se rompe, el carbón rueda por el suelo, y entretanto siguen tocando el piano y cantando de lo lindo.

¡Pues y aquella otra casa, aquel quinto piso fantástico en el cual la meseta de la escalera servía de vestuario, el pasamano de guardarropa, donde los muebles

desapareados se amontonaban todos en una pieza única, que podían alumbrar y calentar, lo cual no impedía que, á pesar de todo, estuviese oscura y fría á causa del abandono, de la miseria que rondaban por lo desierto de las habitaciones desocupadas! ¡Pobres gentes! A eso de las once os preguntaban con la mayor naturalidad:

—¿Tiene usted calor?... ¿Quiere usted que refresquemos?...

Y abrían las ventanas de par en par para dejar entrar el aire exterior, á guisa de refresco. Después de todo, mejor era aquello que los jarabitos de cobres venenosos y las pastitas conservadas tan cuidadosamente de una semana para otra. ¿No he conocido yo una señora que todos los martes por la mañana ponía á que se secasen al balcón unos paquetes de té mojado, que hacía servir á sus invitados tres ó cuatro lunes seguidos? ¡Oh! Cuando á los burgueses les da por fantasear, no se sabe nunca dónde se detienen. En ninguna parte, ni siquiera en plena bôhemia, he encontrado tipos tan extraños como en esas casas.

Recuerdo una señora vestida de blanco, á quien llamábamos la señora de los *trinos*, porque siempre se quejaba, dando un suspiro, de que le *¡trinaba el estómago!*... Nadie ha sabido jamás lo que quería decir.

¡Pues y aquella otra, muy gorda, casada con uno que tenía clase de repaso para los estudiantes de Derecho, y que llevaba siempre á las reuniones, para que se divirtiese bailando, algún discípulo de su marido, casi siempre un extranjero, un ruso envuelto en muchas pieles, ó un persa con larga túnica!

¡Pues y aquel señor que se ponía en las tarjetas *turista del mundo*, para decir que había dado la vuelta al mundo!

¡Pues y en aquella casa de piojos resucitados, aquella antigua trabajadora del campo, medio sorda é idiota, mal pergeñada con su vestido de seda, á quien se acercaba su hija para decirle haciéndole un mimo: «Mamá, el señor Tal nos va á recitar algo!» La pobre vieja se agitaba en su asiento sin comprender, y contestaba con una sonrisa estúpida, asustada: «¡Ah! bueno... bueno...»

En esa casa es donde tenían la especialidad de los parientes de grandes hombres. Os anunciaban con gran misterio: «Esta noche vendrá el hermano de Ambrosio Thomas;» ó bien «un primo de Gounod,» ó «la tía de Gambetta.» Pero nunca, claro está, Gambetta ó Gounod. Allí era también donde...; pero me detengo, porque la serie es interminable.





EN PROVINCIAS

UN INDIVIDUO DEL «JOCKEY-CLUB»

Después de comer, aquellos buenos muchachos de Cevennes tuvieron empeño en enseñarme su Casino. El eterno Casino de pueblo, cuatro habitaciones una detrás de otra, en el piso primero de un viejo hotel que tenía vistas al macho, grandes espejos viejos, entarimado el suelo, sin alfombra, y aquí y allá, encima de las chimeneas, donde se veían

periódicos de París, fechados dos días antes, lámparas de bronce que eran las únicas que en el pueblo no se apagaban á las nueve de la noche.

Cuando llegué había todavía muy poca gente. Algunos viejos roncaban, con la nariz pegada á un periódico, ó jugaban al whist silenciosamente y bajo la escasa claridad de las pantallas verdes; agudos cráneos calvos, inclinados unos hacia otros; las fichas, amontonadas en su bandejilla, tenían el mismo tono mate, amarillo, lustroso del marfil viejo. A la parte de afuera, en el macho, se oía tocar la retreta y los pasos de la gente que volvía de paseo y se dirigía á sus casas dispersándose por las empinadas calles llenas de cuestas y escalinatas, de aquel pueblecillo de la montaña que parecía estar levantado sobre diferentes pisos... Después de algunos últimos aldabonazos dados en las puertas en medio de un profundo silencio, los jóvenes, ya libres de las comidas y los paseos de familia, subieron ruidosamente la escalera del Casino. Vi entrar una veintena de robustos montañeses con guantes nuevos, con

chalecos escotados, cuellos bajos é intentonas de peinado á la rusa, que hacía que todos se pareciesen á grandes niños llorones.

No podéis imaginaros nada más cómico. Parecíame asistir á la representación de una comedia de costumbres de Meilhac ó de Dumas, hijo, interpretada por los aficionados de Tarascon ó de otro pueblo más apartado. Todas las displicencias, los aires de fastidio, de disgusto, ese hablar tartamudo, que es el supremo *chic* del elegante parisiense, me los encontraba á doscientas leguas de París; pero más exagerados todavía por la torpeza de los actores.

Era cosa de ver aquellos jayanes acercándose unos á otros para preguntarse con languidez: «¿Cómo te va, chico?» tenderse en los divanes en estudiadas posturas, estirar los brazos y sacarse los puños de la camisa delante de los espejos, y decir con acento lánguido: «Esto es terrible... abrumador... aburrido...» Y ¡cosa conmovedora! llamaban á su Casino el *clob*, que, como buenos meridionales, pronunciaban *clab*. No se oía más que

eso. El mozo del *club*, los reglamentos del *club*...

Estaba yo pensando 'de qué manera aquellas tonterías parisienses habrían podido llegar á implantarse allí, en el aire puro y saludable de la montaña, cuando vi aparecer la bonita cabeza paliducha y muy peinada del duquesito de M***, individuo del Jockey-Club, del Rowing-Club, de la caballeriza Delamarre y de otras varias sabias Sociedades. Aquel joven aristócrata, á quien hicieron célebre en el boulevard sus extravagancias, acababa de tirar en unos cuantos meses el penúltimo medio millón de la herencia paterna, y los testamentarios de su padre, asustados, lo habían mandado á ahorrar al pueblecillo de Cevennes. Entonces me expliqué los aires lánguidos de aquellos jóvenes, sus chalecos de frac, su pronunciación afectada: ahora ya tenía yo el modelo delante de mi vista.

Apenas entró el individuo del Jockey-Club, se vió rodeado, festejado, adulado. Repetían sus palabras, imitaban sus gestos, sus posturas, de tal suerte, que aque-

lla pálida imagen del elegante, enfermi-za, pero distinguida á pesar de todo, pa-recía reflejarse por todas partes en gro-teros espejos que exageraban sus fac-ciones. Aquella noche, sin duda por ha-cerme el honor, el Sr. Duque habló mu-cho de teatros y de literatura. ¡Con qué desdén, con cuánta ignorancia! Era cosa de oírle llamar á Emilio Augier: «¡Ese caballero!» y á Dumas, hijo, «el pequeño Dumas.»

Tenía acerca de todo ideas muy va-gas, flotando en frases sin concluir, en las cuales la *cosa*, *esto*, *eso*, *cosa*, reem-plazaban á las palabras que no podía en-contrar, y hacían las veces de esos pun-tos suspensivos de que abusan los auto-res dramáticos que no saben escribir. En resumen, aquel joven aristócrata no se había tomado jamás el trabajo de pen-sar; no había hecho más que tratar con muchas gentes, y de cada uno se había llevado frases y juicios que conservaba como prendidos con alfileres, y que for-maban parte de él mismo, como los bu-cles de rizado cabello que se le venían á la frente. Lo que sí conocía á fondo

era la ciencia heráldica, las libreas, las *horizontales*, los caballos de carrera; y en esas cosas los jóvenes provincianos á quienes educaba, eran casi tan sabios como él.

Así pasó la velada, oyendo charlar á aquel melancólico palafrenero. A eso de las diez, los viejos se habían marchado; las mesitas de whist estaban desocupadas, y los jóvenes se instalaron á su vez para tallar un rato.

Era esto de rigor desde que el Duque vivía en el pueblo. Yo me coloqué en un rincón de un diván, y desde allí veía perfectamente á todos los jugadores, iluminados por la luz de las lámparas, que las pantallas verdes bajaba hasta ellos. El individuo del Jockey-Club hablaba en voz alta, sentado en el sitio de preferencia, soberbio, indiferente, con las cartas en la mano cogidas con una gracia inimitable é importándosele poco ganar ó perder.

Aquel noble arruinado era, sin embargo, el más rico de la partida. Pero los otros, los pobrecillos necesitaban hacer de tripas corazón para permanecer im-

pasibles. A medida que la partida se animaba, yo seguía atentamente la expresión de las fisonomías. Veía labios que temblaban, ojos que se arrasaban de lágrimas y dedos que se crispaban rabiosamente. Para disimular su emoción, los que perdían lanzaban exclamaciones de *¡cómo me aburro! ¡cómo me fastidio!* pero con aquel terrible acento meridional, siempre significativo é inexorable, aquellas exclamaciones parisienses no tenían el mismo sabor de aristocrática indiferencia que en los labios del Duquesito.

Entre los jugadores había, sobre todo, uno que me interesaba mucho. Era un muchacho alto, muy joven, que había crecido demasiado de prisa, y que tenía una hermosa cabeza de niño, cándida, inculta, primitiva, á pesar de los rizos á lo Demidoff, y en la cual se leían perfectamente todas sus impresiones. Aquel muchacho perdía siempre. Dos ó tres veces lo había visto levantarse de la mesa y salir rápidamente; al cabo de algunos minutos volvía á su sitio, colorado, sudando y muy agitado, y yo me decía:

«Tú vienes de contarle algún cuento á tu madre ó á tus hermanas para que te den dinero.» El hecho es que siempre el pobreillo entraba con los bolsillos llenos de dinero y empezaba á jugar cada vez con más furor. Pero la mala suerte lo perseguía con encarnizamiento. Perdía, perdía siempre. Veíalo yo crispado, tembloroso, sin fuerzas ya ni siquiera para poner á mal tiempo buena cara. Cada vez que salía una carta, sus dedos se clavaban en el tapete verde: aquello era terrible.

Poco á poco, sin embargo, hipnotizado por aquella atmósfera provinciana de aburrimiento y de inacción, muy cansado además á consecuencia de mi viaje, no se me aparecía la mesa de juego más que como una visión luminosa muy vaga, muy borrada, y acabé por dormirme al arrullo de las voces y del dinero. De repente me despertó el ruido de frases irritadas y de voces que sonaban mucho en aquellas habitaciones casi desocupadas. Todo el mundo se había ido. No quedaba más que el individuo del Jockey-Club y el muchacho de quien acabo

de hablar, los dos sentados y jugando. La partida era seria; cada postura era de diez luises, y sólo al mirar aquella cara de robusto montañés comprendí que el joven seguía perdiendo.

«¡La paz!» gritaba de cuando en cuando con acento colérico. El otro, muy



tranquilo, jugaba, y cada vez que ganaba me parecía ver una malvada sonrisa desdeñosa, casi imperceptible, que contraía sus aristocráticos labios. Oí decir: «¡La buena!» y en seguida un violento puñetazo en la mesa: se había concluído; el pobre provinciano había perdido hasta el último céntimo.

Quedóse un momento aterrado, miran-

do á las cartas sin decir palabra, con la levita arrugada, la camisa mojada y descompuesta, como si acabara de pegarse con alguien. Luego, de pronto, al ver al Duque recogiendo las monedas de oro dispersadas sobre el tapete, se levantó, y dando un puñetazo terrible:

—¡Mi dinero, vive Dios! ¡devolvedme mi dinero! gritó.

Y en seguida empezó á llorar como un chiquillo que era todavía.

— ¡ Devuélvame!... ¡ Devuélvame usted.

¡Ah! respondo de que ya no imitaba la pronunciación de los parisienses. Hablaba con su voz natural, desgarradora, como la de todos los seres fuertes en quienes las lágrimas acuden trabajosamente y causan verdadero sufrimiento. Su adversario, siempre frío, siempre irónico, lo miraba sin pestañear... Entonces el infeliz se hincó de rodillas, y en voz muy baja, con acento suplicante:

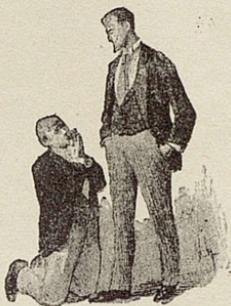
—Ese dinero, dijo, no es mío... Lo he robado... Mi padre me lo había dado para pagar una letra que estaba vencida.

La vergüenza lo ahogaba, y no lo dejó concluir.

Al oír hablar de dinero robado, el Duque se había puesto en pie. Sus mejillas se animaron un poco. La fisonomía había tomado cierta expresión de altivez que le sentaba muy bien. Vacío los bolsillos encima de la mesa, y quitándose él también por un momento su máscara de elegante, dijo con voz bondadosa:

—¡Coge eso, imbécil!... ¿Te habías creído que jugábamos de veras?

A mí me dieron ganas de abrazar á aquel aristócrata.





LAS CARRERAS DE GUÉRANDE

Y ante todo, detengámonos un poco en esa deliciosa y rara ciudad de Guérande, tan pintoresca, con sus antiguas murallas flanqueadas por grandes torres y sus fosos llenos de agua verdosa. Entre las viejas piedras, las verónicas silvestres florecen en grandes ramos; las enredaderas se enganchan, y se ven jardines que suspenden sobre las almenas grandes macizos de rosas. Desde que penetráis por la poterna de baja y re-

donde bóveda por donde suenan alegremente las campanillas y los cascabels de los caballos de la diligencia, entráis en un país enteramente nuevo y en una época quinientos años alejada de la nuestra.

Hay puertas claveteadas, ojivales, de viejas casas irregulares, cuyos últimos pisos se hallan á lo mejor á la misma altura que los bajos de la casa de al lado, con grandes adornos en la piedra, estropeados y borrosos. En algunas callejuelas silenciosas se levantan antiguos castillos señoriales, de anchurosas ventanas, cerradas por estrechas vidrieras de colores. Las puertas están cerradas, pero por entre sus junturas abiertas por el tiempo, vése el vestíbulo invadido por el verde, grandes grupos de hortensias á la entrada, y el patio lleno de hierba, en el cual algún pozo ya agotado, ó las ruinas de alguna capilla, forman montones de piedras y grupos de plantas. Porque esa es la característica de Guérande: toda ella parece una ruina coquetona y llena de flores.

En algunos sitios, encima de una alda-

ba usada y venerable, se ve el escudo de armas, el letrero de la casa de Correos, ó se exhiben burguésmente las muestras de un notario ó de un médico; pero muchas de esas antiguas moradas han conservado su sello aristocrático, y si buscárais bien, encontraríais algunos nombres ilustres de Bretaña escondidos en aquel rinconcillo que él solo encierra toda una época.

Allí hay un silencio que convida á la meditación. Reina en derredor de aquella iglesia del siglo XIV, donde ponen al abrigo sus puestos algunas vendedoras ambulantes, que se entretienen en hacer media silenciosamente; se cierne sobre aquellos paseos desiertos, sobre aquellos fosos de agua estancada, sobre aquellas calles tranquilas por donde pasa alguna que otra pastora conduciendo una vaca, descalza de pie y pierna y con una cofia á lo Juana de Arco, se cierne, repito, un silencio fantástico.

El día de carreras, el aspecto de la ciudad es muy diferente. Hay gran movimiento de carruajes que llevan y traen bañistas del Croisic y del Pouliguen. Ca-

rrros llenos de gente del campo, grandes carrozas que parecen haber salido de un cuento de hadas, carricoches de alquiler donde va una castellana de las cercanías, entre su doncella con la cofia del país y su paje con zuecos. Toda esa gente ha llegado por la mañana á hora de oír la misa mayor. El sonido de las campanas cae en las estrechas callejuelas, mezclado al ruido de las tijeras del barbero, y la iglesia, llena de gente, tiene á la ciudad desierta durante un par de horas. Al mediodía, á la primera campanada del *Angelus*, las puertas se abren, y la muchedumbre invade la plaza en medio de las peticiones de los mendigos agrupados bajo el porche, los cuales piden todos á un tiempo.

Es una extraña mezcla de cánticos de iglesia: letanías, credos, padrenuestros; una exposición de llagas, de enfermedades, una verdadera exhibición de lepra de la Edad Media. La muchedumbre con tribuye á esa ilusión de arcaísmo; las mujeres llevan cofias blancas terminadas en punta, con un retorcido de bordados debajo de las almidonadas cintas ceñidas

á la cabeza, y bridas flotando al aire ó largos baberos encañonados, si son pescadoras ó salineras; faldas plegadas á grandes pliegues y camisolines escotados



Los hombres llevan trajes muy variados: los colonos usan la blusa corta, el cuello alto y un pañuelo de color á la cabeza, atado de una manera especial, que les da aspecto de cresta de gallo. Los de las lagunas van vestidos con el anti-

guo traje de los guerdenses, larga blusa blanca que baja hasta media pierna, los calzones, blancos también, sujetos con ligas más abajo de la rodilla, y tricornio negro adornado de hebillas de color y de broches de acero. Ese sombrero se coloca en la cabeza de diversas maneras. Los casados lo llevan *en batalla*, como los guardias civiles; los viudos y los solteros vuelven los picos de otro modo.

Toda aquella gente se esparce por las calles cercanas á la plaza y se reúne una hora después en el sitio de las carreras, á un kilómetro del pueblo, en una llanura inmensa que domina el horizonte.

Desde las tribunas, el golpe de vista es maravilloso. En el fondo el mar, muy verde y sembrado de blanca espuma; más acá los campanarios de Croisic, de la aldea de Batz, y las salinas que brillan y se rizan al sol en las relucientes cortaduras del pantano. La muchedumbre llega en todas direcciones. Los capillos blancos de los niños aparecen al pie de los vallados; los muchachos del pueblo

se acercan en grandes grupos, cogidos del brazo, cantando con voz bronca. El aspecto, la canción, todo en ellos es cándido, primitivo, casi salvaje. Sin ocuparse poco ni mucho de las señoras con sombrero que los miran al pasar, las mujeres, con el fichú de moaré cruzado sobre sus camisolines, tienen aspecto reservado y carecen de toda afectada coquetería. Van á ver, sí señor, pero no á que las vean.

Mientras empiezan las carreras, toda aquella gente se apiña detrás de las tribunas, alrededor de las grandes barracas donde venden vino y sidra, donde se fríen panales de miel y salchichas, al sol. Al fin la charanga de Guérande llega rodeada de grupos animados que cantan al compás de lo que toca é interrumpe por un momento las libaciones.

Cada cual corre á colocarse para presenciar el espectáculo; y en aquel desbordarse la gente que se desparrama alrededor del campo de las carreras, al borde de los surcos y de los sembrados, la larga blusa blanca de los de las lagunas les hace aparecer más altos y les da

desde lejos el aspecto de frailes dominicos ó agustinos. Es verdad también que toda esa parte de Bretaña produce la impresión de un gran convento. Aquella gente hasta trabaja en silencio.

Antes de llegar á Guérande pasamos por aldeas silenciosas, á pesar de la gran actividad de la recolección, y á nuestro paso, en todas partes las palas y los trillos se agitaban acompasadamente, sin la menor excitación de canciones ni de palabras. Hoy, sin embargo, los panales de miel, el vino y las salchichas han desatado la lengua de los mozos, y á lo largo de la pista hay alegre bullicio.

Las carreras de Guérande son de dos clases; hay las carreras de las señoras, que es una de esas *steeple-chases* de provincias, como hemos visto muchas. Tarjetones verdes en los sombreros, algunos coches colocados en fila y unas cuantas sombrillas, quitasoles y vestidos vistosos, todo imitación de las carreras de París: eso no puede ser interesante para nosotros; pero las carreras de mulos y caballos del país, nos divirtieron mucho. Es endiablado eso de poner en fila esas

mulillas bretonas. La música, los gritos, el baturrillo de las tribunas las espantan. Siempre hay alguna que se lleva al jinete en dirección opuesta, y se necesita tiempo para volverla á colocar en su sitio. Los muchachos que las montan lle-



van barretinas catalanas de color escarlata, blusa del mismo color, anchos calzones cortos y flotantes, y van descalzos de pie y pierna; nada de silla, ni más aparejo que unas cuerdas por bridas, de las cuales tiran las mulas con marcadísima mala intención.

Al fin arrancan; se las ve por la llanu-

ra al galope largo. Las blusas coloradas flotan endiabladamente, y las piernas rígidas y estiradas se esfuerzan para mantener á la cabalgadura en la línea trazada por las cuerdas. A la vuelta, sobre todo, más de un jinete va á rodar por la hierba; pero no por eso se interrumpe la carrera. El propietario del animal se acerca en seguida, deja allí á su infeliz jockey, que se levanta él solo, y sin quitarse la blusa por falta de tiempo, monta sobre el animal. La gente de las tribunas sonríe desdeñosamente; pero allá abajo el pueblo bretón, subido á los árboles, colocado en fila junto á los fosos, se muere de alegría y prorrumpe en frenéticas aclamaciones.

Cada uno, naturalmente, toma partido por los de su pueblo. La gente de las aldeas de Batz, de Saillé, del Pouliguen, de Escoublaut, de Piriac, espera el paso de los de sus paisanos, excitan á los jinetes y hasta se salen de la fila para asustar á las mulas con los sombreros y los pañuelos. Hasta las cofias blancas se levantan de pronto agitándose al viento para ver pasar á Juan-María Mahé ó á

Juan-María Madec, ó á otro Juan-María cualquiera.

Después de las mulas vienen los caballos y los jumentos del país, algo menos testarudos que aquéllos, pero llenos también de ardimiento y disputándose con entusiasmo el premio de la carrera.

Su durísimo troté trabaja la tierra de la pista; y mientras corren, vése allá á lo lejos, en el mar, agitado por un viento terrible, la vela de alguna lancha pescadora que navega difícilmente en demanda del Croisic. La vecindad del mar da al espectáculo una grandeza extraordinaria, y los caballos, los coches desfilando por la carretera, los grupos de gente diseminados por la llanura, todo se destaca sobre un fondo verdoso y que se mueve, un horizonte lleno de vida y de inmensidad.

Cuando volvimos á Guérande empezaba á caer el día. Están preparando la iluminación; faroles de colores colgados en los árboles de los paseos, fuegos artificiales en la plaza de la iglesia y un estrado al pie de las murallas para los aficionados al juego de bolos. Pero una llu-

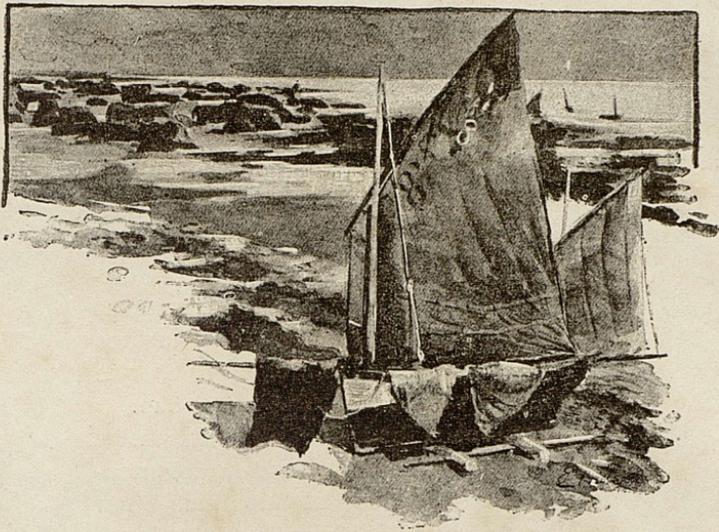
via menudísima y fina viene á aguar la fiesta.

Todo el mundo se refugia en las posadas, á las puertas de las cuales los carros, los coches desenganchados y chorreando, acampan con las varas levantadas hacia arriba.

Durante una hora la ciudad está silenciosa; luego los coros de que antes he hablado recorren las calles oscuras cantando. Las grandes cofias y los mantoncillos verdes se atreven á salir á la calle dos á dos. Se ha hablado de un baile, y no es cosa de perderlo por la lluvia. ¡Ah, sí!... Bien pronto toda aquella juventud se halla formada á derecha é izquierda de las salas bajas de las tabernas. Unos bailan al son de la música y otros sólo con acompañamiento de voces. Los pisos tiemblan, los faroles aparecen velados por la polvareda, y la misma sonata, lenta y melancólica, suena pesadamente por todas partes. Entretanto los carruajes, los cochecillos desfilan por las cinco puertas de la ciudad. Los antiguos castillos señoriales se cierran y los matojos floridos que guarnecen las murallas pa-

rece que en la sombra se agrandan, se unen, se confunden, como hacían, obedeciendo á la varita mágica de las hadas, los zarzales encantados que rodeaban el castillo de «la Hermosa del bosque dormido».





UNA VISITA Á LA ISLA DE HOUAT

Una hermosa claridad de verano, igual y limpia, acababa de levantarse en la bahía de Quiberon, cuando entrábamos á bordo de la lancha del práctico que nos había de llevar á la isla de Houat. La brisa, que siempre reina en algún punto

de aquel horizonte de mar, impulsaba la vela en dirección al punto al cual hacíamos rumbo, y llegaba hasta nosotros acariciando y rizando las aguas.

A lo lejos se adivinaban las costas por alguna playa de arena, por alguna casita blanca súbitamente bañada de sol, contrastando con el azul oscuro del cielo, por el cual no corrían más que esas nubes ligeras, cortadas, que los marinos llaman aquí «colas de caballo,» y que presagian viento fresco por la noche.

La travesía nos pareció muy corta.

No hay nada más uniforme, en la apariencia, que el mar cuando hace buen tiempo; olas que se suceden con igual cadencia, se rompen contra el casco del buque murmurando, se hinchan y se abren removidas por cierto inquieto impulso, en el cual está latente la tempestad; y, sin embargo, no hay nada más variado.

Todo toma un valor enorme en aquella superficie dotada de movimiento y de vida. Los buques que pasan á lo lejos; el vaporcito correo de Belle-Isle, que se distingue mar afuera con su penacho de

humo; lanchas de pescadores con sus blancas velas; bandadas de delfines navegando á flor de agua; islotes de donde salen volando tumultuosamente, y como un torbellino, una bandada de gaviotas con sus anchas alas de aves de rapiña, hechas, sin embargo, para cernerse y huir.

Pasamos costeando el faro de la Teignouse, colgado de una roca; y aunque llevamos mucha velocidad, tenemos una perfecta noción del torreón y de las dos vidas humanas que allí se albergan. En el momento de pasar nosotros, uno de los guardas, con la blusa hinchada por el viento, baja la escalerita de hierro que descansa en el islote y que sirve de escala exterior. Su compañero, sentado en una peña, está pescando melancólicamente; y la vista de aquellas dos siluetas en la inmensidad que las rodea, lo blanco de la fachada del faro, su linterna, ya apagada á aquella hora, la campana de vapor que suena las noches de niebla, todos esos pormenores sólo entrevistos, bastan para darnos fuerte impresión de aquel destierro en alta mar y

de la vida de aquellos hombres encerrados durante semanas enteras en aquella torrecilla donde la mar y el viento hacen tanto estrépito, que los hombres se ven obligados á gritarse al oído con todas sus fuerzas para hacerse oír el uno del otro.

Cuando hubimos doblado el faro, la isla de Houat empezó á aparecérsenos poco á poco, á levantar por encima de las olas del mar su tierra pedregosa, en la cual el sol hace un simulacro de vegetación, tintes de frutos maduros y matices de prados con hierba.

A medida que nos aproximamos, el aspecto cambia; aparece el terreno tal como es en realidad, desolado, quemado por el sol y por el mar, erizados de abruptas lomas; á la derecha, un fuerte dismantelado, abandonado; á la izquierda, un molino que nos da con el movimiento de sus aspas la idea del viento de tierra, y algunas casas de techo muy bajo agrupadas alrededor de su campanario; todo ello sombrío, espaciado, silencioso. Cualquiera diría que aquel lugar estaba deshabitado, si algunos rebaños esparcidos

por las lomas, en los vallecitos accidentados de la isla, no apareciesen, á lo lejos, andando, tendidos ó pastando en aquella endeble salvaje vegetación.

Algunas caletas de arena forman de



trecho en trecho curvas claras y suaves en medio de aquella desolación de rocas.

En una de esas caletas desembarcamos, no sin trabajo, porque en la baja mar no hay fondo para el bote y se vieron obligados á dejarnos sobre piedras mojadas y resbaladizas, donde las ovas enganchan su larga cabellera verdo-

sa que el agua desenreda y dilata; pero en aquel momento se amansa formando montones pegajosos que hacen que el pie falte á cada instante. Por fin, después de muchos esfuerzos, logramos trepar á la costa brava y dominar desde allí todo el horizonte de alrededor.

Cuando el tiempo está despejado, parece que las costas se aproximan, y el golpe de vista es admirable. Se ve el campanario del Croisic, el de la aldea de Ratz, á diez ó doce leguas del mar, y todo el dentellón del Morbihan, Saint-Gildas de Rhuz, los ríos de Vannes y de Auray, Locmariaquer, Plouharmel, Carnac, la aldea de Quiberon y los pequeños caseríos que se esparcen por toda la península.

Al lado opuesto, la línea sombría de Belle-Isle se prolonga hacia el mar, y las casas del palacio relucen en una clara. Pero si la perspectiva de los alrededores se ha ensanchado, la de Houat, en aquel momento, está enteramente perdida para nosotros. El campanario, el fuerte, el molino, todo ha desaparecido en los pliegues de un terreno, ondulado

y trabajado como el mar que lo rodea. Nos dirigimos, sin embargo, hacia el pueblo por un sendero tortuoso, resguardados por esos pequeños muros bretones construídos de piedra, llenos de cruces y de revueltas.

Por el camino observamos la flora de la isla, verdaderamente asombrosa en aquel peñasco combatido por todos los vientos: los lirios de Houat, dobles y olorosos como los nuestros; malvas, rosales de pasión y el alga marina, cuyo perfume ligero y fino forma natural armonía con el canto de las alondras grises, que abundan en la isla. Campos de trigos recién segados y de patatas se extienden alrededor nuestro; pero en todas las tierras en barbecho, la landa, la triste landa sólida, armada, corre, escala, se agarra y florece amarillenta entre sus espinas.

Al acercarnos, los rebaños se vuelven; las vacas, acostumbradas á la cofia blanca y al sombrero de Morhiban, nos miran largo rato con sus mortecinos enormes ojos. Por todas partes encontramos el ganado agrupado, disperso, li-

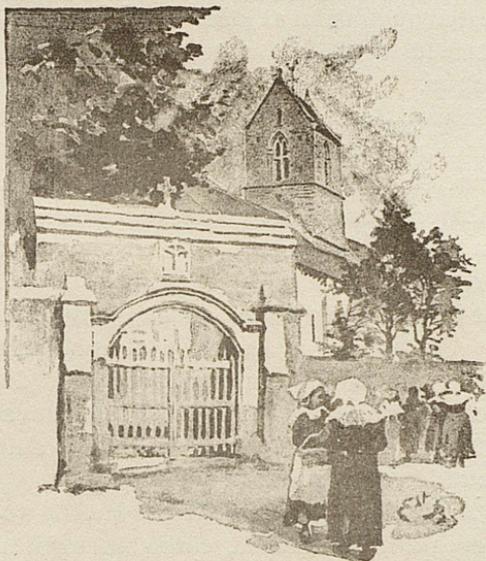
bre de toda vigilancia y de toda traba.

Por fin, en un pliegue del terreno, al abrigo de las tormentas y de las brumas del mar, vése el pueblo con sus techos bajos y pobres, apretados unos contra otros, como para hacer frente al viento, y separados, no por calles, cuya línea recta dejaría paso á la tempestad, sino por callejones, plazuelas caprichosamente formadas, que en los meses en que nos encontramos sirven de eras para trillar la cosecha.

Caballos á medio domar, cuya raza recuerda un poco la de los Camarguais, enganchados dos á dos ó tres á tres para dar vuelta á sus círculos designados, trillando el grano que hace revolotear en el aire el polvillo que de él se desprende. Los guía una mujer con un puñado de paja en la mano; otros, armados de horquillas, van echando el trigo alrededor de la era. Nada notable en el traje; pobres vestidos sin dibujo y descoloridos, y tocas amarillentas, que resguardan rostros color de tierra; pero la escena en sí tiene un pintoresco sabor primitivo. Suben, mezclados, reiinchos, refre-

gonas de paja, voces claras que hacen sonar las duras sílabas guturales del dialecto bretón.

Tal como es aquel pobre pueblecillo



del Morbihan, recuerda un aduar africano; es el mismo aire enrarecido, viciado por el humo de las hogueras que hacen en las puertas de las casas; la misma fa-

miliaridad entre las bestias y las personas; el mismo aislamiento de un pequeño grupo de gente en medio de la inmensidad; además, las puertas son bajas, las ventanas estrechas y abiertas en las paredes que miran al mar. Se siente la miseria luchando contra los elementos enemigos.

Las mujeres trabajan en el campo y se cuidan de los animales; los hombres pescan, corriendo grandes peligros. En el momento en que llegamos, todos estaban en el mar, á excepción de un viejo, que tiritaba de fiebre, á quien vimos sentado en el suelo haciéndo cuerda; del molinero, que no es del pueblo, y al cual paga el Ayuntamiento mensualmente, y del señor cura, que no sólo es el más elevado personaje de la isla de Houat, sino también su verdadera originalidad.

Aquí el cura monopoliza todos los poderes absolutamente, como un capitán de barco. A su autoridad sacerdotal une la de sus funciones administrativas. Es alcalde pedáneo del pueblo, síndico de los marineros; tiene á su cargo también la vigilancia de las obras militares, fuer

tes ó fortines construídos en la isla, los cuales, en tiempo de paz, no están guardados ni guarnecidos por nadie. Que surge una contienda entre marineros á propósito de una pesca de langosta, de un reparto de pesca: el señor cura se convierte en juez de paz. Que en la taberna se arma un poco más ruido de lo conveniente el domingo por la noche: el señor cura se pone rápidamente una banda encima de la sotana, y hace, si es menester, las veces de guarda campestre.

No hace mucho tiempo todavía descendía á más ínfimos oficios. Tenía el monopolio de las bebidas, y hacía que las distribuyese una beata por un ventanillo. Tenía también la llave del horno común, adonde cada cual va á cocer su pan. Todas esas eran precauciones de destierro, la reglamentación de víveres de mar, introducida en aquella isla, entregada á los azares de las olas como si fuera un barco.

Desde hace tres ó cuatro años, las antiguas costumbres se han modificado un poco; pero el principio está siempre en

pie, y el cura actual de la isla, un hombre inteligente y vigoroso, parece que tiene la fuerza suficiente para hacer respetar su múltiple autoridad. Vive cerca de la iglesia, en una casita modesta, rodeada por dos álamos, una magnífica higuera, un jardín de flores y algunas gallinas, todo lo cual la hace parecer una casa del continente.

Allado de la casa del cura está la escuela para los niños y las niñas, dirigida por religiosas, que se encargan también de distribuir á todas aquellas pobres gentes medicinas, cuidados y consejos.

En la casa de las religiosas está también el cable telegráfico submarino, que pone en comunicación á Houat con Belle-Isle y con el continente. Una hermana recibe y transmite los despachos; ví al pasar su abandonada toca inclinada sobre la aguja eléctrica.

Nos dieron también otras noticias bastante curiosas relativas á la isla de Houat y su población, en el comedorcito blanqueado y con el techo de vigas al aire, donde nos llevó el señor cura y nos hizo sentar. En Houat no hay pobres.

Un fondo municipal provee á todos de lo necesario. El pescado abunda en la costa; los pescadores van á venderlo al Croisic ó á Auray, y lo venden siempre bien; pero la carencia de un buen fondeadero en toda aquella costa pedregosa hace que la gente de Houat no sea completamente feliz. Es frecuente que, cuando hace mal tiempo, las chalupas se vean obligadas á hacerse á la mar en busca de sitio donde poder refugiarse de los mayores peligros. Algunas veces también ocurren accidentes en el puertecillo, protegido por un pequeño muro de construcción primitiva. Así es que la mayor ambición del cura de Houat es la de obtener un fondeadero para las siete chalupas que constituyen la marina del país. Lo dejamos acariciando esa esperanza.

Al salir del pueblo pasamos por delante de la iglesia; nos detuvimos un momento en el pequeño cementerio, inculto, silencioso, cuyas pocas cruces negras parecen mástiles en un puerto, en el horizonte que nos rodea; y como nos asombraran los pocos epitafios y tumbas

construídas en un cementerio tan antiguo, nos dijeron que hasta el año pasado—es otro efecto de las costumbres marineras de la isla de Houat—habían cavado siempre las fosas en cualquier parte, entregando así á la tierra los muertos anónimos, como sucede en las largas travesías con los muertos que tiran al mar...



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Emilio Ollivier.....	1
Gambetta.....	17
Historia de mis libros (Numa Roumestan).....	45
Los franco-tiradores.....	63
El jardín de la calle de los Rosales.....	75
Una evasión.....	83
Los palacios de verano.....	97
El naufragio.....	111
Historia de mis libros (Los reyes en el destierro)....	121
Una lectura en casa de Edmundo Goncourt.....	149
Gente de teatro (La Déjazet).....	171
Félix.....	179
La señora Arnould-Plessy.....	185
Adolfo Dupuis.....	191
Lafontaine.....	197
Notas sobre París (las nodrizas).....	209
Notas sobre París (los salones ridículos).....	235
En provincias (Un individuo del «Jockey-Club»).....	245
Las carreras de Guérande.....	257
Una visita á la isla de Houat.....	271

COLECCIÓN JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadrado a la inglesa.



ROBERTO HELMONT

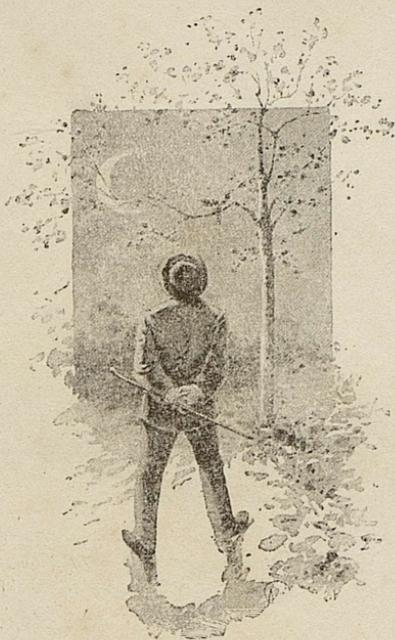
DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 16 cromotipias y 112 fotografados.

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

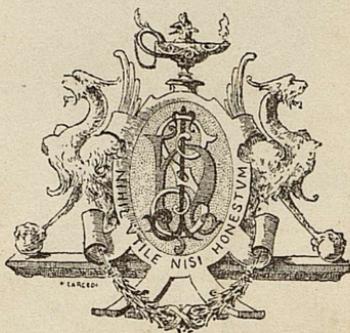


Treinta años de París.

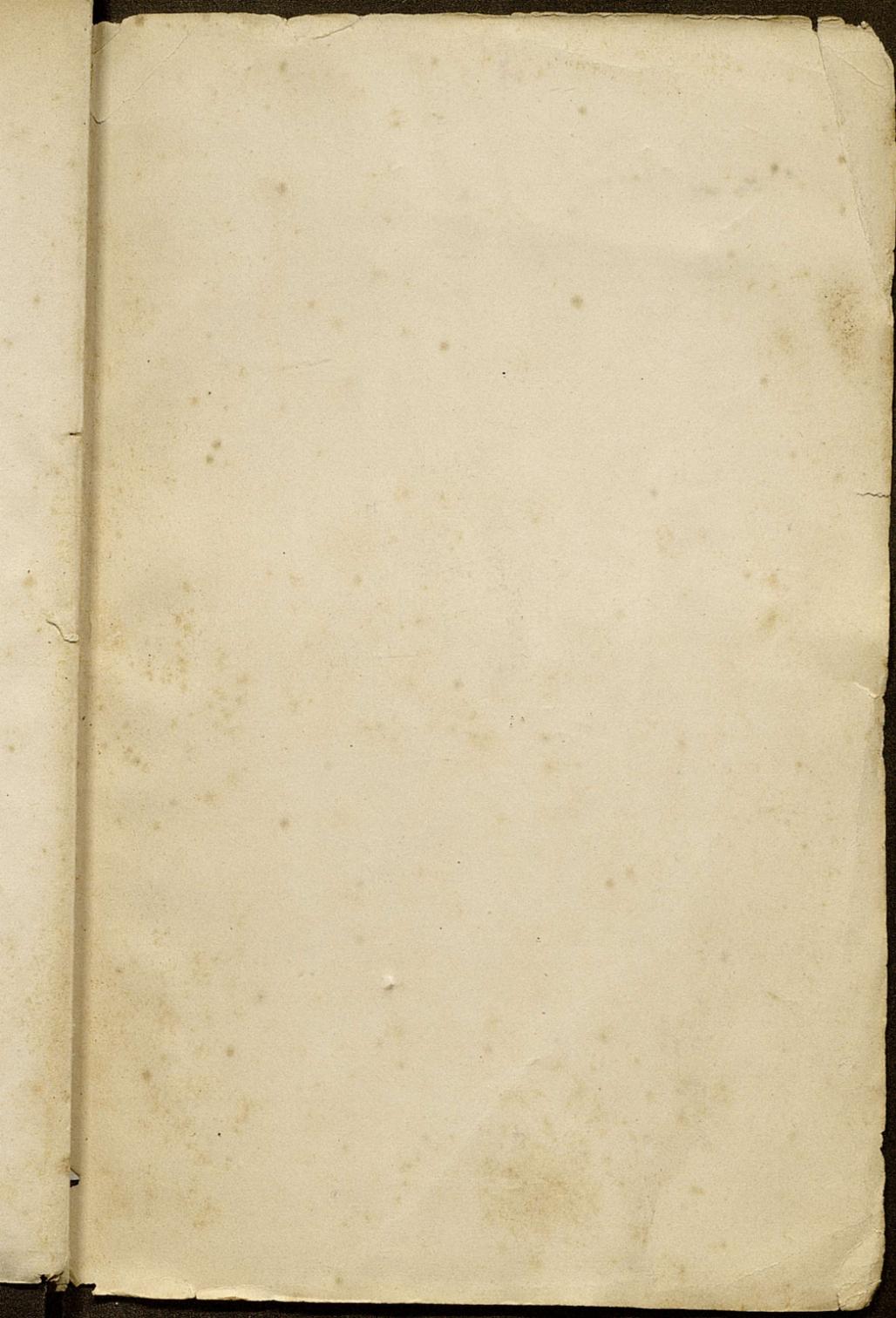
Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.



E. RÚBIÑOS. IMPRESOR.





E RUBIÑOS, IMPRESOR